This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3079.07.11

Harvard College
Library

FROM THE FUND BEQUEATHED BY
Archibald Cary Coolidge
Class of 1887
PROFESSOR OF HISTORY
1908–1928
DIRECTOR OF THE UNIVERSITY LIBRARY
1910–1928

JOSÉ PEÓN DEL VALLE.

TIERRA NIHILISTA.

RECUERDOS DE RUSIA.

MÉXICO.
ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA.
Calle del Coliseo Viejo núm. 2.

1907

Slav 3079.07.11

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
MAR 13 1944

Coolidge fund

TIERRA NIHILISTA.

RECUERDOS DE RUSIA.

CAPITULO I.

De Berlín á Vilna.

—Mal tiempo es este, señor, para ir á visitar la Rusia—me dijo el Cónsul de México en Berlín, cuando le manifesté mi intención de recorrer las dos más interesantes ciudades de la vieja Rusia y la capital de la Polonia.

Dos días antes habían arrojado en San Petersburgo una bomba en la casa del primer ministro Stolypine, y tres días después los diarios Berlineses, publicaban la noticia del asesinato del General Minn en Moscow.

En Varsovia se habían sofocado algunas intentonas revolucionarias, y se hablaba como de cosa cierta de próximas huelgas proyectadas por los empleados

de todas las líneas ferrocarrileras del Imperio Moscovita.

Pero, ¿qué podiamos temer, Mr. Truan, Suizo soñador que me acompaña en el viaje que por varios lugares de Europa voy á emprender, más como amigo que como representante de la Agencia Lubin, de París, agencia para la cual me parecen pocos todos los elogios que pudiera hacerle, tales son la eficacia, el empeño y atención minuciosa que pone en todo para allanarles á sus clientes las dificultades de un largo viaje, y dejarlos complacidos; Herr Leman, políglota, *courrier de la cour* de Sus Majestades Guillermo y Nicolás, según asegura y quiero creerlo, y que conoce á las Rusias todas, palabras textuales, como si las llevara en el bolsillo; mi cuñado, que en vez de desvelarse pensando en cosas políticas, se adormece soñando con cupidos y se despierta viéndolos juguetear alborozados entre las sonrosadas luces que aún tiene la alborada de su alegre juventud, y yo, infatigable buscador de cosas viejas y de leyendas de tiempos idos?

Así pues, con nuestros pasaportes en regla, con un certificado que el Cónsul de mi país me dió asegurando que éramos católicos fervientes, porque el que no se persigna no entra en Rusia, y enmedio de la admiración general de los huéspedes, administrador y empleados del hotel, que no podían comprender que hubiese gente que fuera por placer á un lugar donde las bombas se cultivan en macetas, dejamos una noche la capital de la Prusia para ir á poner

el pié dos días más tarde, si Dios lo permitía, en las márgenes del Neva.

Era aquella la noche del día 1º de Septiembre; había presenciado en la mañana la gran revista que dos veces al año pasa el Kaiser Alemán á sus tropas; había, desde una tribuna levantada frente al extenso campo donde veinte y seis mil hombres se tendían en formación correcta, esperado largo tiempo, ansioso de ver de cerca la fisonomía del soberano más poderoso de la Europa, del que es político profundo, orador elocuente, poeta por voluntad, pintor mediocre, arquitecto muy malo, trabajador infatigable, vidente inspirado, impulsivo temible, que ha hecho de cada alemán un soldado y de cada soldado un hombre instruído y que hará de su país, si no le falta la vida, la nación más industriosa más viril y más intelectual del viejo continente.

Las maderas de la tribuna crujian bajo el peso de la multitud que se agitaba inquieta, evolucionaban las tropas que extendiéndose á lo lejos hasta perderse en el horizonte parecían, esfumadas por la niebla de la mañana, informe amontonamiento de negros y bajos nubarrones; á lo largo del camino la apiñada muchedumbre bullía con un ronroneo de colmena y el viento agitaba en los balcones de las casas distantes las vistosas y multicolores colgaduras.

De pronto se oyó como un murmullo lejano, que creció poco á poco hasta estallar resonante y poderoso en una aclamación unánime, las músicas de todos los regimientos prorrumpieron en épicas sonatas,

los soldados presentaron las armas, se reflejó el sol con chispazos vívidos en las enhiestas espadas y allá lejos, muy lejos, se vieron pasar, primero cuatro ó seis carruajes descubiertos y después un grupo de brillantes caballeros, recorriendo al paso de sus corceles el frente de las tropas.

¿Qué había sucedido? ¿Se nos había engañado? ¿No se nos había dicho que el Emperador, la Emperatriz y todo el cortejo real pasaría á unos cuantos metros de las tribunas? ¿Por qué, pues, se veía al Kaiser á tal distancia que solo se le podía reconocer por el gran penacho blanco, cadente sobre el bruñido acero de su casco?

Pronto supe el motivo. La víspera se había celebrado en Postdam el bautizo del hijo mayor del Kromprince, y todos los soberanos habían enviado á la ceremonia príncipes que rodearon al Emperador cuando éste tuvo en sus brazos al regio infante y cuando al día siguiente recorría, enmedio de hurras y marciales himnos, el frente de su ejército.

Entre aquellos príncipes se encontraba el Gran Duque Vladimiro, enviado por Nicolás II, y se temió que una bomba estallara si se pasaba muy cerca de la multitud, entre los cascos del caballo del huésped Moscovita.

Yo estaba verdaderamente contrariado. Esa misma noche saldría para Rusia y ya no tendría ocasión de conocer al Kaiser. ¡Haber perdido aquella oportunidad que debía ponerlo casi al alcance de mi mano! Ah! pero . . .

—Leman, Leman,—grité al guía,—Vámonos.

—¿Adónde, señor? Vea usted bien esto, porque esto no se ve siempre.

—Pero es que yo lo que quiero ver es algo más que esto; estos son los muñecos y yo quiero conocer al que los maneja.

—Eh?

—Que sí, que me busque un lugar desde el que pueda ver de cerca, muy de cerca, al Kaiser.

—Bueno—contestó el imponderable Leman y nos pusimos en marcha.

Leman es un hombre bajo, gordiflón, con las piernas cortas y el vientre abultado, con brazos pequeños terminados en manos regordetas, muy blancas y con uñas muy cuidadas, pero largas y corvas como las de un grifo, de gran cabeza redonda, pelada al rape y de entradas espaciosas, lo que hace que la estrecha línea de pelo que adorna su frente, semeje esa lengüeta de las tocas mongiles; ignoro si tiene nombre especial, y que se puede ver en los retratos de Sor Juana Inés de la Cruz; ojos azules, pequeños y vivísimos, boca chica, pero que cuando come hace desaparecer bocados inverosímiles; sobre el labio superior un bigote recortado á raz y tieso como un cepillo; es rubio y camina con pasos tan rápidos y cortos que imprimen á su cuerpo el balanceo de una boya cuando el mar está agitado.

Y no es mala la comparación, que Leman como las boyas señala al navegante el sitio donde debe echar el ancla en mar serena y segura, y así fué como dió

fondo en la ventana de un café de Friedrish Strasse desde donde podría yo con certeza ver á S. M. cuando después de terminar la gran parada regresara á su palacio.

También á lo largo de aquellas calles se apiñaba la gente; también allí los cuellos se estiraban hasta el grado de infundir temor de que las vértebras se desunieran á fuerza de distender los músculos, ahí también las manos estaban prontas á aplaudir y las bocas á gritar como en el campo de la parada.

De improviso, murmullos, agitación y hurras. En coche descubierto tirado por cuatro caballos y precedido de cuatro picadores que avanzaban al trote largo, pasó inclinando con gracia y bondad la blanca cabeza á uno y otro lado la Emperatriz Augusta. Los hombres agitando los sombreros, las mujeres haciendo flotar pañuelos blancos, y las niñas con una graciosa reverencia que simula el ademán de arrodillarse, saludaron á su soberana que pronto desapareció á lo lejos seguida de las damas de su corte.

Media hora más de espera y otra vez gritos, otra vez oscilaciones en la masa humana, otra vez músicas guerreras.

A la cabeza de un brillante cortejo formado de príncipes extranjeros y príncipes de la casa real Alemana, solo, aislado, rozando casi á la muchedumbre, al paso grave y reposado de un soberbio corcel de tan arqueado cuello que casi parecía tocar con el belfo el pretal, adelantaba saludando militarmente con el bastón de Feld Mariscal, el rey Guillermo.

Y entonces pasó algo curioso; dominando los gritos de los de abajo sonó en las alturas un grito agudo y sostenido.—Viva! Viva! Vivaaa! chillaba aquella garganta y al mismo tiempo, sobre mi cabeza, sentí desplegarse y oí crujir al viento un lienzo grande agitado por una mano que parecía atacada de convulsiones epilépticas.

El Emperador estaba á algunos pasos y los vivas redoblaban y el lienzo blanco parecía juguete del soplo formidable de un viento huracanado.

Quizás aquellas aclamaciones en una lengua extraña, quizás aquel enorme trapo blanco que no cesaba de ondular, ó la casualidad acaso, hicieron que el Emperador levantara la cabeza y fijara los ojos en el sitio donde yo estaba.

Todos los que allí se encontraban agitaron el sombrero, y él, con grave sonrisa, levantó la diestra, donde el corto bastón parecía un cetro, y la llevó hasta su frente.

Entonces pude verlo á mi sabor. Ninguno de los retratos que de él conozco me parece exacto. El aire de dureza que se ve en su fisonomía trasladada á las tarjetas fotográficas ó al lienzo, no existe en su rostro, y en la mirada profunda de sus ojos azules, hay algo más bien de triste que despótico.

Al volverme después de que el cortejo hubo pasado, me encontré con Leman sonriente, sudoroso, triunfante y que en su endiablado francés me dijo tendiéndome la mano.

—Ah, señor, he ganado un buen cigarro!

—Luego usted fué . . . ?

—El que gritó Viva! Viva! Sí, señor, y saludé con esta servilleta, y ya ve usted que conseguí que S. M. levantara la cabeza. Quería usted conocerlo bien y ya lo conoció.

¡Oh, Leman, el gran Leman! qué bien había ganado el puro habano que le dí.

El recuerdo de toda aquella pompa, de todo aquel entusiasmo, de toda aquella confianza aparente ó real, pero confianza al cabo, que demostraba tener en su pueblo el soberano Alemán, despertaban en mi cerebro ideas melancólicas mientras iba arrastrado por el tren, rumbo á la frontera del Imperio Moscovita.

Seguro estaba de que no vería á Nicolás como había visto á Guillermo, y pensaba, no sin cierta amargura, en los caprichosos destinos de los hombres.

Los dos igualmente jóvenes, igualmente animados por grandes concepciones, igualmente poderosos: pero el uno con un carácter de hierro, y el otro con un hierro, el de la debilidad, clavado en el carácter.

Los dos presentándose de cuerpo entero ante el mundo cuando ponian el pié en las gradas del trono; uno, Guillermo, bajando la diestra para aplastar bajo ella á un hombre, Bismark, que valía lo que un pueblo; el otro, Nicolás, alzándola al cielo desde su castillo de Petrovsky implorando la piedad divina para un pueblo que no valía lo que un hombre y que moría aplastado en los fosos que rodeaban el vasto campo de Khodynskié el día solemne de la coronación.

Pero el primero la alzó después armada con toda clase de armas para entrar en la liza, y el otro la bajó para depositarla entre las manos de la nobleza y el clero que se apresuraron á conservarla inerme.

La diestra de Guillermo hizo derramar lágrimas de sangre á un semidiós, y aquellas lágrimas fueron fecundas; la venganza del héroe fué obligar á ser grande á su verdugo: los torrentes de sangre que derramaron dos mil hombres al precipitarse tras una copa conmemorativa cuando el Czar fué coronado, esterilizó la tierra, pero clamó al cielo, y el cielo oyó, y está respondiendo ya!

¡También el estiércol fecundiza; también sabe vengarse noblemente!

Pasó aquella noche de viaje y un día triste y lluvioso substituyó á las sombras.

Al medio día dejábamos la tierra Prusiana para entrar en el territorio Ruso.

Media hora después, la locomotora, resoplando como si estuviera cansada de tan larga carrera se detenía haciendo que todos los viajeros se asomaran á las ventanillas de los trenes. Estábamos en Vilna.

CAPITULO II.

De Vilna á Petersburgo.

—Todos se bajan!

Y todos nos bajamos.

Leman había adquirido una gran importancia á nuestros ojos.

Lo habíamos oído hablar en ruso con los mozos que llevaban á la aduana nuestras maletas!

Siguiendo al uno y á los otros nos encaminamos al salón del registro.

¡Oh, poderoso Dios, qué maremagnum! Aquello no era la entrada de una aduana, aquello era el portal de una casa de orates.

Todos gritaban, gesticulaban, cambiaban de sitio como impulsados por un resorte y giraban sobre sí mismos como trompos.

Y consistía en que el afán de todos era llegar hasta los mostradores que rodean la vasta sala para colocar en buen sitio su equipaje, y como á la entrada un empleado militar recogía los pasaportes y cada uno quería entregarlo de prisa para poder penetrar de los primeros, todos se volvían locos buscando en el bolsillo el "*sésamo, ábrete,*" no perdiendo de vista al mozo de cordel, defendiendo la cartera y el reloj, de los rateros, y pidiendo excusas al que se le aplastaba un pié enmedio del tumulto, y se ponía más ro-

jo que un cangrejo, aplastando á su vez las extremidades inferiores que bajo el tacón de su zapato llegaban á caer por su desgracia.

Y así, estrujados, comprimidos, sudorosos, sin aliento, entramos al fin en aquel *Sancta-Sanctorum* tan temido y tan deseado.

Las maletas fueron colocadas á lo largo de los mostradores, y empezó el ejercicio de la paciencia para todos los fieles cristianos que allí estábamos..... y para los judíos, porque también los había.

En el fondo de la sala se veía un altar con una imagen, porque en todas las oficinas civiles, militares y administrativas de Rusia, hay altares, y frente á la imagen, con el casquete metido hasta los ojos y las manos hundidas en los bolsillos ó cruzadas atrás de la cintura, un enjambre de empleados iba y venía clavando en nosotros sus inquisitivas miradas.

Leman saltó al mostrador.

Uno de los empleados corrió hacia él con los brazos abiertos para evitarle la entrada, pero Leman á su vez abrió los suyos y cayó en los del aduanero abrazándolo con la misma efusión y ternura con que hubiera abrazado á un hermano.

El Ruso procurando desasirse y el Alemán sin querer soltarse, fueron dando traspiés y estrechamente unidos hasta el centro del salón.

Leman con su voz chillona empezó á hablar tanto y tan alto que al fin se hizo oir de un jorobadillo que cerca del altar escribía, tan inclinado sobre el papel,

que podía asegurarse que con la nariz borraba lo que con la pluma escribía.

Sacó de entre el corvo espinazo la cabeza, como saca la suya el caracol de su concha y fijando en nuestro guía los ojos,—¡Ah, Leman!—exclamó alegremente, y se dirigió hacia él.

Hablaron algún tiempo; luego, dirigiéndose al sitio donde haciamos guardia frente á nuestras maletas y deteniéndose ante ellas, ratificaron el número de bultos y sobre cada uno de ellos, sin abrirlos, puso el aduanero una señal.

¡Uf! estábamos despachados!

Frente al altar, en el muro opuesto á él, abríase una puerta por la que se escapaba un olor apetitoso de manjares recién cocinados y el ruido de platos, copas y cubiertos, peculiar de las fondas, que tan harmoniosamente suena en los oídos de los que tienen hambre.

A la puerta bendita nos dirigimos todos; pero al ir á cruzarla, un soldado que ante ella hacía centinela, tendió frente á nosotros el arma.

—Los pasaportes—debió decir—ó no se pasa.

Buena era esa! Nuestros pasaportes, como los de los demás, formaban un revuelto montón en una mesa ante la cual el encargado de revisarlos conversaba tranquilamente con dos ó tres de sus laboriosos compañeros.

Y nueva campaña de Leman.

Volvió hacia el jorobadillo, el jorobadillo habló con un gigante, el gigante con un hombre de esta-

tura regular y el hombre de estatura regular con el soldado.

El soldado hizo al decir que no, seña de que le cortarían el pescuezo si nos dejaba pasar, deslizando con fuerza el dedo índice, sucio, ennegrecido y tieso como el mango de un látigo de carretero, sobre la piel de su cuello.

El hombre de estatura regular se volvió hacia el gigante y habló con él, el gigante habló con el jorobado, éste con Leman y Leman y el jorobado se dirigieron valientemente hacia el revisor de pasaportes.

Algo se dijeron de muy interesante porque la conversación duró un cuarto de hora; por fin el revisor clavó en nosotros sus miradas furibundas, como si le enojara que hubiéramos pedido lo que era nuestro, y después de otro cuarto de hora de manoseo de papeles, los pasaportes nos fueron devueltos.

Ay! pero no todos! El de Truan no parecía.

Por fin, después de un noble empeño por su parte de que sin esperarlo fuéramos á comer, y de una no menos noble y generosa resistencia por la nuestra, cedimos, dejando á Truan en manos del bondadoso jorobado, que nos ofreció ayudarlo en la busca del precioso documento.

Media hora después se nos unía Truan en el comedor, enjugándose la frente y medio muerto de hambre.

En las fondas de los ferrocarriles Rusos no sirven criados al cliente, sino que el cliente se sirve á sí mismo.

En un enorme mostrador hay toda clase de platillos al alcance del público y el público toma los que le gustan y va á sentarse á comerlos donde puede.

Cogimos, pues, cada uno lo que mejor nos pareció y por asalto tomamos una mesa que otros más felices acababan de desocupar.

Entonces, sin saber de dónde, como á la evocación de un conjuro, surgió el mozo preguntándonos qué deseábamos beber.

El mismo mozo nos cobró la cuenta, de modo que las funciones complicadas de esos dichosos sirvientes de restaurant, se reducen á colocar sobre una mesa unas cuantas botellas, á llevar á la caja del patrón el producto de lo consumido y á recoger su propina.

Cinco minutos faltarían para que la última señal de partida sonara cuando entramos al andén y después al coche dormitorio que según nos dijeron era el nuestro.

Leman abría la marcha con el billete que indicaba nuestros departamentos, en la mano.

Al llegar á ellos los encontramos ocupados.

***

Pregunta al conductor y envío al otro wagón.

En ese otro wagón la misma historia, y así en todos.

En suma, que el tren iba á partir y que nosotros no teníamos no digo ya donde dormir, pero ni siquiera lugar en donde sentarnos.

Leman rojo como una remolacha, con los ojos azules fuera de las órbitas, gritaba en ruso como un endemoniado y ponía, probablemente como chupa de dómine, al conductor del tren y á todos los empleados.

Apeóse sin dejar de gritar y se dirigió al despacho del jefe de estación.

El tenía los pasaportes y los boletos, y temimos que el tren partiera de un momento á otro, y nos llevara dejando en tierra á nuestro guía.

La perspectiva no era agradable; en Rusia no se puede viajar sin pasaporte y en ninguna parte del mundo se viaja sin boleto; además no conocíamos ni una letra de la harmoniosa lengua eslava y estábamos expuestos: primero, á ser vergonzosamente arrojados del tren; segundo, á ser detenidos por la policía como sospechosos, y tercero, á permanecer mudos ante todas las preguntas que se nos dirigieran.

Así pues, también descendimos al andén cuando todo el mundo subía al convoy.

Pudimos ver á lo lejos á nuestro guía y al conductor enmedio de un grupo de personas entre las cuales estaba el jorobado; vimos después que aquel grupo se dirigía á nosotros y..... el tren empezó á moverse lentamente.

—Suban ustedes! suban ustedes!—nos gritó Leman y apresuradamente subimos.

—¡Suba usted también!—le grité á mi vez cuando el coche en que íbamos pasó frente al grupo en que él estaba.

Con gran asombro mío, todos, inclusive él, se quitaron con respeto las gorras ó saludaron militarmente.

Se me olvidaba advertir que en Rusia como en Alemania, todos los empleados de ferrocarriles son militares y visten uniforme.

—Pero, con mil diablos! ¿subirá usted?—volví á decirle sin preocuparme ya del saludo, que por otra parte nunca creí fuera dirigido á mí sino á alguno que á mis espaldas estuviera, al ver que el tren seguía su marcha y que Leman no subía.

Al fin lo ví trepar á uno de los últimos coches, seguido del conductor que, humildemente, lo dejó pasar primero.

Por fortuna, los trenes rusos caminan muy despacio y más despacio se deslizan al salir de las estaciones.

Pocos minutos después el guía se unió á nosotros y nos suplicó que lo siguiéramos.

Recorrimos dos coches, y en el tercero, en cómodos departamentos, el conductor y el encargado de preparar los lechos colocaban nuestras maletas.

Cuando me presenté, aquellos hombres hicieron mil reverencias y por conducto de Leman me preguntaron á qué hora deseaba tomar el thé.

Leman sonreía socarronamente.

Una vez instalados y seguros en consecuencia de que la noche se pasaría no del todo mal, encendimos los cigarros y el guía haciendo sonar la campanilla dijo algo al mozo, que se inclinó y salió.

Pocos momentos después entró de nuevo y preguntó en ruso no sé qué, clavando en mí los ojos.

—¿Qué quiere este hombre, Leman?

—Pregunta—dijo gravemente Leman, si su Alteza tomará el thé con limón.

—Su Alteza? quién es Su Alteza?

—Usted, señor.

—Cómo yo?

—Sí señor, usted.

—Pues bien, dígale que mi Alteza tomará el thé con limón.

Cuando salió el criado, le pedí explicaciones al guía,

—Es señor, me dijo, que nuestros boletos para el coche dormitorio habían sido vendidos dos veces, y para conseguir que nos prefirieran á nosotros, le dije al jefe de estación enseñándole el pasaporte de usted, que es un diputado Mexicano, que viene con una misión especial á la corte, que Truan es su secretario y yo el courrier de Su Majestad encargado de conducirlos á ustedes hasta San Petersburgo.

—¿Pero cómo creyó eso el buen hombre?

—Porque mi amigo el jorobado sabe el francés, y como en el pasaporte de usted dice «*Diputado*» y esa palabra en español se parece á la misma palabra en francés, mi amigo le aseguró al jefe de estación que era cierto lo que yo decía y ahí tiene usted á mi hombre deshaciéndose en excusas y ordenando que cuanto antes se arreglara el departamento á Su Alteza. Si hubiera yo querido nos ponen coche especial.

—¡Dios nos libre!—contesté.—¿Pero eso de Alteza? . . . . . .

—Es que esta gente no puede comprender que se vaya con alguna misión á alguna parte sin ser príncipe ó cosa así.

—Bien, bien, consiento en ser *alteza* hasta mañana, pero cuidado después con atribuirme cargos que no tengo.

—Ah! señor, no hay cuidado, yo conozco á mis rusos!

Seguía el tren su marcha cruzando interminables llanuras tristes y desoladas.

La mayor parte de las tierras están sin cultivar, y sólo de cuando en cuando se veía destacarse sobre el verde de la planicie, la roja enagüilla ó la chaqueta azul de alguna campesina.

No hay en los horizontes rusos, como tampoco las hay en los prusianos, montañas que corten el azul del cielo, pero en los campos de Prusia, al menos se ven diseminados por todas partes molinos de viento y apiñados caseríos en terrenos de labor, en tanto que en las llanuras rusas, sólo la hierba salvaje se nutre con el jugo de la tierra.

La noche, fría, húmeda y triste se iba extendiendo sobre el campo y una semi obscuridad llena de melancolía nos rodeaba. La soledad, la devastación, el abandono del país, pesaban sobre nuestros espíritus y sentimos el malestar que se siente á esa misma hora, cuando nos ha sorprendido en un cementerio.

En vano busqué el botón de la luz eléctrica para

ahuyentar con la claridad nuestra trizteza. Ni botón, ni lámparas incandescentes ni cosa que lo valiera había en aquel coche.

Solo después de transcurrir un rato y cuando ya en plenas tinieblas había Leman, en un rapto de entusiasmo elocuente, casi saltado un ojo á Truan con una de sus corvas uñas, al hacer un ademán enérgico tratando de no sé qué, apareció el mozo del wagon llevando en la mano . . . ¡una vela!

Así hace alumbrar Su Majestad Imperial el Tzar de todas las Rusias, los coches dormitorios de sus trenes.

CAPITULO III.

San Petersburgo.

Las nueve y minutos de la mañana, eran, cuando transidos de frío á pesar de nuestros gruesos abrigos y de tres ó cuatro vasos de thé bien caliente que al amor del samovar mismo habíamos tomado, llegamos al fin á la ciudad de Pedro el Grande.

El «*courrier de la cour*» entró de lleno en funciones.

—Síganme ustedes, no hay cuidado de nada, estoy en mis terrenos, esta es mi casa—y empezó á entenderse en ese idioma que parece formado de ladridos quejumbrosos y dulces gruñidos de faldero mimado, con los melenudos mozos de cordel que por asalto se apoderaron de nuestras maletas.

El tiempo estaba frío, nublado y caía una lluvia menuda que hacía penetrar su humedad destemplada hasta los huesos.

Yo tenía esperanza de encontrar un carruaje cerrado que nos llevara al hotel, y con ese pensamiento consolador eché á andar detrás del guía.

Salimos á la plazoleta de la estación y ¡adiós mis ilusiones! Carruajes! sí, los había, si así pueden llamarse los instrumentos rodantes de tortura que se usan para ir de un lado á otro en la Rusia,

Imagínate, lector, un cochecillo abierto, tan angosto, que cuando van en él dos personas de mediana talla, tienen que sentarse dándose ó bien espalda con espalda ó bien nariz con nariz, porque sólo de medio lado se cabe. En el primer caso, tienen los que así se colocan el inconveniente de ir con las rodillas fuera del vehículo, y además el de tener que hablar á grito herido si acaso alguno de ellos quiere decirle algo á su compañero de tribulación. Cuando tal sucede, es decir, cuando hablan, no parece que hablan entre sí, sino que van discutiendo acaloradamente con los transeuntes.

En el segundo caso, el mal es mayor, porque como en San Petersburgo lo mismo que en Moscow, la mayor parte de las calles no tienen ni adoquines ni asfalto sino que están pavimentadas con guijarros agudos y desiguales, y como los coches no van de prisa sino á escape, son tantas y tales las sacudidas tremebundas que imprimen al continente y al contenido los bruscos cambios de dirección del armatoste, que puede uno de los viajeros quedarse lindamente con el apéndice nasal del otro entre los dientes.

Puestos en tal disyuntiva, es decir, la de parecer locos ó mordernos, optamos por un término medio, por un «*modus rodante*,» y fué este el de acomodarnos en el exiguo asiento apoyando en él solamente la rabadilla, echarnos fraternalmente los brazos al cuello para mejor oprimirnos el uno contra el otro, y

así poder sostenernos más fácilmente cuando perdiéramos nuestro inestable equilibrio.

Resuelta la dificultad del mejor modo posible, pude contemplar á mi sabor al cochero.

¡Virgen de las Alcobendas! aquello no era un hombre, aquello era un monstruo, aquello era una pesadilla.

Los cocheros en Rusia no se visten, se empacan.

Usan unos abrigos que les llegan hasta los pies y que están rellenos de lana como un colchón. No se abotonan ese abrigo sino que se lo enrollan al cuerpo de tal modo, que el cruzamiento empieza en el cuello por el lado derecho y acaba en los tobillos por el izquierdo.

Tan gruesa es la envoltura que tal parece que á aquellos hombres los han inflado con un fuelle y que de un momento á otro van á reventar.

Ahora bien, las varas de los coches rusos no parten del balancín; este no existe; sino de las bocinas de las ruedas delanteras, de modo que suben las extremidades de las tales varas hasta las narices del caballo; están unidas además esas extremidades con un medio círculo de madera que va de la una á la otra y del cual penden unas correas que se unen á los collares de las guarniciones, y otras que mantienen erguida la cabeza del animal de tal modo, que éste parece suspendido de aquella especie de horca caprichosa y singular.

TIPOS RUSOS.

Los pescantes son bajos y se encuentran justamente á la altura precisa para que la cabeza del caballo quede colocada frente á frente de la del cochero y le impida á este ver lo que haya adelante del rocín.

Así pues, cuando uno pone el pie en el coche, lo hace con un invencible castañeteo de dientes, aterrorizado ante la idea de lo que le podrá sobrevenir. Se puede decir que no se va en las manos del cochero sino en las patas del animal.

Me maravillaba el ver cómo se podían mantener los automedontes en su asiento, obligados como están á inclinarse ya de un lado ya del otro para observar su camino, y me maravillaba tanto más, cuanto que las hopalandas de que he hablado les dan á su parte posterior la forma de un casquete esférico, y yo hasta entonces solo en los circos había visto hombres que conservaran el equilibrio sobre un aparato semejante.

Surgiendo de la inverosímil envoltura, se yergue la cabeza. Se diría que es la de una tortuga saliendo de la concha, así se ve de pequeña sobre aquel enorme cuerpo.

Es digno remate de una selva enmarañada de cabellos, el sombrero que usan los cocheros moscovitas. Jamás me había imaginado cosa igual, ni nunca había visto forma semejante en estampas ni en museos. Es un sombrero que mide de alto la mitad poco más ó menos de lo que alcanza un sombrero de seda común; la copa en su parte superior es muy ancha y disminuye de diámetro gradualmente hasta unirse á las alas pequeñísimas, muy arriscadas á los lados y muy caídas por la parte de atrás y la de adelante; la hebilla de acero bruñido, no queda á la izquierda del sombrero sino al frente.

—Si le parece á usted—me dijo Leman, cuando después de tomar un baño salimos del hotel,—iremos á ver las cocheras reales.

—Con mucho gusto, pero antes vamos á una sombrerería.

—¿Va usted á comprar? . . . .

—Sí, señor, un sombrero de cochero.

Mi hombre se me quedó viendo como si creyera que me había vuelto loco.

—¡Un sombrero de cochero!

Creyó tal vez que lo quería para mi uso particular.

Rublo y medio me costó el divino sombrero que, en París, cuidadosamente empacado, espera mi regreso para cruzar conmigo el Atlántico é ir á ocupar un

lugar preferente entre las curiosidades que guardo en mi casa.

Cumplido aquel antojo nos dirigimos á las cocheras del emperador.

La carroza en que la Cenicienta fué conducida al altar por aquel gallardo príncipe que se enamoró, como yo me hubiera enamorado, del escarpín de cristal que había servido de cárcel al pié más adorable de su reino; las carrozas todas de los cuentos de hadas y las carrozas todas de que en historias y novelas se haya hablado, no se pueden comparar en riqueza, en esplendor ni en buen gusto á las de la corte rusa.

Los brillantes, las perlas, las esmeraldas, los zafiros, los rubies, las turquesas y los topacios constelan aquellos innumerables, soberbios vehículos, que encierran de tarde en cuando el pasajero y efímero poder de un hombre y la vanidad mundana de una corte.

Aquellas piedras preciosas no adornan solamente el interior de grana de los coches, se ven en las portezuelas, en las llaves, en la parte posterior, en el pescante y en las bocinas de las ruedas.

Algunos hay que ostentan pinturas de Wateu que valen un tesoro.

Las guarniciones de los caballos están también cuajadas de pedrería.

Cuando en las grandes festividades, enmedio de una compacta muchedumbre pasen esas espléndidas carrozas por las calles empavesadas con vistosas col-

gaduras, cuando heridas por los rayos del sol chispéen aquellas piedras preciosas y aquellas bordados de oro que representan tantos millones de rublos y tantas tortas de pan para los pobres ¿qué ideas surgirán en los que van sentados en los muelles coginés y que acaso tienen el cerebro vacío, y cuáles, en los que desde el arroyo los ven pasar, y cuyo estómago tal vez jamás ha estado lleno?

¡Y cuando se piensa que tantas riquezas han sido extraídas de las entrañas de la roca por infelices sentenciados á trabajar en las minas de la Siberia, no por homicidios horrendos, no por crímenes espeluznantes, sino porque sus ideas políticas no son las mismas que las de los hombres del Gobierno; cuando se medita que entre aquellos á quienes deslumbran los reflejos de la pedrería hay esposas, hay hijos, hay padres de los que gimiendo bajo el knout han arrancado del corazón de las peñas tesoros para sus verdugos, mientras esos padres, esos hijos y esas esposas se mueren de hambre: no es posible dejar de oprimir los puños hasta clavarse las uñas en la carne, ni dejar de levantar la vista al cielo para buscar con la mirada turbia por lágrimas de indignación y de tristeza, en donde está el lugar donde se esconde el Dios de la Justicia que así permanece mudo y sordo y ciego, sin hacer tronar sobre la erguida cerviz de los culpados los rayos vengadores de su voluntad divina!

Entre tanta grandeza dos carruajes me impresionaron más hondamente; uno deforme, humilde, con

pequeños cuadrados de mica, sujetos por varillas de plomo, en lugar de cristales.

Manos imperiales, pero encallecidas por el trabajo, lo construyeron. Pedro el Grande lo hizo.

Dos gigantescas figuras llenan la historia de la Rusia: Iván el Terrible y Pedro el Grande.

Ya tropezaremos con la sombra imponente y siniestra del primero, cuando veamos desde la Plaza Roja de Moscow levantarse ante nuestras miradas los muros carcomidos del Kremlin; ya encontraremos la colosal silueta del segundo, cuando en el Jardín de Estío de San Petersburgo, visitemos el humilde palacio que habitó el más extravagante y progresista de los Tzares.

A un lado del coche que éste construyó está el que una bomba hizo pedazos la mañana del 13 de Marzo de 1881: Alejandro II iba en él.

La parte posterior del carruaje está completamente hecha astillas. El asiento fuera de su sitio hace pensar en el sacudimiento terrible que debió experimentar el Emperador en el momento en que la explosión se produjo, y no puede uno explicarse cómo no fué muerto dentro del vehículo.

Si hubiera permanecido dentro de él, quizás se hubiese salvado; pero el destino de los hombres es ineludible.

En un arranque de generosidad, de los que muchos tuvo, saltó fuera del coche y se dirigió precipitadamente al sitio en que uno de los cosacos de su escolta yacía mal herido.

En el momento en que se inclinaba hacia él, una segunda bomba estalló á su lado, destrozándole las piernas.

Aún tuvo fuerzas para arrastrarse hasta una de las columnas del puente pronunciando palabras incoherentes.

Cuando se le colocó en el trineo del jefe de la policía que acudió al sitio de la catástrofe, para conducirlo al Palacio de Invierno, murmuró con voz clara:

—¡Tengo frío!

Era natural. La muerte estaba á su lado y posaba sus labios en la frente ungida del monarca.

El trineo se ve junto al carruaje; el asiento de terciopelo está jaspeado con manchas negruscas. Es la sangre del Tzar.

Leman, íntimo amigo del guardián que nos acompañaba, me preguntó si querría yo una astilla del carruaje.

A mi afirmativa respuesta, aquel hombre tomó de la parte destruída dos pedazos, y nos ofreció uno á mi cuñado y otro á mí.

Tres rublos le dimos de gratificación. Es decir, mi astilla histórica me costó rublo y medio, lo mismo que el sombrero de cochero. ¡Cosas del mundo!

CAPITULO IV.

El Palacio de Invierno.

Después de ver el coche y el trineo, quise ver la cama en que Alejandro II expiró.

El lugar mismo en que el espléndido Palacio de Invierno se levanta, fué ocupado hace dos siglos por una casa de madera que habitó un gran almirante de la armada de Pedro el Grande, Apraxine.

Apraxine era tan marino como puede serlo un pescador. Sin embargo, el éxito coronaba sus empresas.

Siete años duró en auge el Almirantazgo.

Cierta ocasión, á consecuencia de una señal mal interpretada, un navío se fué á pique.

Apraxine puso el grito en el cielo.

Cruys, un noruego, empleado en las oficinas del Almirantazgo, era el culpable.

Se formó un Consejo de Guerra presidido por el Gran Almirante, y el noruego fué sentenciado á muerte.

Ay! el verdadero sentenciado fué Apraxine.

Cruys fué indultado por Pedro.

Apraxine no volvió á hacer nada que le resultara bien y el Almirantazgo anduvo como si estuviera atacado de ataxia locomotriz, es decir, á reculones.

Apraxine debía sus éxitos, no á su ciencia ni á su pericia, sino á Cruys.

Celoso de él, buscó una oportunidad para perderlo, y él fué el que se perdió.

En 1732, la Emperatriz Ana hizo demoler la casa de Apraxine para construir el Palacio. Su muerte interrumpió las obras que reanudó Isabel y que terminó Catalina II en 1764.

Treinta y dos años duró aquel trabajo de mujeres, y desde entonces hasta hoy ¡cuanto Apraxine del trono ha pisado el mismo terreno que pisó el Apraxine del mar!

No sin cierta emoción se pone el pié en el soberbio vestíbulo del Palacio, estucado y de estilo Renacimiento, desde el que se pasa á los departamentos que Catalina de Rusia destinó á regios huéspedes.

Todos los salones están adornados con muebles espléndidos, mesas de mosaicos florentinos, vasos de ágata, cuadros de grandes pintores, armarios de Boule, columnas de jaspe en las chimeneas y tapicerías de seda en las paredes.

Al salir de aquellas habitaciones y después de atravesar una hermosísima sala donde se dan los bailes cuando la corte reside en el Palacio, sala que se une á un elegante jardín de invierno, entramos á la galería Romanof donde están los retratos de los príncipes todos de ese nombre, desde el patriarca Philarete Nikitich padre de Tzar Miguel, hasta Nicolás II.

Allí juntos están Sofía y Pedro el Grande.

Remontando el curso de los años, ya los volveremos á encontrar en Moscow, no en la galería de un palacio Imperial, sino en un cuarto de tortura; á ella,

despojada del traje de regente, apenas cubiertos los miembros con una camisola, tendida en el potro; y á él, torvo y sombrío, haciendo acercar y alejar alternativamente á las desnudas plantas de la Tzarevna su hermana un bracero, para arrancarle por medio del dolor, la confesión de que había conspirado con los Streltsy con objeto de arrojarlo del trono.

Nos detuvimos por indicación del hombre que nos guiaba, y esperamos á que fuera á consultar si se nos permitiría penetrar en las habitaciones que están en el fondo de la misma galería.

Momentos después regresaba diciéndonos que era imposible.

El primer ministro Stolypine habitaba ahí.

Copio de un periódico francés el siguiente telegrama:—"San Petersburgo, 25 de Agosto—Según una « versión de fuente oficial, á la una de la tarde, un co- « che tirado por dos caballos en el que iban cuatro per- « sonas, dos de ellas con trajes de paisano y las otras « vistiendo uniformes militares extranjeros, se detuvo « delante de la puerta de la residencia del señor Stoly- « pine. Los cuatro penetraron en la antesala. Uno de « ellos llevaba su casco en la mano probablemente con « el objeto de disimular la bomba.

« Ésta cayendo accidentalmente en la antesala, hizo « explosión.

« La explosión arrancó de sus goznes la puerta que « separaba el departamento del señor Stolypine de la « sala de recepción.

« El cochero del landó que había conducido á los

« cuatro conspiradores quedó muerto, y el landó des-
« truído, pero los caballos no sufrieron ningún daño.

« Según algunas personas el señor Stolypine ha re-
« cibido una ligera contusión cerca del oído, según
« otras, no ha experimentado más que un simple atur-
« dimiento.

« Este atentado ha producido una gran emoción
« entre las personas del mundo oficial que empiezan á
« regresar á la ciudad.

« Todos están ansiosos de conocer la verdad exacta,
« porque en la ciudad circulan toda clase de rumores.

« Inmediatamente después del atentado, la larga
« avenida de árboles enmedio de la cual la residencia
« del primer ministro está situada, ha sido por sus dos
« extremos cerrada por la caballería; á nadie se le ha
« permitido el paso excepto á un alto personaje oficial
« que fué á expresar sus condolencias y á darse cuen-
« ta de la magnitud de la catástrofe.

« Según noticias, el señor Stolypine acababa de re-
« cibir al antiguo diputado de la Duma, señor Mau-
« khanoff, á quien últimamente se había mandado arres-
« tar por razones políticas.

« Las embajadas y las legaciones todas han expre-
« sado sus sentimientos de profunda simpatía al se-
« ñor Stolypine»—

«—San Petersburgo, 25 de Agosto.—La hija del se-
« ñor Stolypine ha muerto esta tarde».—

Estos telegramas los había yo leido unos tres ó cuatro días antes de salir de Berlín y aun conservaba el periódico en el bolsillo de mi sobretodo.

Mudos y pensativos fijamos los ojos en la puerta por donde nuestro guía acababa de salir y, traspasando con el pensamiento aquellos dinteles, cruzamos ricos y espléndidos salones y llegamos hasta una cámara silenciosa, obscura, triste; y ahí nos imaginamos contemplar, al pié de un lecho en el que se veían reclinadas sobre la blanca almohada, con las facciones contraídas por el sufrimiento, dos pálidas cabecitas, á un padre y á una madre desgraciados siguiendo con ojos enrojecidos por las lágrimas y las vigilias, la dolorosa y lenta agonía de dos ángeles que iban quizás á pagar con su vida crímenes ó errores cometidos por otros.

Por fortuna el periódico no estaba bien informado. La niña no había muerto, pero se le iban á amputar las piernas. Un niño también había sido herido.

A pesar de su estado de suma gravedad se tenía la esperanza de salvarlo.

Nos inclinamos ante aquel gran dolor, ante aquella miseria que se cobijaba bajo los dorados artesones del más suntuoso de los alcázares regios, y andando de puntillas, como si pudiera el ruido de nuestros pasos turbar el sopor de los niños heridos, y el amargo recogimiento de los desventurados padres, seguimos al guía del palacio, que nos había precedido cabizbajo y taciturno también, y que por salas y galerías nos condujo al que con razón se llama «*el corredor sombrío.*»

Cuando llegamos á la medianía de este corredor que toma insuficiente luz por grandes claraboyas ovaladas, abiertas en lo alto de trecho en trecho, nuestro

conductor llamó á una puerta y se presentó en el dintel un criado vistiendo la librea Imperial.

Su rostro simpático no tenía bigote, pero le orlaban unas enormes patillas blancas que descendian hasta sus hombros.

Aquel criado había servido como ayuda de cámara al Emperador Alejandro II, lo había visto morir, y ahora no tiene más ocupación que, conservar las habitaciones del Tzar difunto tal y como se encontraban el día en que abandonó la vida el desgraciado Monarca.

Estábamos, pues, á las puertas de la cámara del abuelo del Emperador Nicolás.

Entramos.

Hay en ellas buen gusto, hay objetos valiosos obsequios de otros soberanos, hay recuerdos de familia, hay buenas pinturas; pero no hay lujo.

Una de aquellas habitaciones está dividida en dos partes por dos arcos que arrancan de una columna central. Estos arcos quedan frente á frente de las ventanas que dan luz al departamento.

Es una biblioteca, es un cuarto de estudio; en la parte más amplia, es decir, en la comprendida entre las ventanas y los arcos, se ven dos grandes mesas escritorios situadas en la medianía de la pieza, una frente á otra y á distancia de dos metros poco más ó menos. Una de ellas era la del Tzar Alejandro, la otra la ocupaba el ministro á quien le correspondía ir á dar cuenta al soberano de sus labores y de los negocios pendientes de despacho.

En ambas mesas se ven útiles de escritorio y sobre las dos hay cigarrillos rusos, los mismos que estaban allí el 13 de Marzo de 1881. Le enseñan al visitante encerrado en un tubo de cristal el último que fumó Alejandro II y que arrojó momentos antes de salir para ser asesinado.

Las plumas que usaba para escribir son de ave y hay una caja de ellas frente á la carpeta donde guardaba sus papeles. Esas plumas han adquirido un tinte amarillento: el tiempo las ha puesto así.

Entre los dos arcos, en la parte posterior de la estancia, y oculto á medias por la columna, puesto que deja ver la parte correspondiente á los pies, hay un lecho angosto, de hierro colado, y sencillo hasta la exageración. En el muro que queda á la cabecera del lecho, sobre una alta cómoda de nogal, se ven, pendiente del muro un Cristo, y encima de la cómoda, entre varios objetos caprichosos y artísticos, en un marco modesto encuadrada la imagen de la madre de Alejandro.

En aquel sitio y en ese lecho dormía la mayor parte de las noches el Tzar, y en ese lecho y en aquel mismo sitio expiró. Terminadas las labores del día, después de cenar en familia en un comedor cercano, el mismo en que un año antes de su muerte estalló una bomba que puso en peligro su vida y la de todos los suyos, comedor que visitamos después, pasaba el Tzar al cuarto que he descrito, y ahí, á solas con sus pensamientos y sus libros, dejaba correr el tiempo sin sentirlo. Cuando la fatiga le agobiaba, se diri-

gía al modesto lecho, y sin más ayuda que la del criado que nos enseñaba sus habitaciones, y que nos relató estos detalles con voz un poco temblorosa, se despojaba del uniforme para entregarse al descanso.

La suntuosa cámara oficial permaneció desierta casi todo el tiempo que duró su vida.

***

Después de recorrer innumerables salones de imponderable riqueza, cuyas paredes ostentan en vez de tapicerías platos de oro esmaltado y repujado en los que se han ofrecido el pan y la sal á los Autócratas Rusos, y otros revestidos con seda y gobelinos, abandonamos la mansión regia y pocos momentos después cruzábamos la plaza del Palacio.

¡Cómo vino entonces á mi memoria el recuerdo de aquel Domingo del mes de Enero del año último, que pasará á la historia con el tremendo nombre de «*Domingo Rojo.*»

Allí, en aquella plaza; un poco más allá, en los jardines Alexandrovsky; más lejos, en otros puntos de la Nevsky, y en las calles adyacentes, una espantosa matanza de niños, de mujeres, de ancianos y de indefensos obreros tuvo lugar aquel sangriento domingo.

¿Era acaso porque conspiraban? ¿Era porque querían algún cambio radical en el sistema de gobierno de su país? ¿Era porque aquella reunión podía comprometer el bienestar de la Rusia ó la salud ó la vida de la familia real?

No. Era porque había ído á pedirle al Tzar, el único que podía hacerlo, que remediase su miseria, que enjugara sus lágrimas y que vertiera con palabras de bondad y de esperanza un bálsamo en sus heridas.

Contemplé con horror y con piedad aquellas piedras que empapó la sangre de tanto inocente iluso que iba á presentarse con las manos levantadas, para que se viera que no llevaban armas, á las bayonetas de los infantes y á las nagaikas de los cosacos; contemplé con angustia las rejas del jardín á las que se asieron con desesperación tratando de escalarlas, los infelices que sentían apoyarse sobre sus hombros la mano de la muerte, y junto con aquella terrible y odiosa respuesta que dió un oficial á alguno que le preguntaba por qué hacía disparar sobre la multitud:—«Esa gente nos disgusta;»—me pareció oír tronar la voz de aquella pobre madre que junto al cadáver de su hijo gritaba con las crispadas manos alzadas al cielo:—«¡Cobardes, os habeis dejado derrotar en Mandchuria, pero aquí matais á los obreros indefensos!»

¡Ah!—pensaba yo—dicen que la noche es el mejor consejero; ¡qué bien habría hecho el Tzar en haber pedido consejo á la almohada en que reclinó moribundo la cabeza veinticuatro años antes Alejandro II! ¡Qué bien hubiera hecho en dormir la noche que precedió á aquel Domingo, en el humilde lecho en que expiró su abuelo!

CAPITULO V.

Las Catedrales de San Pedro y San Pablo, de San Isaac y de la Virgen de Kazan.

Frente al Palacio de Invierno, sobre la opuesta margen del Neva y rodeada por las aguas de este río y las del canal, se encuentra la isla de la Ciudadela y en esa isla la Catedral de San Pedro y San Pablo.

Data su construcción del siglo XVIII y la pirámide de su campanario, esbelta y airosa, es una de las más elevadas de la Rusia: tiene ciento veinte metros, pero como creo que no vale la pena atrapar un torticoli para ver algo que junto á la torre Eiffel es un juguete, bueno es decirle adiós al ángel que se mantiene en equilibrio en lo alto de la aguja y entremos á la Iglesia.

Es verdaderamente extraño el aspecto que la Catedral ofrece al que la visita, porque todo parece menos un templo cristiano. Hay allí objetos curiosos que Pedro el Grande fabricó, entre otros un candelero de ébano esculpido, de tres metros de alto y dos de diámetro que es una verdadera obra de arte; se ve, además, el lecho de campaña del mismo monarca, sus botas remontadas y con parches, sus zapatillas, y qué sé yo que otras cosas que estarían mejor en un museo que en el interior de la casa de la Majestad Divina por más que hayan pertenecido á una Majestad humana.

Donde quiera se ven trofeos militares y hay donde quiera flores y plantas.

Ahí se encuentran los sarcófagos de los Romanof desde Pedro el Grande hasta Alejandro III.

Cada uno de estos sarcófagos está tallado en granito ó en jaspe y son verdaderamente ricos y artísticos.

Todos ellos tenían más ó menos ofrendas, pero en uno las ví de flores naturales y frescas.

Era el del gran duque Jorge Alejandrovich, muerto en la villa de Tuman lejos de su familia que lo había relegado á aquel destierro porque no quiso prescindir de un amor grande y profundo que una pobre muchacha de clase humilde supo inspirarle.

Abandonó honores, grandezas, bienestar y todo, por seguir viviendo al lado de aquella que para él valía más que cuanto la cercanía del trono pudo ofrecerle, y fué á ocultar su dicha á un escondido rincón del universo, que su amor convirtió en un paraíso.

Allí, olvidados de todos los hombres, pero no de Dios que es quien pone en el corazón humano el dulce sentimiento que hace que el espíritu se desligue de materiales y efímeras ambiciones y pueda aproximarse á su Creador para bañarse en los divinos efluvios que emanan del que es infinita bondad y amor eterno, vivió y murió feliz el que tanto supo querer sobre la tierra.

¿Qué mano piadosa deposita en su tumba de príncipe las flores que contemplé?

Quién sabe . . . el soldado que nos guiaba no supo decírmelo ni yo me empeñé en averiguarlo.

Me agradan en la pintura los esbozos, en la poesía las vaguedades y en el amor el misterio.

***

SAN ISAAC.

Volvimos de nuevo al centro de la ciudad y penetramos á la catedral de San Isaac.

Puede suponerse la grandiosidad de esa Iglesia sólo con pensar que ha costado más de veinticinco millones de rublos.

Construída de granito y mármol, tiene la forma de una cruz griega y mide más de cien metros de largo por noventa y tantos de ancho.

Su gran cúpula dorada se ve desde muy lejos y cuando los rayos del sol la hieren parece que una auréola la rodea.

Los pórticos principales tienen diez y sèis colosales columnas de granito rojo de Finlandia pulimentadas, con basamentos y capiteles de bronce.

Los laterales tienen ocho columnas cada uno.

Obras de arte admirable son los enormes frontones que reposan sobre las majestuosas columnatas y cuyos tímpanos están decorados con bajorelieves de bronce de colosales proporciones representando escenas de la vida de San Isaac. Esos bajorelieves fueron hechos por Lemaire y por Vitali.

Sobre un tambor que rodean veinticuatro columnas reposa la cúpula principal que tiene cerca de veintisiete metros de diámetro; la linterna que la sobremonta tiene una altura de doce metros y medio y una cruz de seis metros corona el conjunto que se eleva á ochenta y dos metros sobre el nivel del piso.

Cuatro cúpulas más pequeñas y doradas también, rodean á la central. Todo es grandioso.

Cuatro son las puertas que dan acceso á la Iglesia, son de bronce y están cinceladas con tal arte que cada una de las pequeñas figuras son aisladamente verdaderas obras maestras. Viteli y otros artistas de primer orden las cincelaron.

No igualan estas puertas á la del Bautisterio de Florencia, pero no por eso dejan de ser admirables.

El interior es obscuro y con trabajo se puede admirar todo lo que contiene. Los mármoles de las paredes se ven apenas y las pinturas se adivinan.

La puerta del Santuario, llamada puerta sagrada, es una muestra del genio de Viteli; parece que el bronce se convirtió en cera cuando el artista lo cinceló; tales son la suavidad y pureza de los contornos de aquella obra magnífica.

Hay á los costados diez medias columnas adosadas al muro, dos de lápiz-lázuli de cinco metros de alto y de metro y medio de ancho, y ocho de malaquita de nueve metros por uno.

Son innumerables los objetos de plata que para el servicio del culto encierra el tesoro de la Iglesia y difícilmente se podrá calcular el valor de las espléndidas piedras preciosas que adornan los revestimentos de oro y plata dorada de las imágenes.

Se admiran tantas riquezas á la mezquina luz de una vela de cera que el guía lleva en la mano y que aproxima con toda irreverencia á las negruzcas y feísimas imágenes que adoran los rusos con un fanatis mo oriental.

***

CATEDRAL DE KASAN.

De San Isaac nos dirigimos á la catedral de la Virgen de Kazan, que está situada en una gran plaza cercana al hotel donde viviamos y al que deseaba llegar

para poner en orden mis ideas y mis apuntes, y en reposo mis miembros hechos pedazos y adoloridos.

Un hemiciclo de ciento treinta y seis columnas de orden Corintio semejantes á las de San Pedro en Roma, se despliega á uno y otro lado de la Iglesia formando amplios y hermosos corredores.

En el muro de una de las fachadas hay cuatro colosales estatuas: la de San Juan Bautista por Martos, las de San Vladimiro y San Alejandro Nevsky por Pimenov y la de San Andrés por Demeuth Malinovsky.

Cruzado el umbral de la hermosa puerta cuyas hojas de bronce cincelado son, según me dijeron, imitación de las del Bautisterio de Florencia, lo que muy pronto podré comprobar, se ven elevarse ante los asombrados ojos en cuádruple alineamiento, columnas corintias que en forma de cruz se extienden desde cuatro enormes pilares que sostienen la cúpula hasta el altar mayor y que van á terminar en las grandes y soberbias puertas del templo.

Tanto el altar como una balaustrada que ante él se extiende son de plata y á la izquierda de uno y de otra una muchedumbre de hombres, mujeres y niños, militares los unos de alta graduación, humildes obreros los otros, desocupados los más, algunos que han perdido una prenda, aquellos que no tienen salud, estos que ruegan por el éxito feliz de una empresa criminal, pero todos llenos de un ciego fanatismo que inspira lástima, se amontonan arrodillados ó de pie, con los ojos fijos, las cabezas inmóviles y con una ve-

la de cera en la mano, ante una imagen que está al alcance de los labios de cualquiera y que rodeada de cirios encendidos despide desde el fondo del ancho marco que la encuadra destellos deslumbrantes.

Esa es la imagen milagrosa de la Virgen de Kazan.

Como busca un hambriento un pedazo de pan, empezé á buscar la historia de aquella portentosa Virgen. Pregunté primero á Leman, que fijó en mí sus ojillos azules con el mismo asombro con que los hubiera fijado si en vez de interrogarle sobre la vida y milagros de la Matouchka (*madrecita*) de Kazan le hubiese pedido que me dijera cómo se llamaba el señor padre de su tatarabuelo.

—Vamos, hombre—le dije—si usted no lo sabe, pregúntelo.

—Es inútil, señor, ninguno sabrá lo que usted desea.

Y así fué, mi hombre preguntó, fué de uno á otro, creo que interrogó á los mismos sacerdotes que allí estaban y nadie supo decirle lo que yo quería.

Solo pude averiguar, porque en el Baedeker lo leí, que esa imagen fué encontrada en Kazan en 1579, transportada á Moscow en 1612, y de allí, en 1710, á San Petersburgo. La Iglesia Catedral que lleva su nombre se empezó á construír en 1801 y se terminó en 1811.

¿Dónde estuvo durante los cien años que pasó fuera de su actual habitación?

No lo sé, ni me importó el saberlo gran cosa. El Baedeker no dice más que lo que he dicho y para que te convenzas, lector, puedes comprarlo; vale unos nue-

ve pesos de nuestra moneda poco más ó menos, según esté el cambio. Tal vez encuentres también algo relativo á esa virgen en el Larousse, eso te costará un poco más, de doscientos cincuenta á trescientos pesos.

Pero si no conseguí averiguar la historia de la milagrosa Virgen, sí pude apreciar todo lo que vale vista de cerca.

Los rusos tienen con sus pinturas sagradas una costumbre curiosa: no dejan descubierta la parte que representa las vestiduras, sino que la cubren con láminas de plata ó de oro que cuajan algunas veces de piedras preciosas y que cincelan otras con verdadero arte y buen gusto.

Parece que las cabezas de sus vírgenes y de sus santos se asoman á una claraboya.

Nuestra Señora de Kazan se inclina sobre la más rica que he visto en el mundo.

La Imagen está pintada en madera que el tiempo ha rajado desde la frente á la boca por el lado derecho.

El color es aceitunado, muy obscuro y cualquiera diría que ha tostado su faz un sol de Africa. Tiene, se supone, sostenido con el brazo izquierdo un niño Jesús bien feo, que da su bendición al mundo con dos dedos tiesos y largos como bolillos de tambor.

En realidad, para ser obra de un artista del siglo XIII ó XIV no es mala, aún cuando no conservan los rostros el colorido que probablemente tuvieron cuando fueron pintados.

Es incalculable el número de perlas, brillantes, rubíes, esmeraldas y turquesas que adornan á la Virgen. Algunas piedras son de gran tamaño y todas bellas. La aureola y la vestidura en que están engastadas son de oro.

Los gigantescos candelabros que se ven junto al altar son de plata, de plata son también algunas puertas y el tabernáculo tiene columnas de piedras finas.

Frente por frente de la virgen, en el fondo de la Iglesia, formando contraste con aquella riqueza, hay amontonados muebles viejos, sucios tapices y asquerosas colgaduras. Aquello parece un basurero. Las banderas y las águilas quitadas á Napoleón, cuelgan de las columnas y están llenas de polvo y telarañas y en tal abandono se encuentran, que materialmente se caen á pedazos.

Detrás de un pilar, no lejos del sitio donde fulgura la Virgen, ví un hombre pálido, con las mejillas enjutas, con los miembros agitados por el escalofrio de la fiebre, con el hambre pintada en el semblante y cubierto de harapos.

Clavaba los negros ojos hundidos en las cuencas, con estúpida expresión, en los destellos que las luces arrancaban á las piedras que adornan á la Virgen, y de tarde en cuando se oprimía con las manos la cabeza.

Aquel infeliz tal vez no había comido.

Una sola de aquellas piedras hubiera bastado para asegurarle un bienestar en lo futuro; un pedazo de la vestidura de oro que adorna á la imagen de la

que dió á luz en un pajar al Redentor del Mundo se hubiera convertido entre sus manos en un escoplo, en un arado ó en un yunque y hubiera podido ganar honradamente el pan que ahora mendigaba.

Pero ¡bah! ¿darle á los pobres algo del tesoro de la Iglesia? ¿ponerlos en aptitud de trabajar y ayudarlos á salir del abismo de abyección y de pobreza en que yacen? ¡Qué locura! Bien están donde están los brillantes y el oro adornando un pedazo de madera apolillada ante el que se inclina un imbécil fanatismo que olvida que la Virgen no tuvo más adorno que su pureza ni más tesoros que los de su bondad; bien están salpicando las ruedas de las carrozas de S. M. Autocrática; bien están las riquezas en manos de los nobles y en las del clero; es necesario que el boato de la corte deslumbre y la magnificencia de los templos ciegue; el decoro nacional así lo exige: en cuanto al pueblo, bastante tiene con contemplar aquello; que cuando sienta hambre beba *Vodka* que vende el gobierno y que es más barato que el pan, y que cuando quiera trabajar, lo diga; ahí están para eso las minas de la Siberia cuyos productos todos son de su «*padrecito el Tzar!*»

CAPITULO VI.

Una Magdalena del Tiziano.—El Neva. —Pan y thé.

Me queda de los museos y galerías de pintura de Rusia, el mismo recuerdo vago y confuso que conservo de todos los museos y galerías que he visto.

Salvo una que otra obra maestra de esas que se imponen como una obcecación, tanto así se funden y se deslíen en nuestro ser, las demás, dígase lo que se quiera, se esfuman, se mezclan, se pierden en una orgía de formas y colores caprichosos y bizarros, que me hacen el mismo efecto que las bonitas, pero siempre cambiantes y extrañas figuras de un kaleidoscopio.

Para poder apreciar todos los tesoros artísticos que encierra San Petersburgo sería necesario primero: vivir ahí; segundo: ser un conocedor profundo de todas las escuelas de arte en todos los ramos, y por último disponer del día de hoy sin pensar jamás en el de mañana y consagrarles así á los museos la vida entera.

San Petersburgo ofrece en materia de arte cuanto el gusto más exigente puede desear.

Cuenta con veintiseis museos y con seis galerías de pintura; tiene dos soberbias bibliotecas y adornan sus plazas y perspectivas diecinueve monumentos y

dos arcos de triunfo, el de Moscow y el de Narva. Son once sus academias, nueve sus institutos, diez sus escuelas superiores; diez y seis sus palacios, trece sus plazas, trece sus puentes, nueve sus teatros y treinta y ocho sus templos.

Visitamos de todo eso lo más notable, cruzando en muchos de los museos las salas como si nos empujaran por los hombros y deteniéndonos de los muros al salir, para no caer al suelo, mareados por la vista de tanto sarcófago egipcio, estatuitas funerarias, papiros, escarabajos, animales sagrados, divinidades aladas, bustos y estatuas de bacos, endimiones, sátiros, antinóos, venus, efebos, minervas, dianas, mujeres sentadas, mujeres de pie, mujeres tendidas, hombres lo mismo, diademas de oro, collares, sortijas, vasos de ágata y de marfil, cascos carcomidos por la herrumbre y cascos relucientes, terracotas, bronces, cofres, espejos y qué sé yo, un maremagnum de esos que dejan cansados los ojos y adolorido el cerebro á fuerza de tanto ver y de tanto meditar en lo que se mira.

En las galerías de pintura, de las cuales la más rica es la que se encuentra en l'Ermitage, hay tesoros de incalculable valor.

Las escuelas todas están allí representadas y de todas hay cuando menos una obra maestra.

Pedro el Grande fundó la galería de l'Ermitage y desde entonces hasta hoy ha ido enriqueciéndose día á día.

Catalina II compró en 1763 la colección de cuadros que debieron ser de Federico el Grande y que

ese monarca no pudo adquirir por haber tenido que emplear en pólvora y balas el dinero que se había propuesto gastar en pinturas. Adquirió después la Tzarina, la galería del conde Bruhl, ministro de Augusto III de Sajonia y de Polonia: en 1771 la del marqués de Crozat; en 1779 por treinta y seis mil libras esterlinas la galería de Walpole con una serie de Van Dyck, y así siguió comprando cuanto pudo conseguir en Francia y en Italia. Encargó, además, cuadros á los pintores más célebres de su tiempo y dejó á su muerte un ejemplo que sus sucesores en el trono imitaron por fortuna. Pablo I compró algunos cuadros. Alejandro I pagó á la ex-Emperatriz Josefina novecientos cuarenta mil francos por cuatro estatuas de Cánova y treinta y ocho pinturas que pertenecieron á la Malmaison.

Veintidós de esas pinturas son holandesas y flamencas y se ven en ellas las firmas de Teniers, de Potter y de otros maestros.

Se adquirieron después cuadros que fueron de la Reina Hortensia, de Godoy y del Rey de los Países Bajos, entre los de éste último varios de Velázquez, y por último hasta el museo Galitsine de Moscow pasó á San Petersburgo mediante la suma de ochocientos mil rublos.

Entre siete cuadros que se compraron en 1836 á la galería Coesvelt y por los cuales sólo se pagaron nueve mil cuatrocientas libras esterlinas se encontró la Madonna de Alba de Rafael. Este solo cuadro vale diez veces más de lo que los siete costaron.

Pero entre todas las pinturas que ví ninguna me produjo más honda impresión que una Magdalena del Tiziano.

El más profundo desconsuelo, la angustia más infinita, la desesperación más amarga que un corazón humano pueda experimentar ante el derrumbamiento de sus ilusiones, ante la completa pérdida de sus esperanzas, están pintados en aquel hermosísimo rostro que se vuelve al cielo buscando en él, al través de sus lágrimas, lo que ya no podrá encontrar jamás sobre la tierra.

Hay en el semblante de la arrepentida tal naturalidad, tal vida; son tan materiales las lágrimas en que sus pupilas nadan y en que sus mejillas se mojan, que no se sabe cómo no acaba de abrirse aquella entrecerrada boca para prorrumpir en el lamento que se adivina próximo á estallar.

No sé cuánto tiempo permanecí absorto frente á aquella pintura, y cuando con un suspiro me arranqué del sitio en que la admiración del alma había clavado mi cuerpo, no quise ver más cuadros y salí de l'Ermitage prometiéndome á mí mismo volver á San Petersburgo solo para poder contemplar de nuevo el rostro divino de la inmortal pecadora.

Al salir y por la estrecha callejuela que separa el Palacio de Invierno de l'Ermitage, sólo á medias puede decirse, puesto que la galería está unida al palacio por un puente cerrado como si fuera un pasadizo, nos dirigimos á la orilla del Neva para tomar uno de los vaporcitos que hacen la travesía á lo largo del rio,

Eran más de las cuatro de la tarde y el tiempo estaba hermoso aunque muy frio. Un sol espléndido bañaba la ciudad arrancando vívidos destellos de las mil cúpulas doradas de los templos. La animación á lo largo de los muelles y sobre los puentes era grande y en el río los pequeños barcos de vapor y las enormes barcazas cargadas con madera, yendo, viniendo y entrecruzándose hacían que se sintiera junto con un aumento estraño de vigor un alegre deseo de vivir, pero de vivir mucho.

Yo no sé si eran los fuetazos del viento frío ó si eran las emanaciones salinas del golfo cercano lo que tan alegremente hacía circular la sangre; pero lo cierto era que todos los rostros parecían sonrientes y que en todas las miradas había luz.

Penetramos al vaporcillo y río abajo, favorecidos por la rápida corriente, empezamos á navegar.

Es soberbio el espectáculo de que se goza.

En la margen izquierda se elevan suntuosos edificios, en la derecha talleres y escuelas; desde una de estas últimas se disparó hace dos años poco más ó menos un tiro de cañón contra el Tzar Nicolás, y á la una y á la otra orilla se ven atracados siempre centenares de navíos desde los más pequeños hasta buques de alto bordo.

El repetido golpear de martillos sobre hierro llamó mi atención, y cuando fijé la mirada en los sitios de donde salía aquel continuado ruido, no pude menos de volver los ojos rápidamente hacia el interior de nuestro barco, para leer en los semblantes de los

rusos que con nosotros iban el efecto que les producía lo que estábamos viendo.

Ni un músculo se contrajo en aquellos rostros, y sin embargo el ruido era producido por martillos que golpeaban sobre planchas de buques que habían sido tocados por balas japonesas.

Allí se estaban reparando los averiados cañoneros que lograron volver á las playas de su patria sin haber podido salvar muchos de ellos, después de la derrota ni siquiera aquello que fué lo único que le quedó á Francisco I después de la batalla de Pavía.

¡Ay! pronto quedarán reparados los desperfectos que los proyectiles nipones causaron en las corazas de los barcos, pronto volverán á romper las olas aquellas flotantes fortalezas en las que todo un pueblo había puesto su esperanza y en las que todo el mundo tenía puestos los ojos; tal vez llegará el día en que aquellas bocas de fuego que tan pronto enmudecieron ante el "naciente sol" de un estandarte, se abrirán de nuevo para extremecer los aires con el trueno de su voz; pero ¿la herida profunda abierta en el orgullo del gobierno autocrático podrá curarse alguna vez? ¿La desgarradura que el pabellón del águila bicéfala sufrió cuando fué arriado en Puerto Arturo podrá disimularse algún día?

Sí, cuando en Rusia el «padre» de ese pueblo deje de ser su «padre» y se convierta en su hermano.

Y hundido en esas reflexiones estaba cuando de las entrañas del sucio vaporcito en el que navegába-

mos ví surgir dos seres humanos más parecidos á demonios que á hombres.

Con el rostro, las manos y el haraposo traje tiznados por el carbón, con el greñudo y apelmazado cabello cubierto con una grasienta gorra, con los pies hundidos en enormes botas torcidas en la punta y semi destaconadas, se presentaron á nuestra vista indiferentes á todo y sin reparar en nadie.

Desenvolvió uno de ellos de un papel lleno de grasa un trozo enorme de pan negro y los dos á la vez, silenciosos, con los ojos fijos en el suelo, atentos sólo á calmar el hambre que los atormentaba, empezaron á arrancar pedazos de aquel pan y á engullirlos ávidamente.

¡Ni una piltrafa de carne, ni una espina de pescado, ni una escudilla de caldo, nada, pan seco y nada más!

Terminado el banquete, los vimos inclinarse y del agujero por donde habían salido sacaron dos vasos y una cacerola con un líquido turbio y humeante.

Cada uno llenó su vaso y lo apuró á pequeños tragos no sin haber extraído antes del asqueroso bolsillo de su blusa, un terrón de azúcar negruzco que entre sorbo y sorbo mordían alternativamente. Estaban tomando su thé.

Después, hombres, cacerolas y vasos desaparecieron por la sombría abertura.

¡Otra vez al rudo trabajo, otra vez á la obscuridad, otra vez á la embrutecedora noche de aquella tumba flotante!

Ya habían disfrutado de su cuarto de hora de luz

y de aire, de su pedazo de pan negro y de su vaso de thé hecho con agua del Neva. ¿Qué más querían?

En la noche, al retirarse tendrían sus quince ó veinte kopecs por doce horas de trabajo. ¿Podían ambicionar más?

¡Oh, Dios mío! todavía brillaba el sol arrancando destellos de las doradas cúpulas, todavía llegaban hasta nosotros bocanadas de aire salino, de aire puro de mar, invitándonos á respirarlas á plenos pulmones, todavía la muchedumbre bullía á lo largo de los muelles bajo los suaves matices del crepúsculo que se desleían en ráfagas anaranjadas y violetas, pero yo no sentía ya aquel intenso y alegre deseo de vivir; una piedad infinita, una inmensa lástima se apoderaban de mi espíritu lentamente como iban las sombras apoderándose del horizonte y algo del aplanamiento moral de toda una clase desvalida pesó con pesadumbre horrible sobre mi ánimo.

Me pareció que cada uno de los sacudimientos que la máquina imprimía al barco, era el resultado de un esfuerzo muscular de aquellos infelices que había visto alimentarse con pan y thé y se me figuró que de improviso las tablas se desunían, que por las junturas se escapaba un vaho espeso, mal oliente, con la fetidez del aliento de los que mueren de inanición; me imaginé que aquel vaho se condensaba y subía extendiéndose como una bruma por toda la ciudad; que envolvía los palacios, que envolvía las cúpulas, que se arrastraba sobre el río envolviendo á su vez las barcazas, los barcos mercantes y los navíos de gue-

rra; que sólo podian perforarlo las luces que de las abiertas ventanas de los talleres se escapaban, y que nosotros, ciegos, rodeados por aquella espesa nube, medio asfixiados, oprimido el pecho por una horrible angustia y un malestar profundo, nos dirigiamos hacia esas luces, único faro que nos guiaba en tan supremos instantes, para poner pronto el pie en tierra firme porque sin remedio nos hundiamos.

—Señor, ya hemos llegado, ¿es que quiere usted seguir adelante?—me dijo Leman al observar que yo no me movía, á pesar de que el barco había atracado á su muelle flotante.

—No, no, vamos, vámonos pronto.

—Tiene usted frio?

—Mucho.

—¿Dónde iremos á cenar ahora?

—Ustedes cenen donde quieran, yo me voy al hotel, yo ya he cenado.

—¿Pero qué es lo que ha cenado usted?—me preguntó Leman asombrado.

—¡Pan y thé!

CAPITULO VII.

La casa de Stolypine.

Cuando en un país no se sube de las últimas clases sociales á las más elevadas por una serie de escalones que conduzcan á la cima de una manera suave é insensible, sino que se sube á saltos; cuando el río de la riqueza pública no se divide en muchos ramales sino sólo en dos grandes brazos de los cuales, uno aprovecha al gobierno y á los que de él están cerca, y el otro al clero, que por regla general no devuelve jamás

á la circulación lo que ha absorbido, los movimientos revolucionarios son inevitables.

Rusia está en ese caso.

Apenas se pone el pie en su territorio se palpan las diferencias sociales de un modo que indigna y entristece.

Ay! del viajero que pide á cualquier empleado inferior un servicio con buenas palabras y con correctos modales; le harían tanto caso como se lo podían hacer á un habitante de la luna.

El que algo desea debe empezar por poner el ceño adusto, erguir el rostro, enronquecer la voz y empuñar un palo; después debe gritar, pero gritar mucho y fuerte, y hasta acariciar, por vía de advertencia, la parte posterior del sirviente con la punta de la bota.

Bueno es en seguida sacar unos cuantos kopecs, no muchos, diez ó veinte, según la importancia del servicio que se pidió, pero siempre después que este ha sido ejecutado y se puede tener así la certeza de que no le faltará á uno nada.

Pero si al criado de un hotel, al empleado de un ferrocarril, á un cochero, ó en fin, á cualquiera de esos desgraciados que tienen la necesidad de ganarse el pan de cada día sirviendo al público, se le pide que haga tal ó cual cosa en términos moderados, os verán de arriba abajo, pondrán cara de no comprender lo que se les dice y os volverán las espaldas, ó bien, os contestarán sonriendo irónicamente: «da,» «da,» «da,» esto es: si, si, si, y no os harán caso.

Esto lo ví, lo palpé, cuando Leman consiguió que

echaran fuera á los que ocupaban un compartimento del wagon en que pasamos la primera noche en tierra moscovita gritando mucho y haciendo creer que era el acompañante de un alto personaje.

Después pude observarlo más de cerca durante nuestra permanencia en Rusia.

Cuando alguna vez movido de piedad reconvenía al «*courrier de la cour*» al ver que trataba á empellones á cualquier infeliz que iba á servirnos, me contestaba guiñando sus ojillos azules:

—Yo conozco á mis rusos, señor, si no los trato así no encontraremos quien lleve nuestras maletas á la estación, ni quien nos limpie los zapatos.

Eso se explica; se considera el pueblo á sí mismo siempre tan bajo, tan hundido en su miseria y en su abandono; tiene tal idea de que debe trabajar para los demás sin quejarse nunca, sin atreverse ni siquiera á alzar los ojos hacia sus señores, idea que por tradición le viene, porque así ha visto hacerlo á sus padres y á sus abuelos, que cuando se le pide con dulzura y atención alguna cosa supone que el que así le habla no es superior á él sino su igual y lo desprecia profundamente, como se desprecia á sí mismo.

Pero de esas bajas clases sociales surgen los redentores.

Cristo nació en un pesebre y era hijo de un carpintero.

Los intelectuales de Rusia han surgido así.

Pero por desgracia, son tan pocos y están tan mal comprendidos!

Es un trabajo de titanes perforar la roca humana. El limo se endurece y se hace piedra. Y el pueblo ruso es una enorme montaña.

¡Cuántas vidas, cuánta sangre, cuántos afanes cuesta hacer un túnel! Es cierto que el aire libre va á circular por él; es verdad que la luz alumbrará vivificadora y sana las entrañas de la piedra y que en las hendiduras de la roca podrán crecer plantas y hasta flores, pero para hacer la perforación, para darle al aire y á la luz paso libre se necesitan olímpicos esfuerzos, la roca se defiende.

La ilustración en Rusia se abre paso á golpes de pica y con explosiones de dinamita. Bien podía perforar á la piedra la gota de agua cristalina y pura, pero el poder y el clero no lo permiten.

Y conste que el mismo gobierno trata de que así no sea, porque comprende que la mejor manera de combatir á un enemigo es hacerlo odioso y porque cuando se rechaza la violencia con la violencia el hecho parece natural y hasta justo.

Nadie se asombra de que la sociedad sentencie á muerte y ejecute en público á un asesino, y el gobierno del Tzar quiere que todos los que aman la libertad sean asesinos para poder ahorcarlos públicamente y conseguir además que el mundo le dé la razón.

El mismo gobierno ha creado á los terroristas.

Cuando algún hombre de buena voluntad esparce sobre las masas como un sol benéfico, los rayos de su amor á la humanidad, se le suprime, porque ese hace más daño que mil anarquistas.

Pondré un ejemplo.

El mes de Agosto último, el Tzar, de una plumada, disolvió la Duma.

—Esa es la revolución—le dijeron, y ante la palabra revolución tembló sin reflexionar que las revoluciones como las tempestades purifican el ambiente y que las revoluciones en los pueblos son á veces necesarias y benéficas como las tempestades lo son en los campos después de que una larga sequía ha chupado el jugo de la tierra.

Entre los diputados liberales había uno: anciano, rico, muy rico, amante del pueblo y enemigo de los terroristas.

Herzenstein compadecía á los pobres y procedía de buena fé al defender sus intereses.

Era uno de los propietarios de tierras más poderosos, pero quería demostrar que estaba convencido de sus ideas, como el filósofo griego probaba que el movimiento existía, andando.

Así fué como firmó sin vacilaciones la proposición del partido agrario, en que se pedía el repartimiento de las tierras de propiedad particular á los campesinos Rusos.

Disuelta la Duma, se retiró Herzenstein á Finlandia y allí una tarde en que tranquilo y descuidado paseaba con su mujer y su hija, dos balas traidoras le atravesaron el pecho y le quitaron la vida.

Cosa verdaderamente curiosa y digna de llamar la atención: la noticia de su asesinato circuló en Moscow antes de que aconteciera y los periódicos reaccionarios anunciaban su fin trágico en el mismo día y á la misma hora en que él asistía en Vibort á un banquete que sus amigos le ofrecían.

¿Cómo se adivinó su muerte? Quizá el General Trepoff que acababa de morir de un ataque del corazón, según creo, pudiera decirlo.

A hombres como Herzenstein son á los que según el gobierno opina no debe oir el obrero á quien el fanatismo y la miseria embrutecen.

Tuve oportunidad de penetrar al patio de una casa de obreros y de asomarme á algunas, no de las habitaciones, sino de las cuevas donde viven.

Aquello trastorna el estómago y enferma el espíritu.

Se ve con frecuencia que diez y aún más personas viven en la misma pieza sin luz, sin aire, sin higiene, y hombres y mujeres que la víspera no se conocían duermen en la misma tarima que les sirve de lecho.

La duración de la faena que según una ley de 1897 debe ser de once horas y media, es generalmente de quince horas, porque circulares del Ministerio de Hacienda posteriores á la ley, autorizan á los manufactureros á prolongar el término legal de los trabajos

Cuando después de doce, de catorce, de veinte años de una vida pasada en los talleres, de no encontrar al regresar á la casa más que caras famélicas y cuerpos encorvados por la anemia, aquellos desgraciados no

pueden seguir moviendo los brazos, agotada ya su energía y absorbida su vitalidad por el insaciable pulpo de una labor exajerada, pierden su empleo y se les arroja del taller como se arroja al pudridero el bagazo de la caña después de haberle extraído el jugo.

Ahora bien, cuando durante una de esas huelgas, que han sido la consecuencia natural de tanta opresión, los dueños de fábricas quieren acceder á algunas de las justas exigencias de sus subordinados, el gobierno se opone abiertamente, y como en Rusia en los negocios industriales es preciso contar siempre con el apoyo del gobierno, los fabricantes ceden á la presión oficial.

El gobierno teme que, si hace concesiones se susciten más tarde huelgas en mayor escala para reivindicar derechos que no le conviene que el pueblo sepa que posee.

Si hoy ceden los particulares, mañana tendría que ceder él mismo, y la más mínima concesión de su parte equivaldría á confesar que el pueblo obraba con justicia y, para que viva la autocracia, es preciso que el pueblo no tenga nunca razón.

En todo eso pensaba yo silencioso, acurrucado en un rincón del coche que me conducía á la isla de «Los Boticarios,» rumbo á la casa del primer ministro Stolypine á donde la curiosidad me llevaba.

El tiempo había cambiado. Hacía un frio húmedo que penetraba hasta los huesos, y del cielo nebuloso y bajo se desprendían gotas finísimas que herían la piel como si fueran puntas de acero.

Después de preguntar á varias personas el punto fijo en que había habitado el ministro, sin que supieran darnos informes, porque otro de los caracteres del pueblo ruso es no saber nunca nada, llegamos, por indicaciones que nos hizo un gendarme, á la avenida en donde se alzaba la casa destruída.

A pesar del tiempo transcurrido desde el accidente, varios soldados rodeaban aún las ruinas.

Descendimos de los coches y á pié avanzamos hasta el lugar mismo de la catástrofe.

La casa está situada frente al pequeño Neva, es de madera y tiene dos pisos.

Todo el frente y algunas de las habitaciones interiores quedaron enteramente destruídas.

INTERIOR DE LA CASA DE STOLYPINE.

En un gran radio, al rededor de la parte que aún queda en pié, se veían amontonados trozos de made-

ra, pedazos de muebles, restos de tapicería y fragmentos pequeños de cristal. Estos últimos fueron lanzados por la explosión hasta la margen del río que corre á unos veinte ó veinticinco metros distante de la casa.

Natalia Stolypine, hija del ministro, niña de catorce años, estaba en un balcón que quedaba justamente sobre el vestíbulo donde estalló la bomba.

Ella y su hermano, niño de tres años de edad, fueron recogidos entre los escombros, los dos mortalmente heridos. Natalia tenía las piernas destrozadas, el niño presentaba horribles lesiones en todo el cuerpecito.

De las personas que esperaban en la antecámara, veinticuatro resultaron muertas y veintidós heridas.

Leman, que conoce mi afición á coleccionar objetos que recuerden algún hecho notable, avanzó entre los escombros y recogió varias grandes astillas de madera.

Uno de los soldados quiso oponerse, pero mi hombre volviéndose hacia él, furioso, empezó á hablar en ruso y á accionar como un poseído, y mientras el soldado clavaba en él los ojos con asombro y casi con miedo, él se dirigió hacia mí, me dió una de las astillas y poniéndose las otras bajo el brazo se encaminó tranquilamente á los carruajes.

—¿También usted guarda esos pedazos de madera como un recuerdo?, le pregunté á Leman.

—No ciertamente, me contestó; pienso regalarlas á la redacción de un periódico de Berlín.

—Mentira, murmuró Truan á mi oído, los lleva para venderlos. Comercia hasta con sus uñas.

Una vez instalados como pudimos en los coches, nuestro guía dió la orden á los aurigas para que nos condujeran al jardín de Estío.

Ibamos á visitar el palacio en que habitó Pedro el Grande.

CAPITULO VIII.

PEDRO EL GRANDE.

El Verdugo.

El día 16 de Mayo del año de 1703, en las márgenes del Neva, rodeaban en grupo unos soldados á un hombre alto, robusto, algo cargado de hombros, pelo corto, negro y rizado, grandes ojos, y que de tarde en cuando volvía hacia atrás la cabeza, de tan violenta manera, obedeciendo á un tic nervioso, que se diría que trataba de mirar, sin mover el cuerpo, lo que detrás de él pasaba.

De improviso aquel hombre arrebató á uno de los soldados su alabarda, se dirigió á grandes pasos, pero con una oscilación en el cuerpo semejante á la que se observa en el andar de los marineros, á un arbolillo que se erguía no lejos del lugar donde el grupo se hallaba, cortó dos ramas, formó con ellas una cruz, la clavó en el suelo, y después, volviéndose á los que mudos le contemplaban, dijo con acento firme y sonoro éstas palabras que el viento recogió en sus alas y que esparció en redor de aquellos sitos desolados, como una sana semilla sobre un suelo próspero y fecundo.

—¡Aquí debe existir una ciudad!

Aquel hombre era Pedro el Grande, y sobre aquella humilde cruz se alzó San Petersburgo.

Todo faltaba al principio, instrumentos y brazos, pero sobraba la voluntad. Se transportaba la tierra en sacos y hasta en las camisas y blusas de los trabajadores, cuando los sacos faltaban.

Se construyó primero una fortaleza de madera, que se convirtió más tarde en la Ciudadela de San Pedro y San Pablo; se levantó después la casa humilde de Pedro el Grande, hecha también con madera; un templo luterano sirvió en aquellos sitios de relicario al recuerdo de Dios; y la histórica taberna de «Las Cuatro Fragatas» fué como el arca donde encerró sus mandamientos un hombre. Esa taberna sirvió primero de Palacio de Ayuntamiento; Pedro el Grande presidia el Cabildo con el vaso de cerveza ó con la copa de vodka en la mano, y los ediles discutían humedeciendo en medio de un discurso su seca garganta, con grandes tragos de aguardiente. Después sirvió de lugar de citas diplomáticas. Ahí hacía el Tzar que fueran á tratar con él negocios de alta importancia internacional los embajadores extranjeros.

Así se formó la capital de la Rusia moderna, así construyó su ciudad el más grande de los Tzares.

La personalidad de Pedro I atrae por lo original y espanta por lo misterioso.

Su alegría era inagotable y amaba la sociedad como puede amarla un miembro de algún club aristocrático, pero al mismo tiempo una falta absoluta de corazón le hacía asemejarse á un salvaje.

Hay rasgos en su vida que hacen reir y hay otros que horrorizan.

Pedro el Grande cuando tenía un capricho ó una necesidad á nadie respetaba.

En su primer viaje por Alemania, en Koenigsberg, recorriendo las calles como un particular cualquiera, quiso saber la hora. Volvió en torno los ojos y viendo á una dama de la corte que en aquellos momentos pasaba, se dirigió á ella,—«¡alto!»—le gritó bruscamente, tomó el reloj que la asustada señora llevaba en el pecho, vió la hora y siguió tranquilamente su camino.

Emprendió este viaje haciéndose pasar por un simple miembro de una embajada que enviaba él mismo á Alemania, á Holanda y á Inglaterra.

Naturalmente, á pesar de su incógnito, las autoridades de los sitios por donde pasaba le preparaban, si no festejos oficiales, sí alojamientos dignos de él.

Al llegar á Koenigsberg hizo esperar, á los encargados de recibirlo, hasta muy entrada la noche.

Ya en sus habitaciones, se presentó á cumplimentarlo el maestro de ceremonias Juan de Beseer, cortesano correcto, sabio y poeta.

Verlo Pedro, saltar sobre él, arrancarle la peluca y arrojarla á un rincón, todo fué obra de un instante.

—¿Quién es éste?—preguntó á los que le rodeaban.

Se le explicó que su encargo era el de atenderlo y prevenir sus deseos.

—Bien, bien,—dijo Pedro—pues que me traiga una mujer.

Ya se puede imaginar el aspecto que tendría el pobre maestro de ceremonias.

En Dantzig, asistía á una función religiosa. Una corriente de aire frío penetró en el templo á causa de haberse abierto una puerta que estaba frente al sitio ocupado por el soberano moscovita, por el burgo–maestre y por los demás dignatarios que allí se encontraban rindiendo un homenaje de respeto á su ilustre huésped. La corriente llegó á molestar á Pedro que, sin decir una palabra, extendió el brazo, le quitó al burgo–maestre su peluca, se cubrió con ella la cabeza y continuó observando seria y atentamente las diferentes fases de la ceremonia.

***

Maria Hamilton era una bella y graciosa joven que fué á la Corte de Pedro como dama de honor de Catalina I.

Pedro el Grande, cuando vió á María, tuvo el capricho de amarla y de hacerse amar.

Conseguirlo le fué tan fácil como ver la hora en Koenigsberg y cubrirse la cabeza en Dantzig, pero una vez satisfecho el capricho, el Tzar hizo á un lado á la pobre María y volvió á sus proyectos de alianza con los franceses y á sus construcciones de barcos con sus marineros de Holanda.

María tuvo otro amante, Orloff, antecesor de aquellos Orloff favoritos de Catalina la Grande; y si con el señor fué desgraciada, más lo fué con el vasallo.

Orloff la maltrataba y le exigía dinero.

Enamorada como una loca, llegó hasta el grado de apoderarse de algunas alhajas de la emperatriz para satisfacer las exigencias de su amante.

En el curso de las investigaciones que para averiguar el paradero de las perdidas joyas se emprendieron, se aclaró no solo que María era la autora del robo, sino que también se supo que en alguna ocasión se había expresado con frases poco respetuosas del mofletudo rostro de la soberana.

Esto era peor que el robo.

Sin embargo, las investigaciones habían sido tan reservadas que ni una palabra de ellas había llegado á oídos ni de María ni de Orloff.

Por otra parte, aún no existía una prueba fehaciente de la culpabilidad de María.

Un incidente inesperado puso en manos del Tzar esa prueba.

Cierto día se perdió un documento del despacho del Emperador, y creyendo este que Orloff lo había tomado, hizo comparecer al joven en su presencia.

Este al ver el ceño airado del monarca y al oirle hablar de un robo, creyó que se refería al de las joyas, y tembloroso y medio muerto de terror cayó de rodillas confesando, no la substracción del papel, sino la de las alhajas, y pidiendo perdón al Tzar de aquella falta, la responsabilidad de la cual arrojó cobardemente sobre la pobre María.

¿Qué pasó en el corazón de Pedro? ¿Sintió celos ante el amor que aquel miserable le había inspirado

á María y que la indujo hasta el robo? ¿Fué despecho el que se apoderó de él, suponiendo que la que lo había amado no debería jamás amar de nuevo?

Tal vez ni lo uno ni lo otro, pero es difícil explicarse por qué llevó su justicia en esta vez hasta la más horrible crueldad.

Hizo aprehender á María, se le acusó no sólo de robo, sino hasta de infanticidio, y para obligarla á confesar sus delitos y á delatar á su cómplice se le sujetó al tormento no una sino varias veces.

El Tzar asistía á la diligencia dirigiendo él mismo el interrogatorio, sin que su corazón se moviera á piedad al ver las contracciones que imprimía el dolor á aquel hermoso cuerpo que creyó amar un día, y sin que un músculo de su rostro se alterara al escuchar el eco desgarrador y angustiado de aquella voz que murmuró á su oído, en otros tiempos, palabras de cariño.

María Hamilton declaró cuanto quisieron; que había robado, que había matado á hijos que nunca tuvo; pero no pronunció el nombre del miserable que tan cobardemente la delató.

El tribunal la condenó á morir decapitada.

Llegó el día de la ejecución.

Pedro el Grande ordenó que se vistiera á la sentenciada un traje blanco orlado de negro y él mismo la acompañó al cadalso.

La exhortaba á que tuviera valor y le hablaba del más allá como pudiera haberlo hecho un sacerdote; subió con ella al patíbulo y la recibió entre sus bra-

zos cuando á la vista del tajo y del verdugo, las piernas de la pobre mujer aterrorizada se negaban á sostenerla más.

Hubiera bastado un gesto, el más insignificante ademán del autócrata, para que la espada del ejecutor no descendiera sobre el cuello de la víctima; pero Pedro el Grande se conformó con depositar dulcemente la cabeza de María sobre el tajo sin hacer señal alguna.

Cuando la bella cabeza rodó por el tablado, el Tzar se acercó á ella, la tomó entre sus manos, habló, dirigiéndose á las personas que estaban cerca, sobre algunos interesantísimos puntos relativos á la muerte por decapitación; nombró uno por uno los órganos que el acero había cortado, explicó cuales eran sus funciones y después de aquella lección de anatomía, besó los lábios que tanto lo habían besado, hizo la señal de la cruz, bajó las gradas del cadalso y se alejó tranquilamente seguido de sus cortesanos y aclamado por el pueblo.

***

Se acusó á su hijo el Tzarevitch Alexis del crimen de alta traición. Pedro le hizo aprehender y se le instruyó un proceso.

Una alta corte de justicia de la que formaban parte oficiales de la corona, ministros, senadores y otros elevados funcionarios públicos, fallaron sentenciando á muerte al pobre príncipe, que no pedía más que el

permiso de alejarse de la corte para vivir tranquilo en el destierro, renunciando al derecho que Dios y los hombres le otorgaban para ocupar, después de la muerte de su padre, el trono de sus abuelos.

Antes de que el Tzar hiciera gracia al culpable, ó antes de que dejara que el verdugo cumpliese con la sentencia terrible que había dado el alto tribunal, el Tzarevitch murió en su prisión.

El cuerpo de Alexis fué expuesto con toda pompa á la pública curiosidad durante ocho dias. Sólo podía verse el rostro del cadáver. El resto del cuerpo estaba cubierto con regias telas.

La versión oficial de su muerte afirmó que el príncipe, ignorando aún la sentencia dada en su contra, había sido atacado de una apoplegía; agregaba, que hizo llamar inmediatamente á su padre á quien había confesado sus faltas y demandado y obtenido su perdón, muriendo pocos momentos después. ¡Extraña lucidez de espíritu en un congestionado!

Pedro, aunque dispuesto á la clemencia, según la misma versión aseguraba, se inclinó «*ante los altos juicios de Dios, al que así plugo castigar al delincuente y librar á la persona del Soberano y á la Patria, del peligro en que las había puesto tan gran culpable.*»

Nadie, sin embargo, creyó en la muerte natural del Tzarevitch.

Según unos, había sido decapitado en su prisión por el general Weyde, y la hija de un burgo-maestre de Narva había sido la encargada de coser la ca-

beza al tronco para que el cuerpo fuera expuesto. Según otros, fué envenenado, y algunos dijeron que se le había asfixiado entre unos cojines, y que los ejecutores habían sido Bourtouline, Tolstoi, Ouchakoff y ¡el mismo Tzar!

Pero hay algo aún más horrible.

Efectivamente, el Tzarevitch no había muerto de una congestión; había muerto en la tortura.

Lefort, al servicio del Tzar entonces y que fué después consejero en la legación de Sajonia, y el conde Rabutín, cuentan, el primero que: «*el día en que murió Alexis, el Tzar, á las cuatro de la mañana, acompañado de Tolstoi se trasladó á una de las cuevas abovedadas de la fortaleza, donde se habían dispuesto todos los instrumentos necesarios para la aplicación del knut. Se condujo allí al infortunado príncipe, al cual, después de haberlo suspendido por los brazos; se le aplicaron varios golpes de knut, y según dicen (lo que Lefort se niega á creer), Pedro dió los primeros. A las diez de la mañana se repitió la diligencia y lo mismo se hizo á las cuatro de la tarde, quedando esta vez tan maltratado el príncipe, que murió á consecuencia de los golpes del fuete.*»

Rabutín no pone en duda nada, Rabutín dice que: «*como Pedro no sabía manejar bien el knut dió tal golpe y tan mal aplicado á su hijo, que el infeliz cayó sin conocimiento. Todos creyeron que había muerto, pero volvió en sí y al verlo Pedro, encojiéndose de hombros y como despechado, dijo,* «*el diablo no ha querido llevárselo aún,*» *y salió de la sala del tormento. Cata-*

lina I que odiaba al hijo de Eudoxia, envió á la prisión para que atendiera al príncipe, al cirujano Hobby, el cual, abriéndole las venas, le dió muerte.»

Ahora bien, hay un documento indiscutible, que si bien difiere en los detalles, está de acuerdo en el fondo con los anteriores relatos.

Ese documento es «El diario de la guarnición de San Petersburgo», que existe en la Biblioteca de la Academia de Ciencias de esa Ciudad. Dice así: «*El 14 de Junio, se instaló una cámara de tortura en una casamata vecina al bastión Troubezkoi, en el cual ese mismo dia fué encerrado el Tzarevitch. El 19 se han verificado dos sesiones en esa cámara, del medio dia á la una y de las seis á las nueve de la noche; al dia siguiente tuvo lugar una tercera sesión de las ocho á las once de la mañana; el 24 dos sesiones: una de las diez al medio dia, la otra de las seis á las diez de la noche; el 26, aún una sesión* EN PRESENCIA DEL TZAR, *de ocho de la mañana á las once, y ese mismo dia, á las seis de la tarde, el Tzarevitch ha muerto.»*

El testimonio es innegable.

Sigamos ahora la lectura del diario. Ya sabemos que Alexis murió el 26 de Junio á las seis de la tarde. El diario de la guarnición de San Petersburgo, dice: «27 de Junio.—Misa *Te Deum* por el aniversario de la batalla de Poltava: salvas de artillería en presencia de Su Majestad, etc. A las nueve de la noche el cuerpo del Tzarevitch ha sido trasportado del bastión Troubetzkoi á la casa del gobernador»

«28 de Junio.—A las diez de la mañana, translación

del cuerpo del Tzarevitch á la iglesia de la Trinidad donde ha sido expuesto.»

«29 de Junio.—Fiesta de Su Majestad. Lanzamiento en el Almirantazgo del navío últimamente acabado, «Liesna», construído según los planos de Su Majestad. *Su Majestad ha asistido á la ceremonia con todos sus ministros.* Todos se han divertido mucho.»

Esto era después de la muerte del príncipe; mientras duró su proceso, no se suprimió ninguna de las diversiones de la corte y Pedro el Grande asistió también á todas ellas.

***

Tenía en cambio curiosos rasgos de benevolencia.

Hizo ir de Kief á Moscow en 1712 á Esteban Yavorski, humilde monge, virtuoso y de un carácter austero y viril.

Pedro el Grande había abandonado primero y hecho encerrar después en un monasterio á su primera mujer, la desgraciada Eudoxia, cuya figura dulce y simpática encontraremos más tarde en Moscow, cuando revolvamos en el Kremlin el polvo de los siglos.

El Tzar era poco aficionado á la temperancia y con frecuencia desdeñaba los preceptos relativos al ayuno, que la religión ortodoxa impone en la cuaresma.

Yavorski había sido elevado á la dignidad episcopal por Pedro, y aun cuando agradecido y respetuoso el monge-obispo, no podía ver con calma, por una

parte, el profundo desprecio con que su regio protector trataba el vínculo sagrado del matrimonio, y por otra, el olvido voluntario en que incurría cuando llegaban las épocas de ayuno.

Cierta ocasión, Yavorski, no pudiendo resistir á la voz de su conciencia que le reprochaba el abandono en que estaba dejando á la más preciada oveja de su evangélico aprisco, se fué de frente á ella y á solas le espetó una filípica de padre y muy señor mío.

El Tzar contempló frente á frente un breve instante al orador cuando éste terminó su edificante discurso, y suponiendo tal vez que tendría con tanto hablar seca la garganta, se dirigió á un armario, sacó de él dos vasos enormes, los llenó de vodka y él se bebió uno sin dejar ni una gota y sin que ni una gota desperdiciara, hizo que el reverendo obispo se bebiera el otro.

Yavorski, poco acostumbrado á esos refrigerios, salió de la estancia dando traspiés, pero resuelto á evitar que con su ejemplo contaminara á sus demás ovejas, aquella que tan rehacia se mostraba á seguir el buen camino.

En efecto, á los pocos días, pronunciando un sermón, la emprendió, con los maridos que abandonaban á sus mujeres y con los hombres que no respetaban los ayunos, con tal encarnizamiento y valentía, que dejó á los tales de manera que el demonio no tenía por donde desecharlos.

Aquello era un crimen de lesa Majestad y así se

consideraba en una relación escrita que se hizo al Tzar de lo ocurrido.

Pedro la devolvió escribiendo al margen:—«Primero me regañó privadamente, después en público.»

Yavorski se quiso ir á un monasterio; Pedro no lo permitió, y para tranquilizar al escrupuloso obispo, se hizo enviar del patriarca de Constantinopla una dispensa que lo puso de acuerdo con las exigencias de la religión.

***

En cierta ocasión, un fanático, al que tal vez habían trastornado los sermones de Yavorski, logró introducirse hasta un lugar en donde el Tzar dormía, y le disparó dos pistoletazos.

En las dos ocasiones el arma no dió fuego.

Sobrecogido de temor, el asesino despertó al Tzar. se arrojó á sus piés llorando, le contó lo que había acontecido y agregó entre sollozos:

—Ah, señor! es indudable que Dios ha debido enviarme para daros así una prueba de su protección. Ahora, matadme!

—Matarte! nunca! No se mata á los enviados y menos cuando lo son por Dios—contestó Pedro, haciendo que el hombre se levantara y dejándolo partir tranquilamente.

***

Pero estos rasgos de benevolencia son contados, mientras que sus rasgos de ferocidad son incontables.

El año de 1697 se vió obligado á retardar su primer viaje á Europa, por el descubrimiento de un complot en contra suya, del que era Tsikler el alma.

Creyó el Tzar que existía algún lazo entre este complot y aquel en que tomó parte en otros tiempos Ivan Miloslaoski, tío de la Tzarevna Sofía, y el cual había muerto hacía doce años, y no perdonando en su furor ni á los vivos ni á los muertos, mandó desenterrar el cadáver comido por los gusanos, y ordenó que arrastrado en un trineo del que tiraban doce cerdos, fuera colocado sobre el cadalso en el que Tsikler y Sokovnine, su cómplice, iban á ser destrozados poco á poco, cortándoles pequeños pedazos de carne con un cuchillo.

Y así se ejecutó la sentencia. Aquellos infelices murieron lentamente, viendo correr de las innumerables llagas de sus cuerpos, torrentes de sangre que iban á mojar los tristes despojos de aquel otro desgraciado á quien se arrancó del silencio y de la majestad de la tumba para profanarlo, á la luz del sol, ante los ojos absortos de un pueblo que temblaba y enmudecía frente á la vengativa y tremenda justicia de su Tzar.

***

Hermosa era la mañana del 11 de Julio de 1705. Las gotas de la lluvia, que la noche anterior no había cesado de caer, brillaban heridas por los rayos del sol como piedras preciosas, y de los nidos mojados salían buscando calor y sustento las aves que con sus trinos, al saludar al astro que derrama la salud y la vida, saludaban también la infinita bondad de su creador.

La campana de la iglesia del Monasterio de Polock sonaba alegremente, y su repique repercutiendo en la atmósfera diáfana y pura de aquella mañana de primavera, iba de roca en roca, de monte en monte y de lugar en lugar despertando los ecos y llamando á los aldeanos para que acudieran á la casa de Dios, que desde lo alto de la cruz abría los brazos, como esperando que fueran á refugiarse en su amor para conceder mercedes.

Las horas pasaron, pidieron los aldeanos en el sagrado recinto lluvias bienhechoras sobre las fecundas tierras y, en tanto que los hombres se alejaron rumbo á sus labores, las mujeres permanecieron aún de rodillas, rogando al que lo puede todo, por el bienestar de aquellos á quienes todo lo debían.

De pronto se escucharon por la parte de afuera relinchos de caballos, ruidos de armas y rumor de voces.

Entraron precipitadamente en el monasterio varios

hombres y anunciaron con acento sonoro que S. M. el Tzar estaba ahí.

Salieron los monges y, pronto entre ellos, entró Pedro el Grande, seguido de cerca por sus oficiales y alejando con su latiguillo á cada paso á su magnífico perro inglés, que se empeñaba en enredarse entre las reales pantorrillas de su dueño.

Una estatua del ilustre mártir de la orden, del Bienaventurado Josafat, llamó la atención del emperador.

Contemplóla largo rato de arriba á abajo, examinó la hacha que hendía el cráneo del mártir y preguntó con acento conmovido.

—Decidme, ¿quién ha puesto en ese estado á tan santo varón?

—Los cismáticos, señor,—contestó un monge; el padre Kosikowski.

Al oírlo Pedro, volvióse hacia él echando por los ojos fuego.

—¡Ah fraile!—gritóle airado—¡con que así llamais á mis generales! Y sin agregar otra palabra, sacó la espada é hirió con ella al superior, matándole en el acto.

Sus oficiales siguieron su ejemplo. Hirieron mortalmente á otros de aquellos indefensos enemigos, dejando muertos á algunos y tan mal heridos á otros que á los tres días murieron.

Pero no fué eso sólo; muchas de las mujeres que estaban en el templo y que en él se habían quedado para ver de cerca al Tzar durante su visita, fueron aprehendidas por orden de Pedro, y por el solo deli-

to de haber presenciado la matanza y de haberse manifestado conmovidas, las hizo desnudar de la cintura arriba y cortar los pechos, mientras se entretenía en ver como su perro inglés, azuzado por sus gritos, se arrojaba sobre las víctimas atenacéandoles con sus mandíbulas el cuello.

Verdad es que, según todos los cronistas, Pedro estaba borracho cuando hizo su sangrienta visita al convento de los padres de Polock. Él y sus oficiales salían de una orgía nocturna.

CAPITULO IX.

PEDRO EL GRANDE.

El Ebrio.—el Económico.—el Grande.

¡Bella disculpa en verdad la que se daba á una acción tan repugnante!

Pero en la corte de Pedro la embriaguez era cosa corriente.

No sólo los hombres, las damas mismas que, por razón de sus puestos en la corte, rodeaban al Tzar, se veían obligadas á beber aguardiente como si fueran marineros, y cuando alguna manifestaba repugnancia Pedro hacía uso de argumentos que no tenían réplica.

Cierto día la hija de su Vicecanciller Chafiroff, un judío bautizado, se negó á beber un gran vaso de vodka que el emperador había ordenado que le ofrecieran.

—Ah!—gritó Pedro—¿te niegas, sucia judía? pues bien, yo te enseñaré á obedecer.

Y mientras con una mano le presentaba el líquido, con la otra le aplicaba dos soberbias bofetadas, que hicieron que, en un abrir y cerrar de ojos, la joven se tragara el vaso de aguardiente como si hubiera sido su contenido néctar y no alcohol.

Una de tantas reformas que introdujo en su corte, fué la de obligar á sus súbditos á usar la barba cor-

ta ó á andar con las mejillas bien rasuradas, en lugar de gastar, como gastaban antes, una inculta selva de pelos hirsutos que les llegaban hasta el vientre y que les daban un aspecto selvático y feroz.

En vano había por mil medios manifestado su voluntad.

Los rusos son tercos y apáticos, y si uno que otro había obedecido á las reales indicaciones, la mayor parte había seguido conservando con esmero los pelos largos y vírgenes de su rostro.

Pedro invitó á los principales señores de su corte á un gran banquete; se comió mucho y se bebió más, y al final de él y cuando ya las cabezas no se tenían firmes sobre los hombros y cuando las lenguas articulaban mal las palabras, el Tzar pidió unas tijeras, tendió el brazo izquierdo, se apoderó de la barba del que se encontraba á su lado y empezó á raparla de tal modo, que á poco más se lleva con el pelo un pedazo de la carne del noble señor.

Dió orden después á sus criados de que hicieran lo mismo con los otros comensales, y agregó entre copa y copa de vodka y subrayando sus palabras con aquel tic nervioso de que hemos hablado y que anunciaba en él cuando se acentuaba, que su resolución era irrevocable:

—"De una vez por todas os advierto, que el que quiera conservar la cabeza, debe abandonar su barba."

El hecho aquel de poner sus manos en el rostro de un noble y hacer después que sus criados las pusieran, fué una bofetada aplicada, en plena faz, á aquella cas-

ta de boyardos orgullosos que se creían superiores hasta al mismo Tzar, y equivalió á hacerles comprender que su poderío había cesado y que se iban sus privilegios con sus barbas.

Al día siguiente de aquel banquete, todos los rostros se ostentaron ó con barbas cortas y cuidadas ó mondos como los de los clérigos católicos.

Muchas veces estos excesos en la bebida hacían que el final de las comidas fuera un escándalo.

Las cabezas exaltadas dejaban sueltas las lenguas y de las palabras se pasaba á los hechos.

Entonces el Tzar se levantaba aplicando unos cuantos bofetones á los más acalorados, tomaba su grueso bastón y propinaba una soberana paliza á los que, después de la paternal corrección á bofetadas, no entraban en orden, y por último acababa por hacerles beber de una vez y sin respirar un gran vaso de vodka, que hacía rodar sin sentido bajo la mesa á los rebeldes.

Se han tratado de disculpar los excesos del Tzar, diciendo que, conservando él su calma y su sangre fría siempre, mientras que los otros estaban con la razón en tinieblas, lograba averiguar cuanto le importaba, y las bocas sin mordaza dejaban escapar interesantísimas y graves revelaciones.

Puede ser, pero el medio era comprometedor.

Por otra parte, el Tzar se dejaba arrastrar hasta tal grado por su afán de saber, que en muchas ocasiones se olvidaba de todo.

Por ejemplo: en 1707, su enorme, su colosal ene-

migo el Rey de Suecia, preparaba su campaña decisiva, la que iba á conducirlo, si tenía éxito, hasta las entrañas de la Rusia, la que debía herir en el corazón al titán moscovita.

Cualquier otro soberano habría estado sobre la brecha; Pedro se divertía en Moscow.

En poco estuvo que Carlos XII triunfara, y si no pasó así, fué porque el destino de los hombres es uno, porque lo que ha de pasar es tan cierto é inmutable como lo que ya ha pasado, y porque Pedro debía de ser el vencedor:

En 1724, escribía el ministro sajón Lefort: "El Tzar no sale de su cámara hace seis días, está indispuesto á consecuencia de los desórdenes que se han cometido en Tsarskaia-Mysa (hoy Tzarskoi-Coelo) con motivo de una Iglesia que se ha bautizado destapando tres mil botellas de vino. Esto retarda la salida para Kronstadt."

En 1725 se terminaban casi las negociaciones emprendidas para arreglar la primera alianza franco-rusa.

De improviso se detienen.

Campredon, el enviado francés, hombre inteligente y activo, se inquieta primero, se sobresalta después y acaba por desesperarse.

Se dirige á la Cancillería y se le contesta con vaguedades. Insiste y al fin consigue arrancarle á Ostermann esta confesión:

—No hay medio de hablarle al Tzar por ahora. No se ocupa de cosas serias. Se divierte yendo todos los días á las principales casas de la ciudad seguido de

doscientos amigos con músicos y cantores y comen y beben todos á expensas de las personas á quienes S. M. hace el honor de visitar.

Imaginaos el humor de Campredon y el de aquellos á quienes S. M. honraba.

Le agradaba invitar á su mesa á altos dignatarios de la iglesia. Después de copiosas libaciones emprendía con ellos disputas teológicas, y cuando encontraba erroneo lo que alguno afirmaba, la pena que imponía era la de tragar el gran vaso de aguardiente, pena que casi siempre ponía al castigado en situación de guardar silencio absoluto durante el resto de la acalorada discusión.

Sus convidados habituales eran además de los nobles y los clérigos, capitanes de barcos y comerciantes holandeses con los que bebía y se chanceaba como si fuera su compañero y no un emperador, y casi siempre, después de una comida, se veía al anfitrión y á los comensales terminar con una partida de box sus altercados.

Nadajinski era su confesor. El Tzar al salir de los oficios divinos se inclinaba ante él y le besaba la mano, lo que no impedía que un cuarto de hora después si tenían alguna disputa y no llegaba el confesor á estar de acuerdo con su penitente, este le aplicara dos ó tres cachetes y le tirara otras tantas veces de las orejas para convencerle de la razón que tenía.

Se encontraban en Francia el Tzar y su séquito y entre el séquito, el confesor del Tzar. (Ya hablaremos de este viaje á Francia de Pedro el Grande.)

Nadajinski era un bebedor de primer orden, como era igualmente bebedora admirable Catalina I, cualidad á la que, entre otras cosas, le debió ir á ocupar el lugar que Eudoxia había ocupado.

Dubois, el cardenal ministro, tenía un secretario de sotana y manteo y, como era natural abate; alegre y bebedor como los abates todos de la regencia.

Pues bien, cierto día se encontraron juntos el secretario de Dubois, y el confesor del autócrata. El abate y Nadajinski se estrecharon las manos, hablaron de las flores, de la hermosura de las damas francesas, del mal tiempo que hacía, y con motivo de la humedad de la atmósfera hablaron también de la bondad de un buen vaso de vino para evitar los resfriados.

Como cosa natural, llegaron, discurriendo sobre la calidad de los vinos, á un delicadísimo problema, ¿cuál de los dos sería mejor bebedor?

Realmente, la solución era difícil.

El abate se llevó el blanco y aristocrático índice á los labios y permaneció pensativo; el confesor, se rascó con cinco dedos regordetes la cabeza, arregló con ellos, tal como si fueran los dientes de un peine sus largos cabellos, los sepultó después entre su luenga barba, (la que usaba así por concesión especial que tenían para ello los clérigos rusos) y acabó por declarar modestamente, tomando un trago y haciendo chasquear su lengua contra el paladar, que suponía que él.

El abate se indignó.

Resultó de aquel desacuerdo un desatío.

Nadajinski propuso que un testigo presenciara el duelo, y el abate aceptó el testigo.

Aquel testigo era el Tzar.

No sólo fué testigo, sino que también juez de campo.

El escogió el vino; probó uno, desechó otro, aprobó el de más allá y hasta que pudo encontrar uno digno de aquellos adversarios no dió la señal para que el combate empezara.

Después de una hora, rodaba el abate bajo la mesa, vencido, y Pedro se arrojaba al cuello de su confesor besándolo y gritándole con toda la fuerza de sus pulmones que, «¡había salvado el honor de la Rusia!!»

Y ya que el ruso está en Francia hay que estudiarlo en el viaje que hizo al país más civilizado, según dicen, de la Europa.

Cincuenta y ocho personas llegaban á Dunkerque el día 21 de Abril de 1717.

El señor de Liboy, gentil-hombre de la casa de S. M. el Rey de Francia, encargado de recibir á *una pequeña comisión* de personajes rusos, porque el Tzar había advertido que viajaría bajo el más riguroso incógnito, se encontró como era natural absorto y sin saber que hacer.

La *pequeña comisión* se componía de *cincuenta y ocho personas* y el Tzar parecía que se había olvidado de que no debía ser Tzar.

Liboy tenía un crédito limitado, no podía gastar más de lo que el regente le había dicho que gastase, y eso no podía ser.

Empezó entonces entre Liboy y Kourakine, el encargado de que nada faltase á S. M. Moscovita, una discusión curiosa.

Liboy propuso dar una cantidad alzada, mil quinientas libras por día, para el sostenimiento de S. M, y de los suyos.

Kourakine juzgó que era muy poco, dando entre otras razones la de que sólo el cocinero del Tzar, por los dos ó tres platos que para Su Majestad hacía, se robaba el valor de lo que costaba una mesa de ocho cubiertos comprendiendo el de los vinos.

—Y bien,—decía Liboy,–que robe solo por el valor de cuatro.

—Imposible,—contestaba Kourakine,—el cocinero no querrá pasar por eso y el Emperador se disgustará.

Afortunadamente llegaron órdenes de Versailles, ampliando la partida de gastos.

Liboy respiró.

Ya era tiempo, en efecto, porque el séquito del autócrata se aumentaba de día en día con nuevos señores rusos, que llegaban siguiendo al real viajero; ¡los cincuenta y ocho, eran ya ochenta!

El Tzar entretanto, se levantaba muy temprano, almorzaba á las diez, comía poco y se acostaba á las nueve; pero entre el almuerzo y la cena daba furiosas arremetidas á la despensa, comiendo frutas, pastelillos y otras pequeñeces que rociaba con enormes cantidades de cerveza, vino, anís y otros licores.

Las tribulaciones de Liboy habían apenas empezado.

El viaje del Tzar lo iba á anonadar.

El Tzar quería á toda costa ir á Paris en cuatro días. Aquello, dados los medios de locomoción de la época, era imposible.

Kourakine daba vueltas en torno de las carrozas en que debían hacer el viaje, y arrojando sobre ellas miradas de profundo desprecio decía retorciéndose el bigote, que nunca un gentil-hombre había puesto el pié en el estribo de semejantes carricoches.

Pedro, por su parte, pedía un cabriolé de dos ruedas, igual al que usaba en San Petersburgo, asegurando que no haría el viaje de otro modo.

El tal cabriolé no se encontró ni en Dunkerque ni en Calais, y entonces el Soberano se construyó un carruaje á su gusto.

Sobre una especie de camilla, hizo colocar la caja de un viejo faeton que encontró entre una partida de carruajes inservibles y que se estaban vendiendo en conjunto al mejor postor.

Para poner en movimiento el nuevo y extraño aparato de locomoción era preciso que se pusiera un caballo atrás y otro adelante de la máquina, en la misma forma en que se colocaban los portadores de sillas de manos.

En vano fué advertirle á Pedro que no habia bestias acostumbradas á semejante trabajo; en vano fué manifestarle el verdadero peligro á que se exponía. Hizo á todo oídos sordos, se trepó como pudo á su faeton sin ruedas y dando tumbos emprendió la marcha.

Cuando tenía que atravesar alguna ciudad, se apeaba de su torre, se introducia en una carroza, recorría el lugar de una puerta á otra, volvía á subir en el aparato y continuaba su camino.

Liboy se hacía cruces y temblaba ante el maniático monarca.

Se debía, á la salida de Boulogne, caminar durante el día y pernoctar en Amiens; á la mitad del camino el Tzar detuvo su faeton sin ruedas.

Todo el séquito hizo alto y Liboy se acercó al monarca, sombrero en mano, para averiguar qué se le ofrecía.

—Señor Liboy, dijo Pedro,—desearía dormir en Beauvais.

—¡En Beauvais, Señor!—exclamó el atribulado caballero;—¡pero si nada hay preparado para recibir á V. M.!

—Valiente reparo! Haced que se prepare todo.—contestó el Soberano, prorrumpiendo en injurías y dando la orden de continuar el camino.

El Señor de Liboy hizo milagros para que se advirtiera al intendente de Beauvais que el Tzar haría alto en su intendencia, y que era preciso tener preparado todo para alojarle dignamente, así como á las personas que le acompañaban. Además, deberían encontrarse prontos á continuar el viaje, sesenta caballos de refresco para que sustituyeran á los que los viajeros llevaban.

El intendente puso en un pié al mundo entero, se reunieron los sesenta caballos, se arreglaron los alo-

jamientos, y de acuerdo con el arzobispo, se prepararon en el arzobispado, una comida y un concierto, y en la plaza pública vistosos fuegos de artificio.

La cámara que el Tzar debía ocupar estaba adornada con retratos de príncipes moscovitas, todos de la familia Romanoff, y las armas del Tzar campeaban donde quiera.

Se conocía que desde el desembarque de Pedro en Dunkerque, la buena ciudad de Beauvais se había preparado para recibirlo.

Sonaron al fin las músicas, repicaron las campanas y todo el cortejo real se detuvo á las puertas de la ciudad.

El intendente, rodeado de magistrados y gentileshombres, dió al Tzar la bienvenida en un discurso más ó menos elocuente, que Pedro oyó volviendo hacia atrás la cabeza con su tic nervioso, como si quisiera, sin volver el cuerpo, mirar á Liboy que se encontraba á sus espaldas.

Contestó á la cortés bienvenida con algunas frases que parecían gruñidos, y subiendo á la carroza que le tenían preparada, dió la orden de atravesar, sin detenerse, la ciudad.

Llegó al otro extremo, descendió del magnífico carruaje, trepó á su armatoste y dejando tras de sí á Intendente, Arzobispo, gentiles–hombres y pueblo con la boca abierta de asombro y un palmo de narices, fué á alojarse á un cuarto de legua de la ciudad en un ventorrillo, donde hizo un gasto de diez y ocho francos por su comida y la de treinta personas que

le acompañaban, sacando de su bolsa durante la colación, una servilleta de la que se sirvió como si fuera un mantel.

El que quiera leer con más detalles esta historia, que consulte la de la Regencia por Lemontey. Ahí podrá ver que no exagero.

La noche del 10 de Mayo hacía por fin su entrada en la capital del mundo el Tzar Pedro I.

Se le preparó un espléndido alojamiento en el Louvre. En la gran sala se habían puesto dos mesas de sesenta cubiertos servidas con la magnificencia con que en aquellos tiempos sabían hacerlo en la corte de Francia, y por último, cámaras y comedor se iluminaron con tantas bugías que su resplandor deslumbraba.

Pedro entró en el suntuoso edificio. Recorrió el departamento en que debía alojarse, pasó al comedor é inmediatamente dió la orden de que apagasen casi todas las luces porque aquello era un gasto grande é inútil; se hizo servir en seguida, arrojando una mirada de desdén sobre las mesas, un pedazo de pan y algunas legumbres, bebió seis clases de vinos y dos vasos de cerveza y se fué diciendo que deseaba dormir en otra parte.

Si no hubiera sido por la previsión de Tolstoi, que conociendo á su amo se le había adelantado y hecho preparar otro alojamiento en el Palacio Lesdiguieres, el Tzar habría ido á descansar aquella noche en cualquiera posada.

Durante tres días permaneció encerrado en el Pa-

lacio asegurando que no saldría hasta que el rey fuera á hacerle una visita.

El Regente se presentó á cumplimentarlo.

El Tzar lo esperaba en el salón; dió algunos pasos hacia él, lo abrazó con un aire de superioridad asombroso, le indicó la puerta de su gabinete de trabajo y pasando delante de él sin más ceremonias, hizo cerrar tras ellos las puertas.

Esto pasaba al día siguiente de la llegada del Tzar; dos días después y obsequiando sus deseos, ó más bien, cediendo á sus exigencias, el niño rey Luis XV fué al Palacio Lesdiguieres.

Pedro bajó hasta el patio, recibiendo al rey de Francia al estribo mismo de su carroza, le cogió la mano, se colocó á su izquierda y tomaron asiento en dos sillones iguales cuando llegaron á su cámara.

Al terminar la entrevista, el Tzar, aquel coloso tan grande de cuerpo como de alma, no pudo resistir, ante el pequeño soberano que con tanta gentileza y gracia le había tratado, á un rasgo de ternura digno de su caracter franco y violento.

Cuando el regio niño se levantó, el Tzar inclinándose hacia él le tomó en sus brazos, le alzó hasta la altura de su boca, le besó ruidosamente en ambas mejillas, y cargado lo condujo hasta la carroza, sin que Luis XV pareciese asustado ni molesto de aquel rasgo que si manifestaba amor, también revelaba demasiada confianza y brusquedad.

Correspondida por Pedro, con todo el ceremonial debido, la visita de Luis XV, empezó á recorrer á su

gusto las calles, los almacenes y las fábricas de aquel París que tanto había anhelado conocer.

Su traje consistía en un sobretodo de paño burdo gris como la casaca, pero esta última tenía botones de brillantes. No llevaba corbata y tampoco se veía que bajo sus mangas hubiera vestigios de puños ni de encages. Usaba una peluca oscura, sin polvo, y á la que había hecho cortar la parte posterior porque la encontró muy larga; y por último, de un cinturón con adornos de plata, pendía una cimitarra enorme, que llevaba según el uso oriental.

Con ese traje fué á la Opera, haciéndole el Regente los honores del palco real hasta el punto de que, como pidiera Pedro un vaso de cerveza, él mismo, de pié, se lo presentó en una bandeja, de la cual lo tomó el Tzar, bebiéndolo con toda calma y pidiendo después á aquél soberbio lacayo de sangre azul, una servilleta para enjugarse los lábios.

Con una sonrisa y una inclinación de cabeza dió las gracias al de Orleans, mientras el público contemplaba con estupor aquel curioso espectáculo.

En coche de alquiler fué á visitar la fábrica de Gobelinos.

Siguió atentamente el sistema de confección de la rica manufactura y se retiró dejando un escudo para que se dividiera entre los obreros, que probablemente lo tomaron con más gusto que aquel ayuda de cámara á quien, en Meudón, gratificó con otro escudo en papel moneda, el cual, según se cuenta, acababa de servirle para un uso nada limpio.

Sin embargo, cuando terminó su visita á París y se dispuso á partir, se olvidó de sus costumbres avaras y se mostró espléndido. Esos cambios bruscos entraban en su carácter.

Aceptó del rey dos magníficos Gobelinos y le dejó en cambio su retrato con marco de brillantes, dió 50,000 libras para distribuir entre los criados, 30,000 para su guardia, 30.000 para las oficinas y manufacturas reales, y 6,000 al jefe de cocina del rey que lo acompañó en su viaje.

Los rasgos de avaricia que pueden parecer ridículos, no son en realidad en Pedro, más que una consecuencia de sus ideas respecto á lo que debía ser un soberano.

—«El Monarca, decía, no es más que el primer servidor del Estado».

Llegaba á tal extremo, que en cierta ocasión, se dirigió al colegio del Almirantazgo solicitando un ascenso para él en la marina, exponiendo, como cualquier particular, los servicios que había prestado en la armada. Se le negó lo que solicitaba y aceptó sin pestañear la repulsa.

Otra vez, estando en Revel, con la flota, se hizo dar por el médico de á bordo un certificado de que se encontraba enfermo, para obtener del gran Almirante, el permiso de ir á dormir á tierra.

El Tzar su padre, murió siendo poseedor de tierras y casas que le producían una renta de 200,000 rublos.

Pedro cedió casas y terrenos en favor del Estado

y sólo conservó la heredad, bastante modesta, de los Romanoff.

Su haber se componía de las rentas de ese dominio, que eran pocas, y de los sueldos que el Estado le pagaba, según los cargos desempeñados por él.

En los «Escritos y Correspondencias» se vé de su puño y letra lo que sigue: «año de 1705—gané 366 rublos por mi trabajo en los Astilleros de Voronojé, y 40 por mi servicio como capitán»—«1706—156 rublos por todo»--«1707—Mi sueldo de coronel, 460 rublos».

Aseguraba en una ocasión, que con lo que había ganado en una fragua, en la que se puso á trabajar con los obreros, compraría al volver de Moscow unos zapatos, que buena falta le hacían, para substituír los que llevaba.

Cuando llegó á una casa de campo que se había hecho construír en Revel, se admiró al visitar su parque, porque lo encontró desierto y cerrado.

—¡Cómo!—dijo—os imaginais que se ha hecho trabajar á tanta gente y se ha gastado tanto dinero sólo para mí?

Y al día siguiente, al son de clarines, anunciaba un heraldo al pueblo, que el parque era suyo y que podía pasear en él libremente.

Jamás se le vió en carrozas y sí siempre en un modesto cabriolé de dos ruedas, que muchas veces manejaba él sólo.

La casa que visitaba yo en el jardín de Estío de San Petersburgo, es humilde. Tiene en un reducido

espacio, porque es cuadrada y no se ha desaprovechado ni un centímetro de terreno, once piezas abajo y once arriba. Abajo estaba el departamento del Tzar, arriba el de Catalina.

Todas las puertas, los armarios y en general los objetos de madera están hechos por el mismo Pedro, y en la parte superior, en donde la Tzarina habitaba, y en donde se encuentra la cocina, se vé aún el horno que Pedro construyó para que su imperial consorte hiciera pasteles y tortas.

La noche se venía sobre nosotros á todo su correr; distinguíamos ya, al través de los pequeños cuadros de cristal verdoso á causa de lo primitivo é imperfecto de su manufactura, y por los cuales se filtró tantas veces la mirada del grande hombre, las primeras luces que empezaban á encenderse en las casas de la ribera opuesta.

Una suave y misteriosa claridad nos envolvía. Llegaban hasta nosotros, confusamente, gritos de chiquillos que jugaban en el jardín, voces de obreros que se dirigían por grupos á alguna labor nocturna, sordo rodar de carruajes, y el resoplido poderoso de los vaporcillos de río que tienen una de tantas estaciones no lejos de la muda y solitaria casa de Pedro el Grande.

—Aquí—pensaba yo—aquí vivió y sintió aquel hombre que tal vez en un momento de videncia, atravesó con su mirada de águila el velo pavoroso del porvenir y contempló el presente. El fué el que en vano quiso hacer comprender á sus sucesores que el

hombre, llámese rey, pontífice ó esclavo, surgió de la tierra y que teniendo una madre común, todos desde su origen son iguales.

Por eso él, que partía satisfecho su pan con los infelices que estaban obligados á ganar el suyo con el sudor de su frente, tendía á los que vivían en medio del lujo y de la ociosidad, sus manos encallecidas por el hacha y el escoplo y les decía mostrándoles aquellas señales que al afear ennoblecen:

«Así quiero que tengáis las manos vosotros, porque así sólamente seréis grandes.»

Por eso él, extrayendo de la gleba á sus ministros procuraba mezclar al viejo y orgulloso poderío el joven y viril trabajo, para purificar con el filtro de las ambiciones santas el agua estancada y cenagosa de la antigua tradición.

Por desgracia vivió poco, por desgracia no dejó un sucesor digno de su nombre, por desgracia pasó el poder á manos de mujeres y favoritos, y de aquel coloso que hizo una ciudad para un pueblo, han descendido seres que como el Tzar de ahora, está formando un pueblo que destruirá esa ciudad.

CAPITULO X.

MOSCOW.

La Plaza Roja.

Ya la noche había cerrado cuando abandonando la casa de Pedro el Grande nos dirigimos, bajo una lluvia menuda y tiritando á causa de un frío de dos grados bajo cero, al hotel para tomar un vaso de thé, recoger lo poco que habíamos dejado fuera de las maletas, encaminarnos después á la estación y buscar refugio en el tren que debía llevarnos en el transcurso de una noche, hasta la Santa Ciudad del Imperio Moscovita.

Mi cuñado marchaba con las manos en los bolsillos, el cuello del paletó levantado y lanzando de vez en cuando unos hum! hum! que le son peculiares cuando se hace reflexiones á sí mismo, cuando no quiere contestar á lo que se le pregunta, ó cuando no está muy divertido. Truan juraba y perjuraba que si el frío era fuerte, no lo sentía gran cosa en el cuerpo, sino en la cabeza, y que tan pronto como llegáramos á Moscow se compraría una gorra de astrakán; Leman, que llevó por único equipaje una maleta en la que había encerrado seiscientos puros que introdujo de contrabando y que cambió por no sé cuántos miles de cigarrillos, una camisa, dos pañuelos y un par de calcetines, juraba y perjuraba á su vez, que aquello no

era frío, sino agradable fresco, y para demostrarnos su invulnerabilidad, nos detuvo bajo un foco de luz eléctrica y se arrolló el pantalón enseñándonos que ni calzoncillos usaba, hecho que le arrancó á mi cuñado media docena de hums, un respingo á Truan, y á mí un ¡brrrrr! de horror, porque yo, que soy el hombre más friolento que conozco, juraba á mi turno y perjuraba, mientras hecho un etcétera movía las piernas, adquirir en cuanto llegase á la ciudad «*de la cabeza de oro*,» una pelliza forrada con la piel del animal más peludo de la creación.

Por fin, llegamos al hotel y arregladas las cuentas y listo ya todo, nos ensardinamos en los carricoches de marras, que entre tumbos y gritos de cocheros y maldiciones de transeuntes nos llevaron á la estación.

Yo temblaba de frío y de pavor pensando en la noche que pasaríamos encerrados en uno de aquellos wagones de su Magestad Moscovita, en los que se usan velas para alumbrarse y el vaho de los pasageros para la calefacción.

—No haya miedo, señor—me dijo Leman—ya verá usted.

¡Y qué verdad tan grande me decía! Efectivamente, nos introdujo á uno de esos confortables carros que en Alemania, en Austria y en Suiza se encuentran siempre, y en los que se tiene hasta el lavabo en el mismo camarote.

Con una de sus sonrisas mefistofélicas me dijo tendiendo la mano para coger el puro que era el premio de toda acción suya digna de encomio:

—Es carro alemán.

Pocos momentos después, el tren partía dejando atrás envuelta en brumas la ciudad de Pedro, en la que según cuentan viejas leyendas, se oye, cuando la noche media, resonar el herrado casco de un poderoso corcel, del mismo en que cabalga la estatua de «El Grande» que, al amor de las sombras, deja el pedestal en que se yergue y recorre, meditabundo y triste como un guardián de bronce, las calles solitarias de la ciudad que formó su voluntad y en la que duerme su cuerpo.

Y pensando en él y aguzando el oído por si acaso el soplo largo del viento que de la ciudad venía, llevaba hasta mí el eco de aquellas pisadas pavorosas, me dormí á mi vez arrullado por el muelle movimiento de nuestro carro alemán.

A las nueve y media de la mañana del día siguiente, divisamos á lo lejos las cúpulas doradas de la Ciudad Santa, y diez minutos después cruzábamos sus calles en medio del mismo estruendo y con las mismas incomodidades con que habíamos cruzado las de San Petersburgo. La decoración, sin embargo, era distinta.

En San Petersburgo se observaba en todo, si no una tranquilidad absoluta, sí cuando menos una confianza relativa; en Moscow, las gentes caminaban sin volver los ojos hacia los otros transeuntes, las puertas de los almacenes se veían entrecerradas, y en las esquinas de las calles y á la mitad de ellas, los guardia-

nes del orden se apoyaban en el largo fusil, al cañón de los cuales habían calado la bayoneta.

Pero á pesar de todo, ¡cuánta animación en sus calles, cuánto rumor en sus ámbitos, cuánta luz en su cielo, azul y límpido aquella mañana, y cuánto carácter típico en su pueblo, en sus edificios y hasta en su ambiente!

El cosmopolitismo de sus calles es un kaleidoscopio.

Hay trajes de todos colores, hechuras y épocas.

Se mezclan y confunden el *jaquet*, la levita cruzada y la americana, con el caftán, el armiak, y la pelliza de piel de carnero del moujik, con la túnica color de mamey y orlada de negro del pope y con el blanco alquicel del turco, y el sombrero redondo y el de pelo se cruzan con el casquete ruso, con el fez rojo y con la gorra de astrakán.

Se oyen hablar todas las lenguas, pero ¡ay!, como en la Torre de Babel, sólo se entienden los que hablan la misma.

Es inútil que queráis comprar cigarrillos en una tabaquería rusa si no sabeis decir "*papirose*" (no sé si se escribirá así, pero así se pronuncia) aun cuando os expreséis en español, en italiano, en francés ó en inglés. Tenéis que decirlo en ruso.

Hasta en los grandes establecimientos necesitais de intérprete.

Un día tuve el deseo de comprar un portamoneda de piel de Rusia. Aquello me pareció la cosa más fácil. Nos dirigimos al primer establecimiento en cuyas

vitrinas vimos de esos objetos. Leman gruñó y gruñendo le contestaron que no tenían. Pedí los que había visto. Eran de manufactura alemana. Fuimos á otro, lo mismo.—Así recorrimos no sé cuantos, yo saludando en francés al entrar, y los dependientes viéndose la cara unos á otros, y viéndomela á mí después, como si llegara de la luna y les hablara en idioma selenita.

Por fin, en el último que me proponía visitar, me contestó un caballero de barba blanca y respetable aspecto á mi «*bon jour*» con otro.

Le pedí el dichoso portamoneda; reflexionó algunos instantes, sacó un cajoncillo lleno, empezó á revolver los que allí había, hasta que tomando uno me lo presentó diciendo.

—Este es legítimo.

Lo olí y no me olió á nada, pero al ver la gravedad de aquel señor ruso, no quise dudar y lo compré.

Cuando me lo entregó cuidadosamente envuelto y recibió el precio, le pregunté.

—¿Quiere Ud. decirme, perdonando mi indiscreción, dónde aprendió Ud. el francés?

—¡Ah! señor, me dijo, soy francés.

¡Cielo santo! ¡francés! Decididamente encontrar un portamoneda de piel de Rusia en Rusia, era tan difícil como encontrar un oso blanco en el Ecuador.

Salí de allí convencido de que llevaba en la bolsa, para guardar mi dinero, la piel curtida de algún animal galo, pero no la de ningún cuadrúpedo moscovita.

***

En casi todas las calles, bien en las esquinas, bien en alguno de los muros, se ven capillas pequeñísimas y en su interior la imagen negruzca de algún santo ó alguna virgen, ante la que arde una lamparilla.

No hay hombre del pueblo que al pasar frente á la capilla, aun cuando sea á gran distancia, no se quite la gorra, no haga media docena ó más de reverencias, doblando el espinazo al grado de que parece que va á meter la cabeza entre las piernas y no acompañe las reverencias con otras tantas persignadas.

Los cocheros se quitan el sombrero, aquel de marras y del que he hablado, media cuadra antes de llegar á la capilla y empiezan á dar cabezadas, las que cesan solo media cuadra después de haber pasado por el santo lugar.

En cambio no ví á ningún pope ejecutar nunca aquellos actos de piedad fanática.

Sólo al pasar bajo la sonora bóveda de la puerta principal del Kremlin, todos, grandes y chicos, nacionales y extranjeros, están obligados á llevar la cabeza descubierta. Se me dijo que existía una ley sobre el particular. En efecto, Alexis, padre del pueblo y favorecedor quizás de algún médico especialista en la curación de constipados, dió aquella ley.

Allá á lo lejos, al pasar en el coche que nos conducía de la estación al hotel, ví en el fondo de una calleja esta típica y curiosa puerta, coronada por una torre, con dos capillas pequeñas á los lados, con una imagen, la del Salvador, sobre la clave del arco, y delante de la imagen una enorme lámpara en un soporte de ennegrecido metal.

—¿El Kremlin?—pregunté á Leman.

—Sí, señor.—

—Pues tan pronto como dejemos los equipajes, á la Plaza Roja y al Kremlin.

¡El Kremlin! Aquel nombre me atraía como atrae una flor á una abeja; allí estaba la historia toda de la vieja Rusia; allí, en aquel libro cuyas hojas son los muros de granito de sus soberbios edificios, están escritos con sangre y fuego episodios que sólo morirán cuando el mundo ya no sea. Allí, por sus intrincados vericuetos, por sus estrechos callejones, por sus amplísimas plazas, entre sus innumerables iglesias que destacan sobre el horizonte sus cúpulas retorcidas y coloreadas como un turbante, frente á las imponentes fachadas de sus palacios, y bajo las bóvedas sombrías de sus casernas, vagan las sombras de los Tzares rodeadas y maldecidas por sus víctimas. Allí, Iván el Terrible, entre los altaneros Streltsy á quienes creó, cruza llevando en sus brazos el ensangrentado cadáver de su hijo, muerto por su propia mano en un rapto de furor; y allí, entre los cuerpos destrozados por

horrendos suplicios de los descendientes de aquellos mismos Streltsy, mudo y sombrío atraviesa Pedro el Grande, que los destruyó, llevando en los suyos el cadáver de Alexis á quien con toda sangre fría hizo morir en la tortura.

De allí, los Streltsy salieron al son marcial de sus guerreras cajas para destrozar á los Tártaros, para conseguir la captura de Muszeck y Zarvutsky durante el reinado del Tzar Miguel, para arrebatar Smolenko á los Polacos durante el de Alexis, y para defender Tchiguirine contra los turcos durante el de Fedor.

Allí, Sofía, poderosa, aclamada, sonriente, pasea por enmedio de filas de cabezas inclinadas la majestad de su orgulloso poderío, y más allá, casi desnuda, pálida y jadeante, se la vé sostenida por los sayones que acaban de torturarla en el potro, ir á sepultarse en vida entre los muros pavorosos de un convento.

De allí salió Pedro para hacer desaparecer la Suecia de Gustavo Adolfo, derrotando en Poltava á Carlos XII.

Allí, en fin, contra aquella mole de granito fué á estrellarse la cuadriga triunfal del Invencible; allí empezó la agonía del coloso; allí besó la muerte á Napoleón.

***

No sin sentirme profundamente emocionado puse el pié en la Plaza Roja.

A mi derecha se extendían las murallas del Kremlin agujeradas de trecho en trecho por sus puertas profundas y de sonora bóveda, con sus piedras ennegrecidas por el tiempo y carcomidas por la lepra de los años; á mi izquierda los portales inmensos que dan entrada á los «*Riady*,» colosales construcciones que tienen 252 metros de largo por 88 de ancho y que están cruzadas en ambas direcciones por tres pasajes, de tres pisos, unidos por amplios y hermosos puentes y cubiertos por un espléndido techo de cristal; y allá, en el fondo, como una visión forjada por un sueño, como una de esas mansiones misteriosas de los dioses orientales que nos describen los cuentos de las mil y una noches, como la reproducción en bulto de uno de esos cuadros en que contemplan nuestros ojos un templo de cúpulas múltiples y en forma de piña, azules las unas, blancas, negras y doradas las otras, de varios gajos verdes, rojos y anaranjados torcidos en espiral las de más allá, pero todas formando un conjunto maravilloso, alegre y brillante cuando el sol las hiere, como una carcajada que estalla, ó melancólico y místico, cuando la luna las besa, como la vibración de un laud ó el rumor de los

rezos en un claustro, se erguía ante mis ojos, destacándose en crudo sobre el pálido azul del cielo, la catedral de San Basilio, la iglesia que hizo construir Iván el Terrible para conmemorar la toma de Kazán.

CATEDRAL DE SAN BASILIO.

Enmedio de la plaza se eleva el terreno formando una plataforma no muy grande rodeada por una balaustrada de piedra.

El círculo que forma esta balaustrada no está cerrado. Una pequeña puerta lo rompe.

A ese sitio le da el pueblo el nombre de "baño de sangre."

Desde allí presenciaba el Terrible las ejecuciones que ordenó tantas veces y que le valieron el tremendo calificativo con que pasó su nombre á la historia,

y allí, cuando él abandonaba la plaza para ir á encerrarse en su palacio á solas con su conciencia, se amontonaban los cuerpos de las víctimas, mientras se iba á recojerlas para sepultarlas en una fosa común, ó para arrojarlas al campo como pasto de hienas y de buitres.

El 25 de Julio de 1570, presentaba aquella plaza un aspecto imponente y siniestro. Hacía muy poco tiempo que Iván había entrado á Moscow. Había tomado á Kazán, había conquistado la Livonia, había luchado para apoderarse del Imperio del Báltico y había promulgado aquellas leyes é intentado aquellas empresas que, como las de Luis Onceno en Francia, tendían á arrancar de las manos de los grandes y de los pequeños señores, un poder que era más absoluto y tiránico que el del monarca mismo.

Apenas había sentado Iván sus reales en Moscow cuando hizo aprehender y juzgar á los descontentos.

Todos fueron declarados reos de alta traición.

Iban á morir trescientos aquel día, trescientos infelices que llegaban al lugar de su suplicio pálidos, extenuados, con los miembros rotos por terribles torturas, viendo quizás en su agonía, más como un lugar de reposo y de liberación que como un lugar de terror y de muerte, el cadalso al que iban á subir en breve tiempo.

¡Ay! y así en realidad hubiera sido para ellos, si la muerte hubiese llegado consoladora é instantánea; un tajo en el cuello, un golpe de maza en la cabeza y nada más. El tránsito así hubiera sido fácil y tal vez has-

ta dulce; pero el Terrible lo había dispuesto de otro modo.

Por todos lados se veían poleas, potros, calderos de agua hirviente, uñas de hierro, agujas, tenazas enrojecidas al fuego, sierras y colosales ruedas.

La muerte que les aguardaba era la más espantosa de las muertes.

Y así fué, cada uno tuvo su infierno en el mundo, y si es cierto que el dolor purifica, cada una de aquellas almas debió presentarse á su Creador limpia de toda mancha.

Entre aquellas trescientas victimas había muchas mujeres, esposas y madres de los sentenciados, que pagaban con su vida las faltas cometidas por los suyos.

Guagnino cuenta horribles detalles de esa matanza.

Cuenta cómo al canciller Viskovatiji, colgado por los pies, le arrancaron hasta descubrirle los huesos la carne á pedazos; cómo al tesorero Founikov, bañado alternativamente por agua hirviendo y por agua helada «*se le desprendió la piel como la de una anguila*» y cómo, al retirarse el Tzar á su palacio, se detuvo en la casa de este infeliz, y cómo allí, al ver que la joven y bella mujer del ajusticiado no sabía ó no quería declarar el lugar en que su marido había escondido sus tesoros, ordenó que la desnudaran en presencia de su hija, niña de quince años, y montándola sobre una cuerda que iba de un muro al otro de la estancia, hizo que la pasearan durante largo tiempo de un extremo al otro de la cuerda, á tal grado,

que la desgraciada murió pocos días después á consecuencia de las horribles lesiones que sufrió en el tormento.

El príncipe Boris Telipnier, empalado, agonizó durante quince horas, habiendo ante sus ojos, mientras duraba su suplicio, violado á su madre un centenar de Strieltsy con tal brutalidad que la mataron, y el hijo moribundo pudo contemplar por largo tiempo, antes de espirar, el cadáver de la madre.

Crucé lentamente la Plaza Roja, viendo con los ojos del alma aquellas escenas de horror y de agonía.

¡El mismo sol que alegre desparramaba en torno sus rayos arrancando fugitivos chispazos de las piedras bruñidas y blanqueadas por el incesante rodar de los carruajes, brilló en aquella ocasión impasible y sereno, como entonces, sobre la matanza horrenda, y yo buscaba en sus ráfagas luminosas los espíritus de los que, envolviéndose en ellas, volaron á su creador para implorarle quizás, libres ya de rencores mundanales, el Divino perdón para el verdugo.

CAPITULO XI.

La Catedral de San Basilio ó de la intercesión de la Santa Virgen.

El día 16 de Junio de 1552 el Tzar Iván IV, el Terrible, después de haber asistido á grandes funciones religiosas, de haber hecho trasladar reliquias de santos en solemnes procesiones de unas iglesias á otras, de haber bebido y obligado á beber á todos los señores de su corte una agua en que se habían sumergido esas reliquias, de haber puesto en libertad á un gran número de prisioneros y de haber ejecutado, en fin, innumerables actos piadosos para atraer sobre si y sobre su ejército la protección divina, salía de Moscow al frente de todas sus fuerzas para ir á la conquista de Kazán.

Al discordante sonido de címbalos y trompetas cuarenta mil hombres se lanzaron por las desoladas estepas, puestas la fé en Dios y la confianza en su Tzar; dispuestos á derramar su sangre y á ahogar con ella, si era preciso, á aquel tártaro arrogante que algunos años antes había enviado al monarca moscovita un cartel de reto que terminaba diciendo: «*Me pongo en camino y no quiero retroceder. Yo tomaré tus tierras, y si es que quieres seguirme no llegarás nunca á las mias.*»

El 23 de Agosto acampaba el Terrible bajo los muros de Kazán y ponía cerco á su guarnición.

Los tártaros no se amedrentaron, su indomable valor los sostenía y rechazaron vigorosa y triunfalmente las primeras embestidas del ejército del Tzar.

Iván empezó á temer que el invierno llegase antes de haber podido alcanzar la victoria. En el mes siguiente al de su llegada una tremenda tempestad arrebató un gran número de tiendas de su campo y destruyó algunos de los edificios en que se guardaban las provisiones de boca y de guerra.

Desde lo alto de sus trincheras lejanas, á las que no podía alcanzar la artillería del Terrible, los tártaros se entregaban á prácticas extrañas que juzgaban los soldados moscovitas como de hechicería y que conturbaban y llenaban de terror sus espíritus supersticiosos.

El Tzar hizo traer una cruz milagrosa para contrarestar los efectos de los hechizos tártaros, y con la cruz llegó el buen tiempo y la fé renació en los corazones de los suyos.

Los ingenieros extranjeros que le acompañaban en la expedición ejecutaron obras que permitieron á los cañones aproximarse á los muros de la ciudad sitiada, haciendo eficaz el efecto de sus proyectiles.

Listo todo ya para un asalto general, se resolvió emprenderlo el día 2 de Octubre.

Durante la campaña, el joven Tzar había dado pruebas de valor y de energía, se había hecho respetar, había impuesto su voluntad soberana y se le temía.

Todos estaban acostumbrados á verle ejercer el

mando efectivo de su ejército, y todos esperaban verle al frente de sus tropas en el momento del asalto.

Pero cuando llegó este momento, en vano se le buscó por todas partes. El Tzar había desaparecido.

Desde la aurora se celebraba una función solemne en una capilla levantada en medio del campamento moscovita, y allí, entre diáconos y monges, el Tzar oraba, más contento de aspirar el humo del incienso que el humo de la pólvora.

Pero en aquellos instantes supremos no se trataba de rezar sino de subir á la brecha. Un boyardo, tinto en sangre, ahogándose por la velocidad de su carrera, se precipita en el sagrado recinto.

—¡Vamos, Sire, es tiempo de partir! ¡Vuestros soldados se baten cuerpo á cuerpo con los tártaros! ¡Vuestro regimiento os espera!

El Tzar con toda calma procuró probarle que era más útil á su regimiento rezando que combatiendo, y empezó á entonar nuevas salmodias.

En aquellos instantes se presentó otro mensajero.

—¡Sire, haceis falta! los tártaros recuperan el terreno perdido; los nuestros vacilan, vuestra presencia es necesaria, ¡venid! . . .

Iván, pálido y angustiado, se puso á derramar lágrimas y á invocar á gritos el auxilio del cielo.

Afortunadamente siguen llegando boyardos que lo rodean, que lo conminan, que casi lo empujan.

Entonces bebió agua bendita, comió un pedazo de hostia, besó la imagen de San Sergio, recibió las bendiciones de sus clérigos y montando al fin á caballo,

rodeado de los que á duras penas habían conseguido arrancarlo del templo, fué á reunirse á su regimiento, no sin que en más de una ocasión los boyardos se hubieran visto precisados á poner las manos en la brida del caballo del Tzar, que solía amenguar más de lo conveniente la velocidad de su marcha.

Cuando Iván llegó frente á los muros, ya sus estandartes flotaban sobre ellos victoriosos y la primera columna de asalto entraba en la ciudad á sangre y fuego.

Seis mil tártaros perecieron y las mujeres y los niños fueron llevados como esclavos á Moscow.

Terminada la matanza, el Tzar plantó con sus manos una gran cruz en el mismo sitio en que durante mucho tiempo y entre un torbellino de flechas y de balas, agitada por el viento y envuelta por el humo, flotó orgullosa la bandera del último Khan de Kazán.

Tres años después, en 1555, antes de ir á tomar posesión de su Sede, el primer arzobispo de Kazán, consagró en Moscow la iglesia de «La Intercesión de la Santa Virgen», ó de «San Basilio», erigida por Iván para conmemorar su victoria.

Se cuenta que una vez terminada, el Terrible hizo sacar los ojos al arquitecto que la construyó para que no pudiera jamás hacer otra obra maestra como aquella.

Ya he referido la impresión que experimenté á la vista de sus doce cúpulas, pintadas las unas con colores vivísimos, las otras talladas como diamantes ó cubiertas de escamas doradas y lucientes.

Su interior está formado por once capillas pequeñas construídas en dos pisos y comunicando las unas con las otras de tan caprichosa manera, que al recorrerlas cree uno encontrarse en un verdadero laberinto.

Se distinguen en sus paredes, frescos, algunos de la época de Iván, que representan imágenes de santos. Sus bóvedas están igualmente adornadas por frescos, y las gigantescas figuras parecen querer desprenderse de lo alto y caer sobre los visitantes para aplastarlos, en castigo de la irreverente curiosidad con que las miran.

Apenas puede distinguirse lo que en el interior de la iglesia existe, tan mezquina es la medrosa luz que penetra al través de las angostas ventanas abiertas en los muros.

En una de las capillas, á uno y otro lado del altar, hay dos estandartes cuya tela casi ha desaparecido, pero que, más que por su antigüedad, llamaron mi atención porque entre los girones de la seda vi algo que á la luz de la velilla del guardián brillaba como el acero. Me acerqué á examinarlos y el guardián le habló á Leman en voz baja.

—Señor,—me dijo éste,—¿sabe usted lo que está tocando?

—Sin duda,—le contesté,—esto es una cota de malla.

—Sí, señor, la cota de malla de Iván el Terrible.

CAPITULO XII.

El Kremlín.

Por la puerta Spaskiia ó del Salvador entramos al Kremlín.

A un lado y otro de la puerta hay dos capillas. La de la derecha está constantemente llena de gente, y como es muy pequeña y unas cuantas personas bastan para llenarla, los fanáticos se arrodillan é imploran á la milagrosa imagen en medio del arroyo.

Creo que esa imagen representa una virgen, y tanta fe se le tiene, que constantemente está fuera de su capilla, visitando casas de enfermos á quienes los hombres han desahuciado y que ponen ya solamente su esperanza en Dios.

Con objeto de que el altar no quede desamparado durante esas ausencias médicas, se ha hecho una co-

pia de la imagen, y allí queda, recibiendo las oraciones y dádivas del pueblo, hasta que la verdadera vuelve y la relega al segundo lugar que le corresponde.

Ninguno como yo respeta y acata las ideas religiosas de los otros, pero la inocente piedad de los pueblos que como el ruso, y como el nuestro por desgracia, no comprenden la divinidad como idea abstracta sino que hacen de un lienzo ó de un trozo de madera un sér todo poderoso, me inspira honda compasión hacia los creyentes y profunda repugnancia hacia los ministros de un culto que es todo luz y todo libertad y, que á pesar de eso, vendan los ojos de los sectarios para que no vean y les atan los brazos para que no ejecuten.

¡Qué falta hace el látigo del rabino Jesús en las iglesias de Cristo!

Pasada la gran puerta entramos á la plaza del Tzar.

En el Kremlín, en el lugar más sagrado de la Ciudad Santa, en esa especie de formidable fortaleza rodeada de muros y construída sobre una colina que domina el resto de la ciudad, se encuentra un amontonamiento, que asombra por lo caprichoso, de iglesias, palacios y monumentos soberbios.

Sus muros forman un triángulo y dentro de ese triángulo existe todo cuanto el enorme Imperio Moscovita ha contenido y contiene de fanatismo, de grandeza y de tiránico poder.

Apenas se ha puesto el pie en la plaza, se ve á la derecha un convento de monjas, el de la Ascención,

fundado en el siglo XIV por la mujer del gran duque Dimitry IV. Después la iglesia de Santa Catarina, de estilo gótico y relativamente moderna, pues sólo data de principios del siglo pasado, y más allá se lanzan al cielo las cinco cúpulas doradas de la catedral Voznessensky, elevada en el albor del siglo XV y donde duermen su último sueño treinta y ocho grandes duques y no sé cuántas Tzarinas.

Al lado del convento, un palacio, el Pequeño Palacio del Kremlín, el palacio Nicolás, el palacio en que nació Alejandro II y frente al cual se yergue imponente y augusta, sin más fondo que el del cielo, la estátua gigantesca del emperador asesinado.

Empezaba el sol á ponerse cuando llegamos frente á la estátua.

El soberbio bronce se eleva sobre un zócalo de granito rosa al que dan acceso varios escalones. Vuelve la estátua la espalda al río Moscowa y tiende la diestra hacia el palacio en que nació el hombre á quien representa. El manto real prendido de sus hombros desciende formando anchos pliegues por la escalinata hasta tocar el último escalón. La figura es arrogante y grandiosa.

Rodea el monumento á derecha é izquierda de la estátua y por su parte posterior, la esbelta columnata de tres galerías cuyos techos están decorados con los retratos de los Tzares, hechos en mosaico de Venecia.

La vista que desde esas galerías se disfruta es magnífica.

Todo Moscow se ve desde esa altura, y la mirada

se pierde en la lejanía del horizonte sin dejar de percibir cúpulas y torres.

Pero ¡ay! siempre el reverso de las medallas en Rusia, es horrible.

La plaza que se extiende frente al soberbio monumento es un muladar en vez de ser un jardín, y en torno de la estátua han plantado en un radio grande, ignoro con qué objeto, tal vez por vía de adorno, unas estacas de madera, y han atado entre estaca y estaca á guisa de cadena, ¡una cuerda!

Crece la hierba en la plaza á todo su sabor, se ven por donde quiera montecillos de basura, las moscas zumban sin cesar en torno del viandante, y este, con el pañuelo en una mano para ahuyentar á los insectos y con la otra en la nariz, se ve obligado á caminar por angostas veredas que entre la maleza han abierto los pies de otros transeuntes, so pena de tener que seguir con la mano en las narices, hasta haberse, en el hotel, quitado los zapatos.

El frio se acentuaba, yo no había comprado aun mi pelliza, Truan no tenía su gorra de astrakán, y empezaba el estómago á advertirnos que nada había digerido desde las once de la mañana.

Tomamos, pues, el rumbo del hotel y á las ocho de la noche nos sentábamos alegremente en torno de una mesa, dispuestos á devorar cuanto nos presentasen, y reconfortados por el tibio ambiente del comedor y por una copa de vodka que Leman, á fuer de semiruso nos hizo apurar cuando llegamos.

Terminada la cena, subí á mi habitación y dejé correr el tiempo poniendo en orden mis notas.

Una hora habría pasado cuando oí llamar dulcemente á mi puerta. Aquello más que un toque era un rasguño.—Adelante—grité—y ante mis ojos se presentó con semblante compungido el pobre Truan.

—¿Qué ocurre?—pregunté—¿está usted enfermo?

—No, señor, vi luz y quise saludarlo. ¡Ay! decididamente no la encuentro!

—¿Que no la encuentra usted? Pero ¿qué es lo que no encuentra?

—Pues qué ha de ser, mi gorra, la gorra de astrakán que me hace tanta falta. Acabo de recorrer las calles en busca de una sombrerería y, ¡nada! Todo está cerrado como si en la ciudad no hubiera habitantes.

—Pero, hombre, ¿está usted loco para buscar una gorra á las diez de la noche?

—¿Y qué tiene eso de particular? Sobre todo, Leman me aseguró que la encontraría, y después de hacerme recorrer calles y calles terminó por detenerme frente á un café, en el que el frio me hizo entrar. ¡Es admirable ese Leman! ¿Se fijó usted como devoró la cena? pues todavía pidió en el café thé con leche y dos ó tres panes confitados, y no dejó ni una gota en la taza ni una migaja en el plato.

—¿Y quién pagó el gasto, Truan?

—Yo.

—¡Vaya, entonces ya comprendo por qué aseguraba Leman que él encontraría lo que usted buscaba!

—¿Cómo?

—Si, pregúntele usted á cualquier paisano mío si tengo razón y verá como le afirma que el que encontró la famosa gorra fué Leman. Cuidado con él ó pronto será usted el socio capitalista de toda una bonetería.

—No comprendo.

—Es que todavía no sabe usted bastante español, pero ya irá comprendiendo poco á poco y sobre todo al lado de Leman.

CAPITULO XIII.

EL KREMLÍN.

El convento de los Milagros.
El campanario de Juan el Grande.
La reina de las campanas.
La Catedral de la Asunción.—La Escalera Roja.

A la mañana siguiente volvimos á entrar al Kremlín por la puerta del Salvador.

No habíamos podido visitar el dia anterior un convento de hombres, célebre por más de un título y que se levanta al lado del Palacio Nicolás: el convento de los Milagros.

Allá por el año de mil trescientos sesenta y tantos, la mujer del Khan de los tártaros Djani-Bek, se moría, sin que ni los sabios, ni los hechiceros, ni los que poseían los secretos de las plantas, pudiesen, no ya curarla, pero ni aliviar siquiera los dolores que atormentaban noche y día á la pobre mujer.

Desesperado el Khan de recurrir á lo humano, quiso encomendar la curación á lo divino, y para eso nadie mejor que San Alexis, cuyas virtudes eran admiradas por todos y cuyos milagros á todos asombraban.

Ocurrió el Santo al llamamiento del Khan, detúvose junto á la enferma que ya agonizaba, extendió sobre ella las manos y pidió al Dios Todopoderoso que devolviera la salud á aquel pobre cuerpo extenua-

do por el sufrimiento, y la tranquilidad á aquellas almas conturbadas por la desesperación.

Y el milagro se hizo. La enferma, arrancada del sepulcro por la piadosa intervención de San Alexis, volvió á la vida, y el Khan, agradecido, regaló al Santo el terreno donde hoy se eleva el Convento fundado por él. Los rusos le llaman el convento Tchudoff.

En distintas ocasiones las llamas hicieron presa del sagrado recinto, pero otras tantas lo reconstruyó la piedad de los Tzares, hasta que en 1771 vino á ser la residencia de los Metropolitanos de Moscow.

En ese convento vivió retirado del mundo y entregado á sus recuerdos y á la oración el Tzar Vassily Chonisky, después de su abdicación el 17 de Julio de 1610; en él vivió un monge que se llamaba Gregorio y que después pretendió el trono de Rusia asegurando que era Dimitry; allí el patriarca Nikón, que llegó á dominar de tal modo al Tzar Alexis Mikhailovitch, que nada se hacía en el Imperio sin su conocimiento ni su consentimiento, fué depuesto del patriarcado en 1666 por un concilio en el que la nobleza celosa del poder de Nikón influyó con ese objeto, y por último, allí fueron bautizados los hijos de Iván el Terrible, El Tzar Alexis, Pedro el Grande y Alejandro II.

Formando parte del mismo convento está la iglesia de San Alexis construida en 1483, y á la izquierda, delante del iconostasis, bajo una arcada que se abre en el muro, se ve un sarcófago de plata que encierra las milagrosas reliquias del Santo.

Se guarda como un recuerdo de él, en el tesoro de la iglesia, el evangelio que escribió.

A la entrada del convento me detuve largo rato frente á un cuadro que llamó mi atención, no por su valor artístico, porque no tiene ninguno, sino por los recuerdos que evocó en mí de la lejana patria, y por las melancólicas reflexiones que aquellos recuerdos me inspiraron.

Es un cuadro de esos hechos con tiras de papel paralelas y que tienen tres imágenes; el del convento de los Milagros, visto por la derecha representa al Eterno Padre, por la izquierda á Cristo, y de frente al Espíritu Santo.

El que yo ví en México en la casa de uno de mis hermanos, pocos días antes de mi partida, representaba de un lado á Maceo, del otro á Máximo Gómez y en medio á la Libertad.

¡Pobre religión y pobre Cuba, caídas las dos en manos de fariseos!

Atrajo nuestra atención al salir, la dorada cúpula del campanario de Juan el Grande; hermosa torre de 97 metros de altura y cuyos cuatro primeros pisos son octógonos y redondo el último.

Dos cosas hay en él que no son las mismas que existían en 1812; la cruz dorada de la cúpula, que remplazó á otra que los franceses creyeron que era de oro y que arrancaron del lugar en donde estaba desde 1600, y la gran campana de la Ascensión, que fué hecha con los restos de otras muchas que queda-

ron sepultadas bajo los escombros que produjo el incendio de 1812.

Esa campana se toca sólo doce veces por año.

Pero más curiosa que esta campana que suena tan pocas veces, es una que se encuentra al pie del campanario y que no ha sonado nunca ni sonará jamás.

Se llama «la reina de las campanas» (Tzar-Kolokol) y no hay otra igual en el mundo. Pesa 201,924 klg., tiene de altura 7 metros 9 centímetros y 20 metros de circunferencia en su reborde inferior.

En 1735 la hizo fundir la emperatriz Ana, y estando aun en el molde, un incendio la envolvió en 1737.

La violencia del fuego no pudo fundir aquella mole de bronce que tiene en su parte inferior un espesor de 56 centímetros, pero la rajó arrancándole un pedazo.

Este pedazo tiene una altura de dos metros y pesa la friolera de 11,000 kilos.

Cien años estuvo la campana en el lugar en que fué construida, hasta que en 1836, y por disposición de Nicolás I, fué colocada en el sitio que hoy ocupa, sobre un zócalo de granito.

No lejos de ahí, en medio del Kremlín, reconstruida por un artista boloñés, Fioraventi, alzando magestuosa entre cuatro cúpulas una colosal, que se eleva á 42 metros de altura, y orgullosa del puesto que ha ocupado y ocupará en la historia del Imperio, se yergue severa é imponente la catedral de la Asunción.

Afuera y adentro todo un pueblo de santos se adosa á los muros ó se reclina en los pilares, y las imágenes del interior, mal iluminadas por una dudosa claridad que cae de lo alto filtrándose por las estrechas ventanas, parecen agitarse en sus nichos como si, cansadas de la actitud que desde hace siglos guardan, quisieran cambiar de postura para encontrar alivio á su fatiga.

En los pilares, sobre fondo de oro, se ven pintados monges, caballeros que se baten y ángeles que estienden las alas. Por todas partes se ven dorados artísticos y por donde quiera imágenes cuajadas de piedras preciosas.

Están enterrados allí los antiguos patriarcas rusos y hay una cantidad incontable de reliquias de santos. En una caja de oro se encuentran, según me dijeron, el sudario y el vestido de la Virgen y un clavo de la verdadera cruz, regalo éste hecho al Tzar Gre-

gorio en 1686 no sé por quién, y enviados aquellos sesenta años antes por Abbas, Schah de Persia, á Miguel Teodorovitch.

Se venera también la «Virgen de Vladimir», imágen atribuida á San Lucas, y hay que convenir, si eso es cierto, que si como Evangelista San Lucas era bueno, como pintor era malo. La imagen fué trasladada de Jerusalen á Constantinopla en el siglo V, pasó después á Kiev y fué llevada á Vladimir en 1158.

Doscientos años después, Timour, Khan de los Tártaros, avanzaba sobre Moscow en son de guerra, y la imagen fué llevada al Kremlín para protejer la ciudad contra la invasión del temido monarca. Desde entonces está ahí.

En esa catedral se corona á los Tzares. Entre los pilares que sostienen la gran nave se ve el sitio que ocupa el trono en esa ceremonia.

Los emperadores entran por una puerta, al través de cuyos cristales puede contemplarse la Escalera Roja ó Escalera de los Leones, por la que pasan del palacio á la catedral y por la que regresan después de haber sido coronados y consagrados con el óleo que reciben en la frente, en los párpados, en la nariz, en los oídos, en los labios, en el pecho y en las manos.

La Escalera de los Leones se llama así, porque hay unos leones de mármol en el descanso, y se llama «*roja*» también, quizá por la sangre que en ella se ha derramado.

En 1682, á la muerte del Tzar Alexis, quedaron huérfanos de él cinco hijas y dos hijos. De las pri-

meras, la Tzarevna Sofía, que tenía veinticinco años, es la única que ha dejado un recuerdo en la historia; de los hijos, sólo Pedro es el que vivirá en ella eternamente.

Sofía é Iván eran hijos de la misma madre: Pedro el Grande era fruto del segundo matrimonio del Tzar Alexis, y todos, hasta el mismo Pedro, dudaban de que fuera hijo de él. En nada se parecía este coloso á sus hermanos Fedor é Iván, raquíticos y enfermizos. Cuando Alexis se casó con Natalia, era ya viejo, estaba enfermo y destituído de vigor. ¿Podía él haber engendrado á aquel mocetón lleno de vida y de músculos de acero?

Se decía que el médico alemán que asistió á Natalia substituyó á la «hija» de esta y de Alexis, pobre criatura endeble y moribunda, con su hijo varón robusto y sano.

Otros aseguraban que el padre era Tihone Nikititch, cortesano de humilde origen que se vió elevado á los más encumbrados puestos por caprichos de la suerte.

Cierta vez Pedro, que había bebido demasiado en una comida de amigos, gritó señalando á Ivan Moussine-Pouchkine, hijo natural de Alexis.

—Este, sabe al menos que es hijo *de mi* padre; pero yó ¿de quién lo soy? ¿es de tí, Tihone? Habla ó te estrangulo. ¡Habla!

—*Batiouchka* (padrecito)—respondió temblando Tihone—¡gracia! No sé que responderte. . . . .¡Yo no era el único!

El heredero del trono era por derecho Iván, hijo de la Milolaoski. Tenía quince años, pero estaba enfermo, casi ciego y completamente idiota.

La nobleza se pronunció en favor del hijo de Natalia Narychkine y, después de la aparición de improvisados electores en la Escalera Roja, ante una multitud que llenaba la plaza atraída por el rumor, que se había hecho circular, de que se preparaban grandes acontecimientos entre la familia real y los nobles, se lanzó un ¡hurra! por Pedro I; el nombre resonó en los oídos de la muchedumbre, lo repitieron mil labios y se le aclamó por Tzar.

Del infeliz Iván no se habló siquiera. ¡El Tzar Pedro tenía cinco años de edad!

Pero la Tzarevna Sofía quería reinar y los Miloslao ki ansiaban que reinara.

Volvieron los ojos en torno buscando una arma y la hallaron en los Streltsy.

El tío de la Tzarevna, Iván Miloslaoski, el mismo cuyo cadáver hemos visto desenterrar muchos años después y destrozar en un patíbulo por orden de Pedro el Grande, se introduce entre las masas, reune á los Streltsy, esparce la voz de que los parientes de la Tzarevna Natalia, los Narychkine, han envenenado á Fedor, heredero de Alexis, y maltratan á Iván. Les insinúa la idea de que uno de ellos quiere usurpar el trono, aun cuando para conseguirlo tenga que suprimir á Iván y á Pedro, y pide por último venganza en nombre de las víctimas.

La agitación y el descontento cunden, y el 15 de Mayo de 1862 el Kremlín se ve sitiado por veinte regimientos.

Aquellos hombres están ebrios de alcohol y quieren sangre. .

Creen ó fingen creer que Iván y Pedro han sido asesinados.—¡Muerte á los asesinos!—gritan enfurecidos y se aprestan á vengar á las pretendidas víctimas.

En vano desde lo alto de la Escalera Roja se les muestra al Tzar Pedro y al Tzarevitch Iván, no quieren reconocerlos.

Dolgoruki desciende algunos escalones y procura hablarles para calmarlos; los más atrevidos suben á su vez mientras Dolgoruki baja, se apoderan de él, lo levantan sobre sus cabezas y lo arrojan al vacío.

La sangre ha empezado á correr y la locura estalla por fin furiosa y tremebunda.

La matanza duró tres días.

Sólo en las gradas de la Escalera Roja, el pueblo asesinó á Matvieiff, consejero de Natalia, á tres de sus parientes y á cerca de setenta de sus partidarios.

El resultado fué el que esperaban los Miloslaoski.

Pedro quedó primero como Tzar titular, pero Sofía se hizo cargo de la regencia. Los Streltsy, que habían recibido diez rublos por cabeza para indemnizarlos del tiempo que habían perdido matando Narychkines, se presentaron ante el Kremlín el 23 de

Mayo pidiendo que se asociara al Tzarevitch Ivan á la Soberanía.

Iván Miloslaoski, Hivanskig y Calitsine (amante de Sofía) impulsan á la nobleza á ceder á las exigencias de los Streltsy y, al fin, después de dos simulacros de asambleas electorales, en la primera de las cuales se resolvió la asociación en el mando, y en la segunda la primacía de Iván sobre Pedro, Sofía se adueñó del poder.

El 29 de Mayo fué declarada regente.

Cuando Pedro el Grande volvió, después de muchos años, á pisar consagrado y coronado yá, los peldaños de la Escalera Roja, la sangre de los suyos clamó bajo sus plantas, y al grito aquel que demandaba venganza, contestó el Tzar destruyendo de un golpe á los Streltsy, que fueron el arma poderosa, y á Sofía, que fué la mano que la esgrimió.

CAPITULO XIV.

El Gran Palacio del Kremlín.

Si dificultades tuvimos en San Petersburgo para visitar el Palacio de Invierno, mayores fueron las que encontramos en Moscow para que nos permitieran pasear el Palacio del Kremlín.

Ya nos había prevenido Leman desde que salimos del hotel que, con motivo de no sé qué procesión que vimos desfilar á lo lejos, se temía algún movimiento popular.

En efecto, las guardias se habían doblado en las calles, de cuando en cuando se veían pasar cuatro ó seis cosacos al rápido trote de sus caballos pequeños y nerviosos, y á cada instante tropezábamos con individuos cuyas maneras cautelosas revelaban desde luego que pertenecían á la policía reservada.

Necesitábamos dinero y nos dirigimos á buscarlo al Banco del Norte.

Aquello no era un banco, era una caserna.

En cada uno de sus departamentos había dos soldados, rifle en mano, recorriendo en opuestos sentidos el salón, y en cada puerta un centinela. Se suplicaba á todo el mundo que entrara con las manos fuera de los bolsillos, y el que no atendía el ruego era seguido de cerca por un vigilante, pronto á lanzarse sobre él al primer movimiento sospechoso.

Hacía tres ó cuatro días que media docena de terroristas audaces se habían introducido al Banco en pleno día, obligado á los empleados y al público á alzar en alto los brazos, y mientras unos los amenazaban con revólveres, los otros se habían apoderado de una fuerte cantidad.

Ninguno se atrevió á salir detrás de ellos para pedir auxilio, temerosos de que una bomba estallara en los primeros salones á raíz de la partida de aquellos bandoleros, y cuando al fin, pasada la primera impresión de pánico, se resolvieron á llamar en su socorro ya los bandidos habían desaparecido.

Desde entonces el Banco se había convertido en cuartel.

Cuando llegamos al Palacio del Kremlín tuvimos que enseñar nuestros pasaportes, contestar á un largo interrogatorio y esperar media hora la decisión.

Al fin pudimos entrar, pero sin permiso para ver las habitaciones privadas del Tzar.

Se nos despojó de nuestros abrigos antes de poner un pié en la escalera, por más que hacía frío y que no estaban calentados los salones que íbamos á recorrer, porque se temía que pudiéramos ocultar bajo el sobretodo una bomba, y estoy seguro de que si hubieran podido quitarnos también la camisa lo habrían hecho.

Esta precaución se toma con todos aquellos á quienes se hace la gracia de permitirles visitar edificios del gobierno, y estuvimos poniéndonos y quitándo-

nos el gabán incesantemente, durante todo el tiempo que permanecimos en Rusia.

El aspecto del Palacio contristó mi ánimo.

Reinaba en todo él una profunda tristeza.

Se habían quitado, ignoro por qué, las alfombras y tapicerías; se descolgaban de las paredes los platos de oro repujado y los soberbios espejos; los objetos de arte desaparecían en brazos de los sirvientes y todo se presentaba desnudo y frío ante los ojos.

Al pasar por un largo corredor al que dan ventanas y puertas de las habitaciones reservadas á la corte, pudimos ver el interior de algunas de ellas.

El mismo aspecto de mudanza.

Había en medio de un gran salón, que se nos dijo era el en que los soberanos reciben privadamente, varios baules mundos, grandes cajones y algunos juguetes de niños por el suelo.

Parecía que los que habitaban ahí, se habían visto obligados á emprender precipitadamente un viaje del que tal vez no volverían.

¡Y en efecto! ¿Podrán volver alguna vez á su hermoso palacio de Moscow los actuales Monarcas? ¿Querrá recibirlos con palmas y gritos de alegría su pueblo, ese pueblo que no ignora que á sus hermanos de San Petersburgo, cuando fueron á pedirles pan, les contestaron con balas?

Vimos la gran sala en que los Tzares reciben los primeros homenajes de la corte después de la coronación; vimos el balcón desde donde la Tzarina y sus damas presencian la ceremonia, porque las mujeres

no pueden descender al salón mientras ella dura; vimos en el palacio de las Facetas el comedor donde el monarca celebra su primer banquete, sala enorme, abovedada, teniendo en el centro un pilar cuadrado que parece sostener la bóveda.

¿Irá algún día el hijo de Nicolás II á recibir los homenajes de la nobleza al sitio en que los recibió su padre? ¿Presenciará alguna otra Tzarina, conmovida y orgullosa, la imponente ceremonia? ¿Repercutirán en la bóveda del sombrío comedor los brindis de los embajadores extranjeros, felicitando en nombre de sus naciones al Tzar Alexis por su advenimiento al trono?

¡Yo no sé si alguna vez, cuando empezaban á sentirse los primeros movimientos de la actual revolución, se haría esas preguntas Nicolás II al recorrer su palacio del Kremlín; pero ahora que está tan lejos de él, ahora que debe recordarlo como se recuerda enmedio de una noche de tempestad el sol alegre de los bellos días, ha de sentir tal vez que el llanto que hierve en su corazón sube á sus ojos, y ha de extender aterrorizado los brazos para rechazar, para apartar de sí, la imagen del formidable signo de interrogación en el que se encierra el porvenir de su raza! . . . . .

Pocos momentos después ponía yo el pié en lo alto de una torrecilla del Belvedere desde la que se domina Moscow, en el mismo sitio en que en 1812 Napoleón puso el suyo y contempló mudo, sombrío y con los brazos cruzados el incendio del Kremlín.

¡El sol de aquel hombre extraordinario había llegado á su zenit y empezaba su rápido descenso hacia el poniente!

Hay otro sitio en Moscow, desde el que se ve toda la ciudad extendiéndose hasta perderse en el horizonte.

Está en la «Montaña de los Moineaux.»

Allí también estuvo Napoleón cuando entraba seguido de un ejército poderoso y temible.

Desde allí acarició con los ojos aquella ciudad que miraba ya como suya, sin sentir que bajo sus pies crujía y se bamboleaba el pedestal de sus triunfos.

De la montaña de los Moineaux á la torre del Belvedere no hay gran distancia. ¡Siempre están cerca de los Capitolios las Tarpeyas!

PLAZA IMPERIAL DEL KREMLIN.

***

Pasando frente al Arsenal, á lo largo de cuyo muro hay colocados unos sobre otros innumerables cañones tomados á los franceses, salimos del Kremlín por la puerta Troitskiia.

Unos veinte metros antes de llegar á ella, enmedio del arroyo, se eleva un pequeño monumento, humilde, rodeado de una verja no muy alta, ante el cual ardía una lamparilla, y en cuya base deshojaban sus flores marchitas algunas coronas.

En ese mismo sitio, pocos meses antes, había sido hecho pedazos por una bomba el Gran Duque Sergio.

El palacio en que habitó y del que acababa de salir cuando fué asesinado se encuentra á muy poca distancia.

¡Que Dios haya perdonado al muerto de cuya deslumbrante grandeza queda sólo la luz mezquina de esa lámpara! ¡Que Dios perdone á los vivos que no piensan en la muerte!

CAPITULO XV.

La casa de los Romanoff.—El Castillo de Petrovsky. Las ruinas de Preobrajenskoie.

Después de recorrer durante algunos días iglesias y conventos, museos y tesoros, y de haber admirado entre los últimos, el del Palacio de las Armaduras que encierra incalculables riquezas, sobre todo en el salón en donde se encuentran los tronos, coronas, cetros y joyas de los Tzares, nos preparamos á partir para Varsovia.

Tres sitios había dejado para visitar en último término: la casa de los boyardos Romanoff, el Castillo Petrowsky, y las ruinas de la Preobrajenskoie.

En la primera vivieron los ascendientes de los Tzares; en el segundo se detuvieron, y se detuvo el actual, antes de entrar á la Ciudad Santa para ser coronados; y en las últimas, los ensangrentados fantasmas de innumerables obreros flotan entre escombros aun humeantes, y tienden el rígido brazo señalando con dedo inflexible el palacio imperial de Tzarskoi-Cœlo.

Había, pues, dejado para lo último, la cuna de los Tzares, el lugar de su apogeo y la tumba, tal vez, de la autocracia reinante.

***

Junto á un convento, el de la Aparición de la Virgen, se ve una casa pequeña, su fachada sin carácter no llega ni á 20 metros de largo, es de un solo piso, con exiguas ventanas de vidrios emplomados y con una puerta estrecha y baja. La casa forma esquina.

En el zaguán había colgado un cartelillo que Leman tradujo:

«Cerrada al público por causa de reparación.»

—¡Mentira!—me dijo Leman—yo conozco al conserje, vamos á verlo.

Volvimos la esquina que desciende en pendiente rápida y llamamos á una puerta que sólo se abrió cuando, después de observar por un ventanillo, reconoció el que eso hacía á nuestro intérprete.

Penetramos á un patio no muy grande y nos encontramos frente á una casa de cuatro pisos.

Tan empinada es la cuesta de la callecilla, que bastan pocos metros de descenso para darle á un edificio tres pisos más.

Leman habló con un hombre; el hombre puso reparos, intervino una mujer; la mujer discutió con Leman; Leman, la mujer y el hombre nos miraron y, después de diez minutos de conversación acalorada, nos hicieron seña de que podíamos avanzar.

Por una estrecha escalera penetramos á la antigua mansión de los Boyardos.

Apenas habíamos puesto el pié en el angosto vestíbulo, el hombre se volvió y habló de nuevo con el intérprete.

Este nos dijo:

—Hay expresa prohibición de que se deje á nadie visitar la casa, porque temen que los terroristas la quieran destruir con una bomba. Esa es la reparación. Ya convencí á este individuo de que todo podemos ser menos nihilistas, lo convencí ofreciéndole cinco rublos, pero me suplica que les diga á ustedes que á nadie cuenten que han visitado la casa porque le costaría el empleo.

Con ademanes y con ¡ohs! y ¡ahs! sonoros, tranquilizamos á aquel fidelísimo acatador de las órdenes superiores y empezamos la visita.

O los Romanoff eran muy bajos, lo que no creo, á juzgar por un par de botas que ví de Miguel Teodorovitch, en una de las cuales podía yo caber cómodamente, ó por penitencia se habían impuesto la obligación de caminar en cuatro pies siempre que cruzaban por una puerta, porque estas son de una altura tal, que sólo un niño de ocho años puede pasar por ellas sin inclinarse.

Las escaleras son tan angostas que si una persona sube y otra baja al mismo tiempo, una de las dos tiene que retroceder para darle paso á la otra.

Las habitaciones, pequeñas, reciben la luz de ventanillas hechas con cuadrados de vidrio, sostenidos con varillas de plomo, y que medirán un palmo cuando mucho cada uno de ellos.

En esa casa, en el siglo XVI, vivió el Patriarca Philarete, padre del Tzar Miguel Teodorovitch Romanoff, primero de su estirpe y que nació en ella.

De ese nido pequeño, salieron las águilas bicéfalas que dominan casi un mundo, y la conservación de ese nido se debe al cariño filial del Tzar Alejandro II.

***

De allí nos dirigimos, atravesando la ciudad toda, al Castillo Petrovsky que queda extramuros de Moscow.

Más que el castillo mismo, sobrio y sencillo en su arquitectura y en su menaje, que consiste en muebles de caoba de estilo severo y sin pretensión: más que los recuerdos que encierra por haber visto desfilar por sus salones á todos los Tzares, y al hombre más grande y ambicioso de su siglo, á Napoleón I, me llevaba ahí el deseo de contemplar, desde el sitio en que Nicolás II la contempló, esa llanura inmensa que ante el castillo se extiende y en la que el día de la coronación murieron cerca de dos mil personas.

Mudos permanecimos frente al teatro de tan horrible hecatombe.

Aquel día, el 18 de Mayo de 1896, el Tzar, joven, animado quizás de los mejores deseos, ansioso de demostrarle su amor al pueblo que lo aclamaba, le daba cita frente á su palacio, sin imaginarse que muchas de aquellas bocas, de las que se escapaban risas

y gritos de entusiasmo y alegría, iban á enmudecer muy pronto para siempre.

¡Pobre reinado aquel, que bajo tan malos auspicios se inaugura; pobre y vacilante trono el que se alza sobre muertos!

¡Así se alzó el de Luis XVI y de María Antonieta!

¡Y si al menos esa hubiera sido la única sangre derramada!

Era inocente el Tzar de esa tragedia.

Él había llamado á sí á los que lo amaban, y había querido dejarles un recuerdo de su amor hacia ellos.

¡Pero después! . . . Existe un barrio en Moscow que se llama Preobrajenskoie, un barrio de obreros; hay ahí grandes fábricas.

Un drama sangriento acababa de representarse en él.

En la lucha del trabajador contra el capitalista, una huelga había estallado.

La fuerza pública tomó parte en la contienda y resultaron muertos algunos obreros.

Sus hermanos hicieron volar una fábrica y se refugiaron en sus casas, en esas casas en las que viven centenares de individuos, y en las que duermen á veces más de doce en una cámara.

Los vecinos se armaron para defenderse y para defender á los que la policía buscaba.

El General Minn previno á los obreros que si no entregaban á los revoltosos reduciría á escombros la manzana.

Los obreros no entregaron á los suyos y el general cumplió su amenaza.

¡Aterrorizaba ver el estrago que los cañones hicieron!

Los escombros de las casas se amontonaban formando montículos; los lienzos de pared desplomados, amenazaban caer en el abismo, y las puertas y ventanas hechas trizas, parecían enormes bocas abiertas por gritos de congoja y como implorando al cielo en su angustioso terror.

El que nos relataba lo que había acontecido, lo hacia con una voz ahogada. ¡Quién sabe! ¡tal vez su padre, su hermano, alguno de su familia había muerto ahí!

Era un infeliz que nos hacía la historia con la esperanza de recibir en cambio algunos kópecs.

Nos contó que los cadáveres habían sido transportados á las fosas gigantescas donde se les sepultó, en grandes carros, amontonados hombres, mujeres y niños, en medio del fúnebre silencio de los demás habitantes del barrio, bajo una lluvia fría y persistente, y envueltos, como en un sudario, por la bruma.

Cuando Leman, por indicación nuestra, le preguntó á qué número habían llegado los muertos, se encogió de hombros y contestó:

—¿Quién lo sabe? Los carros fueron muchos, iban llenos hasta no poder contener más, y no acabaron en un día!

El autor de aquella catástrofe, el general Minn, no existía ya cuando aterrorizados contemplábamos su

obra. Había sido muerto por una joven que le dió un balazo poco tiempo después de aquel terrible escarmiento.

Estábamos en Varsovia cuando supimos que la joven que asesinó al general Minn había sido ahorcada.

¡Paz á los muertos!

CAPITULO XVI.

Varsovia.

Cuando el año de 1794 los rusos se apoderaron del barrio de Praga y dos días después de Varsovia, el General Suvaroff envió á la Emperatriz, el siguiente lacónico parte.

—«¡Hurra! ¡Praga!—Suvaroff.» El que fué contestado con este no menos lacónico y expresivo.

—«¡Bravo! ¡Feld Mariscal!—Catalina.»

La estación «Varsovia-Brest» á la que arriban los trenes que llegan de Moscow, está situada en Praga, y cuando pusimos el pié en ella, recordando la anécdota, le dije á un viejo militar ruso, que con nosotros había hecho el viaje desde la Ciudad Santa, las mismas frases de Suvaroff.

—¡Hum! – me contestó retorciéndose el bigote gris, —si viene usted armado haga lo que yo, y si no, ordene á su cochero que venga cerca del mío.

Y así diciendo, sacó el revólver y lo conservó en la mano.

Después supe que, en aquellos días al menos, el barrio más inseguro de Varsovia era Praga, y que rara era la noche que los pasajeros no se vieran asaltados y robados al dirigirse al centro de la ciudad.

Serian las siete de la tarde, la noche empezaba á entrar; aun se veían en el poniente las últimas incier-

tas luces del crepúsculo, y sin embargo, no había un solo establecimiento que estuviera abierto en aquellos sitios.

Todo parecía desierto; todo estaba silencioso, y si no hubiera sido por el estrépito momentáneo de los carruajes de alquiler que al gran trote de los caballos desfilaban con rumbo á Varsovia, se hubiera uno creído transportado á una ciudad sin habitantes.

Numerosas patrullas de Cosacos cruzaban á lo lejos, brillaban entre las nacientes sombras las luces de los puestos de guardia en las fortificaciones, y sólo, á parte de los ¡ohé! de los cocheros, llegaban á nosotros esos silbidos siniestros que salen no se sabe de dónde, en los lugares frecuentados por vagabundos ó bandidos.

Leman, que estaba á mi lado, había entrado en muda y volvía incesantemente en todas direcciones sus ojillos azules y vivos; pegado á la trasera de nuestro coche iba el en que habían tomado asiento mi cuñado y Truan, que tampoco hablaban, y yo dirigía á cada momento miradas de tierna simpatía al revólver del militar ruso, quien había ordenado á nuestros cocheros que no se separaran de su carruaje.

Todos teníamos el espíritu oprimido por ese indefinible malestar que se experimenta cuando se sabe que un peligro real nos amenaza, y se ignora por dónde y cuándo llegará, y todos, hasta el ruso, lanzamos un ¡uf! de verdadero alivio, cuando bajo los cascos de los caballos resonó el piso del puente Alejandro espléndidamente iluminado ya.

—¡Hurra! ¡El Puente Alejandro!—le grité al ruso.

—¡Bravo! ¡Buenas noches!—me contestó, y hablando á su cochero, que azuzó al tiro, desapareció rápidamente á lo lejos.

No volvimos á verlo más.

***

Aquella travesía por el barrio de Praga, visto, ó por mejor decir, adivinado entre la bruma de la tarde, despertó en mis recuerdos la terrible noche en que Polonia desapareció de entre las naciones libres, y desmembrada y chorreando sangre fué á aumentar los dominios del Rey de los Prusianos, del Emperador de Austria y de la Tzarina de Rusia.

La frase que evoqué de Suvaroff—¡Hurra! ¡Praga!—tuvo en mi memoria una resonancia fatídica, convirtiéndose en aquel «Divertíos, hijos míos («*Paulaytie rabiata*») con que animó á sus cosacos á la matanza después de la derrota de los ejércitos polacos.

Dice un autor al referir los horrores que precedieron á la toma de Praga.

«Para escapar de la furia de los rusos, las mujeres «se arrojaban en el Vístula, levantando sobre sus ca«bezas á sus hijos; pero las lanzas de los cosacos y las «balas de los rusos no tardaron en enrojecer el río con «la sangre de aquellas víctimas inocentes. Muchos an«cianos, mujeres y niños, se habían refugiado en la «iglesia de los Bernardos como en un asilo sagrado, y «los sacerdotes se colocaron en la puerta del templo

«con la cruz en la mano y entonando un cántico de «misericordia: mas apenas uno de ellos había tenido «tiempo de gritar á la soldadesca que se disponía á pe«netrar en la iglesia—¡Deteneos, cristianos, ante la cruz «del Salvador!—cuando cayó herido de muerte por el «hierro de los bárbaros . . . Los altares fueron inun«dados de sangre inocente y las doncellas fueron víc«timas de la infamia antes de ser degolladas . . . y «por último, la matanza no cesó hasta que perecieron «todos los habitantes de Praga. ¡Veinte mil personas «fueron asesinadas por las hordas del terrible Suvaroff»

Las mismas hordas que á fines del siglo XVIII devastaron aquel sitio, parecían acampar allí mismo al principiar el siglo XX.

La sombra de Suvaroff se agitaba ante nosotros.

Porque debe saberse, que los que más depredaciones cometen con los habitantes de Praga y con los viajeros, son los cosacos de Nicolás II.

***

Las calles de Varsovia, amplias y hermosas, ofrecían, si no el mismo aspecto tétrico y amenazador de las de Praga, sí cuando menos la misma desolación.

Todas las casas de comercio estaban cerradas, no había luz en los balcones, y los raros transeuntes caminaban de prisa como si les faltara tiempo para llegar á hora fija á alguna parte.

A cada instante tropezábamos con grupos de sol-

dados de á pie ó de á caballo que en todas direcciones recorrían las calles, y el monótono golpear de las herraduras y el acompasado marchar de los infantes sonaba lúgubremente en los oídos.

Ahí sí se sentía la revolución, ahí sí se palpaba el estado de sitio en que se había declarado á la ciudad.

El Hotel de Europa, donde nos alojamos, tiene una hermosísima puerta, y á los lados de esta dos pequeñas entradas.

Nunca ví abierta la entrada principal, y de las secundarias sólo una de ellas lo estaba.

Cuando le manifesté al encargado del hotel mi extrañeza me contestó:

—En estos tiempos que corren hay que vivir prevenidos. Es muy difícil cerrar en un momento dado la gran puerta, y le aseguro á usted que, desde hace meses, estamos constantemente cerrando la pequeña.

—Pero ahora hay calma.

El hombre me miró y luego me dijo con acento triste.

—Oiga usted, señor, aun cuando sea contra mis intereses me voy á permitir darle un consejo. Tan pronto como haya terminado el negocio que lo trajo, váyase de aquí.

—Pero es que no viajo por negocio, sino por placer.

—¡Ah! en ese caso, márchese usted esta noche y no se vaya por Praga.

Le agradecí el consejo, pero me quedé en Varsovia cinco días.

CAPITULO XVII.

El hambre.—El Castillo Real y el Castillo Lazienski.—Villa-nueva.—Los judíos.

Como acuden las moscas á un pastel, así acuden, cercan, embisten y devoran los pordioseros de Varsovia á los transeuntes.

Ni en San Petersburgo donde hay muchos mendigos, ni en Moscow donde hay más, ni en parte alguna del mundo, creo que exista el número de desvalidos que hay en la capital de la Polonia.

Se estacionan en las entradas de los hoteles, y apenas se ha puesto el pie en la calle, cuando viejos, mujeres y niños, unos cojos, otros ciegos, otros mancos, arrastrándose el de allá, con baile de San Vito éste, y sobre zancos aquél, se arrojan sobre su presa y no la sueltan.

No se conforman con tender la mano, no, sino que le toman á uno la suya; si se echa á andar ellos andan, y durante calles y calles se escucha sin cesar el coro plañidero pidiendo el kopec para pan; si cruzando rápidamente entre la nube de mosquitos humanos, se sube á un coche y se le grita al cochero que arrée, todos corren detrás hasta perder el aliento, y cuando, porque se han ido quedando en el camino, cree uno que ya está libre, y se enjuga el sudor de la frente y desarruga el ceño, oye de improviso á sus espaldas

una voz quejumbrosa, y ve extenderse una mano sobre la capota bajada de la victoria. Es alguno que agarrado como un mono á la parte de atrás del carruaje, ha seguido al que se fuga demostrándole así su firme resolución de no cejar.

Y hay que darles, porque ¡se ve tal miseria en sus vestidos; está el hambre pintada en sus rostros con tan horribles caracteres; se siente de tal manera en sus miradas y en la entonación de su voz, la urgente necesidad que tienen de ser socorridos, que no es posible verlos y oirlos sin darles algo!

A mí, que me gusta cuando viajo recorrer á pié las calles de la ciudad que visito y que sólo tomo coche en casos de urgente necesidad, no me dejaban vida ni descanso ni dinero aquellas langostas polacas.

Con un respetable cortejo de ellas llegué al Castillo Real, sin que para ahuyentarlas bastaran ni los chillidos de Leman, ni los gruñidos de Truan, ni la impasibilidad de mi cuñado, ni las miradas de desesperación que yo lanzaba á las alturas demandando el auxilio celestial.

Y cuando al fin penetramos en el inmenso patio del Castillo, cuando creí que empezaba para nosotros la vida y dulzura después de los gemidos y del llanto, nos dijeron que por orden superior se prohibía visitar el interior, y nos indicaron que podiamos retirarnos, no con nuestros honores, sino con nuestros mendigos.

¡Cómo! ¿Tener que renunciar á la ilusión que tenía de visitar aquella residencia de los duques de Mazo-

via; de los Segismundos y Ladislaos; de los Sobieski y de los Poniatowski? ¡Imposible!

—¡Pues yo no salgo de aquí aun cuando me fusilen!—le declaré á Leman y saqué tranquilamente un puro.

—Ofrezca usted otro á ese oficial que nos ha hablado—me contestó rápidamente, y se acercó á él con la más melosa de sus sonrisas,

El oficial tomó el puro y empezó á humanizarse. Leman fué á hablarle no sé á quién, volvió y nos pidió nuestros pasaportes, desapareció de nuevo y regresó al fin con el bendito permiso.

Recorrimos aquellos grandes salones, llenos en otros tiempos de objetos ricos y artísticos y hoy desnudos; vimos en la sala del trono en lugar de los retratos de los reyes Polacos los del Tzar actual y de la Tzarina de Rusia, nos asomamos á la inmensa terraza desde la que se domina toda Varsovia y en la cual en días mejores para la triste Polonia, sus señores legítimos se asomaban y recibían las aclamaciones de su pueblo, libre entonces y feliz.

De aquella época sólo el recuerdo guardan los corazones de los súbditos del Monarca Moscovita, pero arraigado de tal modo, que ni la muerte, ni lo que es aun peor, la esclavitud en que viven, se los ha podido ni se los podrá arrancar.

Un abismo separa al ruso del polaco, y hay en el ser entero de este último, en las graves fisonomías de los hombres, en los altivos y hermosos rostros de las mujeres y hasta en el ademán mismo de los judios,

tan enérgica manifestación de muda protesta contra el yugo que los oprime, que inspira más que una noble piedad, una profunda y respetuosa admiración.

Véase si no, en estas dos brevísimas cartas, cuál era en 1865 el espíritu de la política rusa y cuál el indomable y firme carácter de los altivos polacos.

La condesa Plater, que vivía en Varsovia, vió á sus dos hijos menores despojados de sus bienes, en virtud de lo dispuesto por la ley agraria que promulgó el gobierno moscovita en 1864.

Dirigió con tal motivo una reclamación al príncipe Tcherkaskoi que respondió así á la queja de la dama:

«Señora;

«Todo lo que hace el gobierno está bien hecho y «nadie tiene la facultad de criticar sus actos.

«Procurad educar bien á vuestros hijos, y espero que «aun les quedará con qué vivir.

«Tengo el honor, señora, etc.

Tcherkaskoi.»

La condesa contestó así:

«Libertad, igualdad y fraternidad, ciudadano ministro.

«En tiempos de comunismo como los que corren, «cada uno es libre de obrar como le parezca, y nadie «tiene el derecho de mezclarse en los asuntos de otros. «Soy madre y sé cómo debo educar á mis hijos, y

«cuanto hace una madre por sus hijos está bien he-
«cho.

«Salud.

La Condesa Plater.»

¡No era un hombre el que escribía esa carta, y la noble polaca no podía ignorar que la Siberia hacía entonces, como hace hoy, que enmudezcan muchas lenguas y que se rompan muchas plumas!

Desde aquella terraza vimos á nuestros pies el campo donde hacen sus ejercicios militares los cosacos.

Es admirable ver á aquellos hombres adheridos al caballo, como si el bruto y ellos formaran sólo un cuerpo, correr en todas direcciones, avanzar, retroceder, saltar obstáculos y zanjas, desaparecer algunas veces bajo el vientre del caballo, y de improviso, en medio de la más loca carrera, detenerse bruscamente como si hombre y bestia se hubieran convertido en estátuas y ya, después, no debieran volver á moverse más.

Contemplamos largo rato las evoluciones de los guardianes actuales del orden en Varsovia, de los humanitarios soldados que, á veces y por una inocente distracción, tienden en las calles más concurridas de la ciudad el rifle, y matan á cualquier transeunte con la misma tranquilidad con que se tragan su rancho.

Esto que refiero no es una exageración; no hace mucho tiempo que leí en un diario de París un tele-

grama relatando un caso, y el mismo día de nuestra visita al Castillo Real, y mientras nos dirijíamos al Palacio Lazienskí, uno de esos bárbaros se entretuvo en hacer que Truan mordiera el alma con los dientes, apuntándole con el rifle y sonriendo estúpidamente mientras ejecutaba su graciosísima maniobra.

La verdad es que, como ignorábamos de lo que eran capaces, y aún no se había dado el caso que relató después el diario francés, también nosotros nos reíamos de la cara que nuestro compañero ponía, mientras con toda seriedad nos preguntaba:

—¿Es en mí en quien hace blanco ese salvaje? ¡Vaya un gusto!

Por otra parte, esto no es nuevo. En 1863, cuando Murawieff gobernaba en Polonia, los agentes de la policía iban por las calles de Varsovia armados de carabinas y hacían fuego sobre los pacíficos transeuntes que caminaban un poco de prisa, bajo el pretexto estúpido de que eran conspiradores que trataban de escaparse.

Ya se vé, por esto, que la Rusia sabe guardar sus tradiciones y respetar sus costumbres.

Recuerdo que por esa misma época, el director general de la policía daba á sus agentes las instrucciones siguientes, que trajeron como consecuencia el que las calles de Varsovia y los barrios de Cracovia y Praga se vieran tan solitarios, de noche sobre todo, como los vimos nosotros:

1º «Arrestar el mayor número de personas posi-
« ble; los arrestos deben de ir acompañados de visi-

« tas domiciliarias; á toda persona que tenga papeles « con emblemas, cifras ó listas de nombres, debe en- « viársele á la ciudadela.»

2º «Arrestar á todos los eclesiásticos que se en- « cuentren con frecuencia en la calle; y no se les pon- « drá en libertad hasta que no prueben el objeto de « su excursión.»

3º «Arrestar á todas las personas que se encuen- « tren de noche en la calle.»

4º «*Arrestar á todas las personas que lleven gorras « de piel de cordero.*»

¿Sería porque Truan llevaba una gorra de esa piel por lo que el cosaco hacía blanco en su simpática cabeza?

¿Se habrían dado de nuevo por la dirección general de policía y por la Comandancia militar de la Plaza, iguales instrucciones á agentes y soldados en el año de gracia de 1906 á las que se dieron en el año no menos gracioso de 1864?

Sin duda. A mí, y eso que no soy clérigo, me exigieron mientras estuve en Varsovia mi pasaporte, lo menos diez veces al día, y estoy seguro de que si Truan no abandona su querida gorra tan pronto como le hize la observación de que por muy negra que fuera podía servir de blanco á alguna bala cosaca, estaría yo, en estos momentos, escribiendo su oración fúnebre, más bien que loando la imperturbable frialdadde la sangre inglesa y suiza que por sus venas circula.

***

SAN ALEJANDRO.—VARSOVIA.

Al Castillo Liezenski se llega después de haber atravesado el hermosísimo parque que lo rodea.

Tardó veinte años en construirlo Estanislao Poniatowski y, comprado después por Alejandro I, es actualmente una de las residencias del Emperador.

En una de sus salas, que se llama la sala de Salomón, se vé al rey Estanislao representado en la figura del Monarca Israelita, rodeado de su corte y ofreciendo sacrificios al Señor. La pintura es de Bacciarelli.

En un bonito gabinete, el gabinete verde, hay en las paredes una colección de retratos de las mujeres más bellas de la corte de ese rey, y yo pensaba con

tristeza contemplándolos, en lo efímero y fugaz de las mundanas glorias.

¡Cuántos corazones palpitarían de amor y de deseo á la vista de aquellos ojos grandes y expresivos, de aquellos labios húmedos y rojos, de aquellos cuerpos esbeltos como un junco!

¡Cuántas veces en aquellos mismos salones, en aquel mismo gabinete, esas mujeres verían rendidos á sus piés entre el bullicio y la alegría de alguna fiesta, el valor y la altivez de aquellos caballeros del galante rey Polaco!

¡Y ahora! . . . ¡Dispersos los huesos en tumbas ignoradas acaso, trocado en polvo cuanto fué grandeza y quedando nada más de ellos, las figuras que en el techo pintó Bacciarelli, vestidas de mogiganga, y de ellas, las efigies que adornan los muros de un gabinete, que enseña á la curiosidad de los viajeros la complacencia interesada y servil de un guardián ruso!

Las mismas ideas me asaltaron cuando visité después en el parque «El Teatro Natural», vasto hemiciclo de piedra entre cuyas grietas crece la yerba y se embarra el musgo aterciopelado; cuando contemplé lo que antes era foro, y entre sus rotas columnas en vez de guirnaldas de flores, ví flotar al viento de la mañana la hiedra entre los escombros, mientras que adheridas á los capiteles se combaban al sol las lagartijas.

No fué menos penosa la impresión que me produjo el Castillo de Villa-nueva.

Está al S. E. de Varsovia, á ocho kilómetros poco

más ó menos de la ciudad, construido sobre una pequeña eminencia y rodeado de un parque en el que hay un lago azul y hermoso que ha formado uno de los brazos del Vístula con sus aguas.

En Villa-nueva murió Juan Sobieski, el paladín de la Cruz contra el poder Bizantino. Se enseña en el palacio un escritorio incrustado de ébano que regaló al guerrero el papa Inocencio XI después de la heroica liberación de Viena en 1693.

El cuarto en que murió Sobieski fué convertido en capilla por la Condesa Potocka.

Hay en el palacio objetos de verdadero valor artístico y pinturas de gran mérito, entre ellas de Rafael, Mengs, del Guido y del Veroneso.

El primer piso es un museo de objetos chinos.

Uno de los Condes Potocki los trajo del Celeste Imperio.

Pero en medio del lujo y la riqueza, se alzan melancólicamente los fantasmas del pasado.

Diríase que sobre la grave fisonomía que muestra Juan Sobieski en sus retratos; que sobre el bello semblante que hace admirar en los suyos la reina María Casimira; y que sobre las elegantes, hermosísimas y desnudas formas que la Condesa Potocka enseña en las pinturas que adornan los techos, con ese inocente impudor que tiene todo lo que es realmente bello y artístico, la mano del pesar ha puesto un sello.

El ceño de Sobieski es más sombrío, la sonrisa de la reina muy amarga y las formas de la condesa se velan entre el polvo.

***

JUDERÍA DE VARSOVIA.

Cuando salimos del castillo era aún temprano y aprovechamos la tarde en ir á visitar el barrio judío.

Hay en Varsovia cerca de doscientos sesenta mil judíos y bien podría decirse *barrios* y no *barrio,* al hablar del lugar que ocupan.

Nada de más repugnante aspecto que las calles angostas y sucias que se cruzan y se enredan formando un laberinto en el sitio en que habitan los hijos de Abraham.

Resbala la luz como con miedo por las leprosas paredes de las casas, y pegándose al muro, fijos los ojos en el suelo ó perdida á lo lejos la mirada, avanzan como sonámbulos los siniestros habitantes de los sórdidos tugurios, á los que penetran deslizándose por el obscuro hueco de las estrechas entradas, con la si-

lenciosa cautela con que se desliza una serpiente en su agujero.

Allá, en el fondo de las sucias tiendas, en las que se amontonan ropas fuera ya de uso por lo viejas, botas sin tacones, porcelanas desportilladas, vasijas de cobre corroídas por el orín y deformadas por las abolladuras, podridos tapices, cofres desfondados y esteras iguales á la que le sirvió á Job en su estercolero, se ven brillar entre las sombras los ojillos de alguna vieja con peluca ó se oye el garraspeo de alguna tos asmática y fatigosa.

Los judíos, grandes y chicos visten el kaftan, especie de levitón negro de tela lijera cuyos faldones les llegan á las corvas, y cuando al caminar, el viento los agita, parecen sus dueños enormes murciélagos volando en busca de los huecos de alguna ruina fantástica.

Así nos parecían vistos á la luz indecisa del crepúsculo, y como aquella noche debíamos tomar el tren para Berlín, y teníamos aún que arreglar nuestro equipaje, apresuramos el paso y salimos de aquellos antros de miseria que empezaban á envolverse en las sombras de la noche que lentamente llegaba....

***

Eran las once y media cuando nos encaminamos á la estación.

De improviso, al volver una esquina, los carruajes se detuvieron mientras desfilaba ante ellos una patrulla que conducía en su centro un grupo de hombres que, con la cabeza baja y las manos atadas, caminaban resignados y en silencio.

Seguían á los soldados y á los que éstos custodiaban, algunas mujeres, de las cuales tres ó cuatro llevaban niños en brazos, y se podían distinguir á la luz de los focos eléctricos, las pobres cabecitas dormidas siguiendo sobre el hombro de sus madres, con rítmicos movimientos, el compás de la marcha de aquellas infelices.

Pasó el siniestro convoy, y con el corazón oprimido continuamos nuestra marcha.

—¿Qué han hecho esos hombres?—pregunté.

—Deben ser ladrones, –dijo mi cuñado.

—Son prisioneros políticos—nos dijo Leman en voz baja.

Al llegar á la estación nos anunciaron que el tren arribaría con retardo.

Mientras aguardábamos en la sala de espera, Truan emprendió conversación con el encargado de señalar los boletos á la entrada del andén.

El hombre le refirió á nuestro amigo que los retardos eran frecuentes, y sobre todo de quince días á entonces, porque con motivo del último asalto que había sufrido el tren, y en el que habían muerto dos militares rusos y varios pasajeros, se tomaban grandes precauciones, entre otras, disminuir notablemente la velocidad de los trenes para evitar el peligro de algún descarrilamiento provocado por los terroristas.

Así, quitando un trozo de riel de la vía, había sido detenido quince días antes el tren de que nos hablaba.

Con aquellas tranquilizadoras noticias entramos á nuestro carro dormitorio cuando le plugo á Dios que el tren llegara, y algunos instantes después anunciaba la locomotora con un prolongado silbido su salida de Varsovia.

A las dos de la madrugada, en la frontera de Alemania donde nos despertaron los empleados de la aduana, Leman, dándole á Truan golpecitos en la espalda, le decía con tono socarrón:

—¡Ahora sí, á dormir con tranquilidad, aquí no hay bombas ni fusiles de Cosacos!

¡Y allá se quedó atrás aquel misterioso país con sus sangrientas historias, con sus incalculables tesoros y su espantosa miseria, con sus iconos cuajados de pedrería y sus harapientos mendigos, con sus palacios suntuosos y sus cárceles sombrías; y el recuerdo de

todo aquello que había visto, se esfumaba y desaparecía entre las brumas del sueño que iba cerrando mis párpados insensiblemente, sin que en aquellos instantes pudiera asegurar á punto fijo si era realidad aquel pasado y me estaba yo durmiendo, ó si todo había sido sólo un sueño y empezaba á despertar.

Berlin, Septiembre, 1906. Roma, Enero, 1907.

ÍNDICE.

Págs.

Capítulo I.—De Berlín á Vilna 3
Capítulo II.—De Vilna á Petersburgo..... 12
Capítulo III.—San Petersburgo..... 22
Capítulo IV.—El Palacio de Invierno..... 31
Capítulo V.—Las Catedrales de San Pedro y San Pablo, de San Isaac y de la Virgen de Kazán. 40
Capítulo VI.—Una Magdalena del Tiziano.—El Neva.—Pan y thé..... 50
Capítulo VII.—La casa de Stolypine..... 59
Capítulo VIII.—Pedro el Grande.—El verdugo.... 69
Capítulo IX.—Pedro el Grande.—El Ebrio.—El Económico.—El Grande..... 86
Capítulo X.—Moscow.—La Plaza Roja..... 104
Capítulo XI.—La Catedral de San Basilio ó de la intercesión de la Santa Virgen..... 117
Capítulo XII.—El Kremlín..... 122

Págs.

Capítulo XIII.—El Kremlín.—El convento de los Milagros.—El campanario de Juan el Grande.—La reina de las campanas.—La Catedral de la Asunción.—La Escalera Roja..... 128

Capítulo XIV.—El Gran Palacio del Kremlín..... 138

Capítulo XV.—La casa de los Romanoff.—El Castillo de Petrovsky.—Las ruinas de Preobrajenskoie..... 144

Capítulo XVI. — Varsovia..... 151

Capítulo XVII.—El hambre.—El Castillo Real y el Castillo Lazienski.—Villa-nueva.—Los judíos. 156

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.